

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX
Nº3
MARZO 2007



NUESTRA PORTADA:

La caridad de San Rosendo.

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador
Parroquia de San Rosendo de Celanova

“Todavía aún adolescente, sobresalió tanto en la virtud, que su fama corría por toda España. Eran conocidas su castidad, modestia, misericordia con los pobres, generosidad con los amigos, su piedad con Dios y su caridad con todos”.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Marzo 2007

Nº 3

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa 2007	311
Actividades del Sr. Obispo.....	313

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos. Defunciones.....	319
Vicaría de Pastoral	
Delegación de liturgia. “Para vivir el domingo (VI)”	320
Archivo Histórico Diocesano	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2006	322
Instituto Teológico “Divino Maestro”. Conferencia “ <i>La benedictinización del monacato gallego: la aportación rosendiana</i> ”, por José Ramón Hernández Figueiredo	333
Año Jubilar de San Rosendo. Homilías durante la novena de 2007	341

IGLESIA EN ESPAÑA

Nota de prensa final de la CCIV reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española	361
Mensaje de Los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida “Por una cultura de la vida” .	363
Nota del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española. Respeto por la fe católica y sus imágenes .	367
Defunción Episcopal. Fallece Monseñor Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid	368

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	371
Audiencias Generales.....	377
Cartas.....	387
Discursos.....	390
Homilías	436
Santa Sede	
Saludo del cardenal Tarcisio Bertone a los nuncios apostólicos en América Latina, reunidos en el Vaticano para preparar la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.	443
Mensaje de Cuaresma 2007 del Patriarca latino de Jerusalén	444
Carta de la Santa Sede con motivo de la colecta a favor de Tierra Santa.....	446
Congregación para la Doctrina de la Fe	
Notificación sobre las obras del P. Jon SOBRINO S.J: Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret (Madrid, 1991) y La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas	448
Intervención de la Santa Sede en la 50a Sesión de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer del ECOSOC de la ONU	463
Intervención de la profesora Mary Ann Glendon, en la 49a Sesión de la Comisión sobre el Estado de las Mujeres .	465
Intervención de monseñor Celestino Migliore, en la Tercera Comisión de la 60a Sesión de la Asamblea General .	468

CRÓNICA DIOCESANA

Marzo	473
-------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

CARTAS

**Saludo del Sr. Obispo
para la Semana Santa del 2007**

Un año más, la Liturgia de la Iglesia nos regala la oportunidad de celebrar la Semana Santa, en la que revivimos los misterios culminantes de la vida de Jesús y se nos manifiesta, de forma plena, el amor de Dios. En efecto, como nos recuerda el Papa Benedicto XVI en su Mensaje cuaresmal *“...en el misterio de la cruz, se nos revela enteramente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre. Para reconquistar el amor de su criatura, Él aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito”*.

Cristo, traspasado en la cruz, *“es la revelación más impresionante del amor de Dios. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura. Él tiene sed de amor de cada uno de nosotros”*. Y mendiga nuestro amor, no porque Él lo necesite, sino porque dejándonos amar por Él y amándole encontramos nuestra propia felicidad. Pero no sólo esto, como nos sigue recordando el Papa, *“aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás”*.

Hay muchas personas a nuestro lado y en el mundo que necesitan ser amadas.

Es necesario *“salir de nosotros mismos para abrirnos, con un confiado abandono al abrazo misericordioso del Padre”* y de los hermanos, especialmente de los más necesitados. *“Amor que por nuestra parte cada día debemos volver a dar al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado”*.

La Semana Santa se nos ofrece así como un tiempo precioso para meditar en el misterio del amor que Dios nos tiene. De este modo obtendremos de Él la fuerza que necesitamos para ser testigos de ese mismo amor en un mundo que se desgarrará en enfrentamientos y luchas, porque quiere prescindir del que es la fuente del amor. El hombre confiado sólo en sus propias fuerzas es capaz de cometer las más graves equivocaciones, como se desprende de una sana reflexión y nos confirma la historia.

Que estas palabras sean una invitación a todos los ourensanos a vivir más intensamente estos días santos. Sólo así podremos participar plenamente en las alegrías y gozos de la Pascua.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense.

**Saúdo do Sr. Bispo
para a Semana Santa do 2007**

Un ano máis, a Liturxia da Igrexa regálano-la oportunidade de celebra-la Semana Santa, na que revivímo-los misterios culminantes da vida de Xesús e manifestásenos, de forma plena, o amor de Deus. En efecto, como nos lembra o Papa Benedicto XVI na súa Mensaxe coesmal “...no misterio da cruz, revélase enteiramente o poder irrefreable da misericordia do Pai. Para reconquista-lo amor da súa criatura, El aceptou pagar un prezo moi alto: a sangue do seu Fillo unixénito”.

Cristo, traspasado na cruz, “é a revelación máis impresionante do amor de Deus. Na cruz Deus mesmo mendiga o amor da súa criatura. El ten sede de amor de cada un de nós”. E mendiga o noso amor, non porque El o precise, senón porque deixándonos amar por El e amándoo atopámo-la nosa propia felicidade. Pero non só isto, como nos segue lembrando o Papa, “*accepta-lo seu amor, sen embargo, non é suficiente. Hai que corresponder a ese amor e logo comprometerse a comunicalo ós demais*”.

Hai moitas persoas á nosa beira e no mundo que precisan ser amadas. É necesario

“*sair de nós mesmos para nos abrir, cun confiado abandono á aberta misericordiosa do Pai*” e dos irmáns, especialmente dos máis precisados. “*Amor que pola nosa parte cada día debemos volver a llo dar ó próximo, especialmente ó que sofre e ó necesitado*”.

A Semana Santa ofrecésenos así como un tempo precioso para meditar no misterio do amor que Deus nos ten. Deste modo obteremos del a forza que precisamos para ser testemuñas dese mesmo amor nun mundo que se desgarrar en enfrontamentos e loitas, porque quere prescindir do que é a fonte do amor. O home confiado só nas súas propias forzas é capaz de comete-las máis graves equivocacións, como se desprende dunha sana reflexión e confírmano-la historia.

Que estas palabras sexan unha invitación a tódolos ourensáns a vivir máis intensamente estes días santos. Só así poderemos participar plenamente nas ledicias e gozos da Pascua.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

FEBRERO

- Día 22: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Martín de Castelaus con motivo de la recientes obras llevadas a cabo en el templo.
Asiste a la Novena a San Rosendo en la Parroquia de San Rosendo de Celanova.
- Día 23: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.
Asiste a la Novena a San Rosendo en la Parroquia de San Rosendo de Celanova.
- Día 24: Preside la Celebración Eucarística de Exequias en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro por el E. D. del Rvdo. Benito Pérez Blas.
- Días 24-25: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Teresita del Veintiuno en el Arciprestazgo de Ourense Norte.
- Día 26: Preside la Celebración Eucarística por los socios difuntos del Liceo en la S. I. Catedral.
- Día 27: Reunión del Consejo Episcopal.
Asiste a la Novena a San Rosendo en la Parroquia de San Rosendo de Celanova.

MARZO

- Día 1: Concelebración Eucarística en la iglesia parroquial de Celanova con motivo de la fiesta de San Rosendo.
- Día 1, 3-4: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santiago de As Caldas en el Arciprestazgo de Ourense Norte.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística de Clausura de la Semana de la Familia en la iglesia de los PP. Franciscanos y posterior Conferencia en el Ateneo de Ourense.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística a los miembros de la Asociación Provincial de Pensionistas y Jubilados en el Santuario de los Milagros
Visita Canónica a las Religiosas Clarisas Reparadoras de Allariz.
- Día 7: Visita Canónica a las Religiosas Clarisas Reparadoras de Allariz.
- Día 8: Bendición de las nuevas oficinas de Aquagest.
- Días 9-11: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa Marina de Xinzo de Limia y Santo Tomé de Morgade en el Arciprestazgo de A Limia.

- Día 10: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica a los miembros del Colegio de Enfermería de Ourense con motivo de la fiesta de su Patrono San Juan de Dios.
- Día 12: Asiste a la Conferencia pronunciada por el Ilmo. Sr. D. Segundo L. Pérez López, Delegado Episcopal de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol para el Año Jubilar de San Rosendo, con el título: “San Rosendo ayer y hoy”.
- Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 14: Asiste a la presentación del libro *Hijas de la Caridad en Ourense. Beneficencia y enseñanza (siglos XIX y XX)* del Rvdo. Hernández Figueiredo en el Centro Cultural de la Diputación, con motivo de los 150 años de las Hijas de la Caridad.
- Día 15: Preside la Celebración de Exequias por el E. D. de Sor Laurerana, Religiosa Misionera Sierva de San José en la iglesia parroquial de San Bernabé de A Valenzá.
- Día 16: Preside la Colación de Ministerios en el Seminario Mayor de Santiago de Compostela.
- Día 17: Sagrada Ordenación de Diáconos en la iglesia del Seminario Mayor.
 Preside la Celebración Eucarística en la iglesia parroquial de San Rosendo de Celanova a los socios del Liceo de Ourense con motivo de la Peregrinación en este Año Jubilar junto a las reliquias del Santo.
 Encuentro con los miembros del Colegio de Arquitectos en el día que celebran a su Patrona, Nuestra Señora de Belén en su huída a Egipto.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en el Seminario Menor en la víspera de la Solemnidad de San José, Patrono de las vocaciones y del Seminario
 Preside la Clausura de los Ejercicios Espirituales a un grupo de la Legión de María en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 19: Asiste a la Presentación del *Libro de Actas del III Congreso Internacional sobre el Císter en Galicia y Portugal* en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 21: Preside la Celebración Eucarística con motivo de la Peregrinación que la Fundación San Rosendo realiza junto a las reliquias de su Patrono en Celanova. Asiste a varias reuniones que durante este día la Fundación San Rosendo mantiene con los trabajadores y demás miembros de la misma.
 Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Octavio González Nieto en la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes en A Manchica.

Día 22: Asiste al Encuentro Regional Anual de la Asociación Cultural Galega de Formación Permanente de Adultos – Aulas da Terceira Idade de Galicia, en el Auditorio Municipal de Ourense.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha de **1 de marzo de 2007** el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense ha nombrado al **Rvdo. D. Emilio Viéitez Calviño**, administrador parroquial de *Santa María de Freás de Maside*.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. Octavio González Nieto**, fallecido el día 19 de marzo de 2007 a los 89 años. Había nacido en Pías (A Merca) el 7 de octubre de 1917. Fue ordenado presbítero el 20 de diciembre de 1941. Desempeñó los siguientes cargos y oficios: fue Vicario parroquial de Santa M^a la Real de Entrimo del 21/01/1942 al 16/06/1945; Párroco de San Pedro de Bande del 16/06/1945 al 05/09/1946; Párroco de San Martiño de Valongo del 05/09/1946 al 01/09/1954; Administrador parroquial de S. Pedro de Mosteiro de Ramirás del 01/09/1954 al 01/08/1955; Capellán de las Clarisas de Mosteiro del 01/09/1954 al 01/08/1955; Párroco de San Xurxo de Touza del 01/08/1955 al 14/11/1956; Párroco de San Cibrao de Cobas del 15/11/1956 al 01/09/1998; Administrador parroquial de Santa Ana de Chaodarcas del 15/11/1956 al 24/01/1965; Administrador parroquial de San Pedro de Triós del 25/01/1965 al 10/09/1977 y Administrador parroquial de Santa María de Faramontaos del 29/05/1982 al 01/09/1998.

+ **Sor Laureana Hernández Benito**, Religiosa Misionera Sierva de San José. Falleció el 14 de marzo de 2007. Había nacido en Salamanca el año 1905, viviendo 102 años. Religiosa Sierva de San José durante 81 años. Ejerció su vocación como educadora en los colegios de Badajoz, Ourense y Vigo. Cuando los colegios tenían aulas “especiales” sólo para niños, ellos recibían sus enseñanzas hasta que recibían la 1^a Comunión. Formada según las Escuelas del Ave María. La devoción a San José fue sin duda el rasgo carismático de la Congregación que mejor la distinguía.

VICARÍA DE PASTORAL*DELEGACIÓN DE LITURGIA*

PARA VIVIR EL DOMINGO (VI)

("Dies Domini" = DD n 7)

“El deber de santificar el domingo, sobre todo con la participación en la Eucaristía y con un descanso lleno de alegría cristiana y de fraternidad, se comprende bien si se tienen presentes las múltiples dimensiones de ese día...” (DD 7). El domingo como “día del Señor” comporta múltiples aspectos, contenidos y orientaciones. Cuando se conoce y se va penetrando en su “misterio” es como una mina de metales que nunca se agota. Hay cristianos que se contentan (y no es poco) con asistir a Misa y no trabajar. Pero la santificación del domingo incluye un horizonte mucho más rico y comporta una profundización siempre mayor. La Eucaristía es el culmen de la celebración del “día del Señor”, pero la Eucaristía se puede y debe participar más profundamente cada día.

¿Quién puede decir que la participó lo mejor posible? ¿Quién conoce cada día más lo que se actúa allí y quien ofrece y se ofrece con Cristo tal como Él le pide? ¿Quién puede estar seguro de que su unión con la comunidad cristiana y su amor a ella es el que Dios le pide? Y ¿Quién puede estar contento con su actitud de escucha, acogida y deseo de llevar a la práctica la Palabra de Dios que se le ha predicado? ¿Quién asume con realismo y valentía la “misión” que brota de la Eucaristía, en orden a hacerla presente entre los hombres y en el mundo?

Además, el domingo es un día en el que pueden fomentarse los *actos devocionales*, conforme a los distintos tiempos litúrgicos: exposición del Santísimo, rosario, viacrucis, etc.

Por lo que se refiere al *descanso dominical* no es simplemente no trabajar y distraerse. El descanso del trabajo ordinario ha de llenarse de buenas obras: orar más, visitar a enfermos, ancianos y personas solas, socorrer al pobre, alegrar la vida al que sufre, cultivar la vida familiar, dedicarse a actividades de ocio pero con sentido de liberación y alegría, etc. Se trata de un descanso liberador de la persona, enriquecedor de la misma en las actitudes humanas y solidario con los demás, especialmente con los más necesitados.

El domingo se convierte así en “el centro mismo de la vida cristiana” (DD 7). Juan Pablo II en el año 1998, a las puertas del nuevo milenio nos invitaba “a todos con fuerza a descubrir de nuevo el domingo: *¡No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo!*” (DD 7).

Es una *tarea preciosa* la de catequizar sobre el “día del Señor”, ayudar *de nuevo y con fuerza* a los cristianos a entrar en el misterio grandioso y comprometido del domingo, para celebrarlo gozosamente

y proyectarlo apostólicamente a los hombres de buena voluntad y a todos. Es necesario entusiasmar a los cristianos con el significado y la fuerza evangelizadora del domingo, para que lo transmitan de múltiples modos al mundo. Estamos llamados a regalar el “día del Señor” a su Señor. No regateemos el tiempo de la celebración, ni de la caridad, alegría, solidaridad. “El tiempo ofrecido a Cristo nunca es un tiempo perdido, sino más bien ganado...” (DD7).

Es preciso abrir el tiempo de este día a Cristo. Cristo “conoce el secreto del tiempo y el secreto de la eternidad, y nos entrega ‘su día’ como un don siempre nuevo de su amor” (DD 7).

No son los adivinos ni los horóscopos quienes nos descubrirán los secretos del futuro. Cristo es el único que conoce el futuro de este mundo y la eternidad. Y nos pide vigilancia y fidelidad a Él. Todo lo demás es desconfiar de su Palabra y su providencia. Él nos regala el domingo “como un don siempre nuevo de su amor” (DD 7). Para descubrirlo así como regalo de Dios, como gracia siempre nueva, es preciso pedirlo en la oración. ¡Qué distinta esta perspectiva de la que muchas veces tienen nuestros cristianos! El domingo es sobre todo *un don*, más que *una obligación* a veces pesada. Tiene que cambiar mucho nuestra mentalidad.

Preguntémonos:

¿Se nos hace larga la celebración dominical? ¿Regateamos tiempo al Señor el domingo? ¿A qué momento llegamos a la iglesia y en qué momento marchamos? ¿Hacemos lo mismo cuando vamos al médico, cuando preguntamos a un abogado, a un profesor, etc.?

¿Qué sabemos nosotros del domingo y cuál es nuestra experiencia respecto al tiempo empleado en la celebración? ¿Somos conscientes de la obligación de formarnos y vivir la fe y para ello es necesario tiempo? Si sólo tenemos el domingo y simplemente deseamos salir lo antes posible ¿estaremos preparados para dar razón de nuestra fe?

¿Para nosotros prima el sentido de obligación sobre el de regalo por parte de Dios, en el domingo? ¿Nos abrimos a la convicción de que el domingo es un don siempre nuevo del amor de Cristo? ¿Deseamos experimentar que el tiempo dedicado a Cristo nunca es un tiempo perdido? ¿Qué conclusiones deberíamos deducir de lo dicho en esta breve exposición? ¿Serías capaz de escribirlas?

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO

MEMORIA DEL ARCHIVO HISTORICO DIOCESANO DE OURENSE AÑO 2006

Damos cuenta un año más con la satisfacción del deber cumplido, de lo que con sencilla eficacia hemos realizado en el Archivo Diocesano. Un trabajo silencioso que con generosidad trata de atender a quienes tienen necesidad de saber o la obligación de consultar.

No se trata más que de agradecer a quienes se interesan por nuestra labor el aliento que nos dan y de informar a todos los que miran con afecto esta institución de la Diócesis de Ourense de lo que hacemos, de lo que nos gustaría hacer, de lo que es vida en definitiva.

Insistimos una vez más en que el Archivo Diocesano no vive al margen de la Curia Diocesana sino que está a su servicio, así como de las Parroquias e instituciones a quienes una vez más instamos lo tengan como destino de la documentación que generen y como apoyo para lo que necesiten.

En la feliz apuesta de la Cultura como camino de Fe y de Encuentro, estamos convencidos que los archivos de la Iglesia son un fecundo y luminoso campo.

Instalaciones y mobiliario

Se ha seguido con rigor realizando las copias de seguridad que permiten la conservación de los ficheros de documenta-

ción catalogada, con la debida actualización de los antivirus.

Uno de los ordenadores quedó afectado y anulado por los efectos de una tormenta en el mes de julio por lo que hubo necesidad de reponerlo. El nuevo ordenador es un Compaq DC 7600. Pentium 4 a 2,8 gh.

Nuevas estanterías metálicas para la Sala de Juntas y de madera para la sala de Investigadores-Biblioteca. Además seis escaleras de aluminio para el depósito

Se sustituyó la máquina fotocopidora. La nueva es una CANON iR2016, que facilita más este servicio indispensable en un archivo.

Reglamento y servicios del Archivo

El archivo se rige por el reglamento de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España y adopta en la solicitud de documentos para su consulta la normativa del Archivo Secreto Vaticano.

Está abierto a todos los investigadores presentando el DNI u otro documento acreditativo de su identidad.

La entrada es libre y gratuita.

-Consulta directa de los fondos en sala.

- Consulta indirecta de fondos (por corre postal, o electrónico, y teléfono).
- Información sobre los fondos y orientación sobre buscas.
- Realización de visitas guiadas a estudiantes y profesionales.
- Biblioteca auxiliar para la investigación.
- Expedición de informes técnicos y compulsas y certificaciones.
- El Archivo ofrece a los investigadores servicio de fotocopiadora (cuando los documentos lo permiten) y de scanner y fotografía digital)

Catalogación

Se ha seguido informatizando fondos documentales de las siguientes series: Contabilidad Diocesana, Administración, Patrimonio Histórico-Artístico, Libertades, Expedientes matrimoniales 2005. Protocolos Notariales, Judicial, Expediente de obras y Fondos Parroquiales ingresados en el año. Inventarios.

En total se ha llegado a 54.054 fichas informatizadas y 8367 las cajas con documentación.

Ingresos de documentación año 2006

(Por orden alfabético de Parroquias)

ABADES, San Paio
Memoria valorada sobre desmonte de muro y reposición de pavimento y esquinatas.

ABELEDA, San Vicente
Duplicados de Partidas Sacramentales (2003-2004).

AGUIS, San Martiño
Duplicados de Partidas Sacramentales.

Proyecto de restauración de una imagen de la Virgen con el Niño y otra de San Antonio.

ALBARELLOS, San Miguel
Libro parroquial de Bautizados (1856-1879; 1879-1906; 1906-1928; 1929-1959). Casados (1856-1915; 1915-1954). Difuntos (1856-1911; 1911-1931).

ALLARIZ, Arciprestazgo
Documentación Parroquial.

ALMOITE, Santa María
Proyecto de restauración de los retablos laterales de Sta. M^a de Almoite.

ARMARIZ, San Salvador
Duplicados de Partidas Sacramentales (2003-2004).

ARNUIDE, Santa María
Informe sobre la restauración de la Iglesia de Sta. M^a de Arnuide (restauración de cubierta, suelo, retablo y entorno).

BALDE, San Martín
Documentación Parroquial.

BERRANDE, San Bartolomeo
Informe sobre la restauración de la Iglesia de Berrande.

BOAZO, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales,
años 2003 - 2005 (Difuntos).

BURGO DE CALDELAS,
Santa María
Proyecto de restauración de la Iglesia.

CALVOS DE RANDÍN, Santiago
Libro Parroquial de Difuntos II(1878-
1998). Signatura 34.02.06.

CAÑIZO, Santa María
Rehabilitación de la Iglesia de Sta. M^a
de o Cañizo.

CARBALLINO,
San Cibrao e Vera Cruz
Informe de restauración de un Cristo
de la Iglesia de la Vera Cruz.

CARRACEDO DA SERRA, Santiago
Recepción de obra de cubierta de la
Iglesia de Santiago de Carracedo da
Serra.

CELANOVA
Informe técnico y memoria sobre
el estado actual de las humedades
en el interior del Monasterio de
Celanova.

CHAVEÁN, San Cristobo
Memoria valorada de obras menores
en la casa rectoral de San Cristovo de
Chaveán.

COBAS, San Xoan
Duplicados de Partidas Sacramentales
(año 1979-2005).

COBAS, Santiago
Duplicados de Partidas Sacramentales
(2004).

CRISTOSENDE, San Salvador
Duplicados de Partidas Sacramentales,
años 2003, 2005 (Difuntos).

CUDEIRO, San Pedro
Presupuesto de restauración del retablo
mayor.

ENTRIMO
Informe de restauración del retablo de
la capilla de Lantemil.

FONCUBERTA, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales
(2004).

GUNTIN, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales
(2004).

LEIRADO, San Pedro
Informe del párroco sobre la restau-
ración de la Iglesia de Sta. M^a de
Leirado.

LONGOS, Santa Baia
Iglesia parroquial de Longos, fotografi-
as de estado actual y planos.

Propuesta de obras en la ermita de
San Bieito do Maraño, parroquia de
Santa.

LOVIOS, San Miguel
Presupuesto Iglesia de Lovios.

LUMEARES, San Salvador
Libro de Primicias (1685-1861).
Signatura 31.08.07.

MASIDE, Santo Tomé
Informe para la solicitud de restauración de la cubierta de Santo Tomé de Maside.

MOLDES, San Mamede
Memoria valorada. Intervención de rejado en la Iglesia de San Mamede de Moldes.

MONTOEDO
Duplicados de Partidas Sacramentales (2003, 2005).

MOREIRAS, San Martín
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

MOREIRAS, Santa Marta
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

MUGARES, Santa María
Memoria valorada. Actuaciones en la Iglesia de Santa María de Mugares.

NOCELO DA PENA, San Lourenzo
Proyecto de restauración del retablo mayor.

NOGUEIRA DE RAMUÍN,
San Martiño
Informe del párroco y memoria sobre la restauración del templo parroquial.

NOGUEIRA, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales (1984-2005).

Memoria valorada de obras menores en la casa rectoral de Sta. M^a de Nogueira.

OSEIRA - MONASTERIO
Retablos de la Iglesia del Real monasterio de Oseira.

OURENSE OBISPADO Y VARIAS
Informe sobre el estado y soluciones a los problemas de humedad de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios.

Informe y memoria de reconstrucción de barandilla de escalinata en el atrio de la Iglesia de Santa Eufemia del Norte (Santo Domingo) y propuesta de cierre de dicho atrio y supresión de barreras arquitectónicas.

Libro de actas para las reuniones del Secretariado del Patrimonio Histórico Artístico y Documental.

Memoria Domund 2005.

Proyecto para la creación del centro diocesano para la conservación y restauración del patrimonio de Ourense.

Proyecto de Conservación y restauración de escultura policromada y dorada.

OURENSE-CALDAS, Santiago
Duplicados de Partidas Sacramentales (año 2004) Informe para verja y puer-

ta metálica para acceder al templo parroquial.

OURENSE-CENTRO, Santa Eufemia
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

OURENSE-EL VEINTIUNO, Santa Teresita
Duplicados de Partidas Sacramentales (1989-2003).

OURENSE-MARÍA AUXILIADORA
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

PARADA DE VENTOSA, San Pedro
Informe de restauración del retablo de la Capilla de Sta. Lucía de Pazo.

PARADA DO SIL
Informe de restauración del Retablo de la Iglesia de Parada do Sil.

PAZÓ, San Martiño
Informe para la solicitud de restauración de la cubierta de San Martiño de Pazó.

PAZOS DE ARENTEIRO, San Salvador
Memoria valorada. Intervención de re-tejado en la Iglesia de San Salvador de Pazos de Arenteiro.

PEROXA, San Xés
Informe del párroco sobre las restauraciones necesarias en la Iglesia (cubierta, muros, cierre, construcción de sacristía).

PEXEIROS, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

PIÑEIRA SECA, San Andrés
Informe de restauración del retablo mayor.

PIUCA, Santa María
Memoria valorada de obras menores para la consolidación en la casa rectoral de Piuca.

POBOEIROS, San Xoan
Duplicados de Partidas Sacramentales (2004- 2005).

PONTEDEVA, San Breixome
Memoria valorada de obras menores en la casa rectoral de Pontedeuva.

QUEIROÁS, San Breixome
Documentación Parroquial.

RABAL, San Salvador
Informe sobre el retablo de la Iglesia parroquial.

RAIRIZ DA VEIGA, San Xoan
Informe de la Capilla en Gándara; informe de la Capilla en Padroso.

RETORTA, Santa Mariña
Informe para la solicitud de desviación de muro-entrada de Sta. Mariña de Retorta.

Memoria valorada. Reconstrucción de la torre en la Iglesia de Santa Mariña de Retorta.

SERANTES, Santo Tomé

Informe de acondicionamiento de acceso a la Iglesia.

SOLVEIRA DA LIMIA, San Pedro

Presupuesto de restauración del retablo mayor.

TABOADELA, San Miguel

Duplicados de Partidas Sacramentales (2003-2004).

TERROSO, Santa Cruz

Proyecto de restauración de la Iglesia de Terroso - Vilardebós.

TORAN, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales (2003-2004).

TOUZA, San Xurxo

Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

URROS, San Mamede

Documentación Parroquial.

URROS, Santa Baia

Documentación Parroquial.

VARÓN, San Fiz

Informe y memoria para la sustitución de la cubierta de la Iglesia de San Fiz de Varón.

VIDE DE BAÑOS, San Xuan

Duplicados de Partidas Sacramentales (2004).

VILAR DAS TRES, A Purísima

Memoria de obras menores en la parroquia de la Purísima Concepción de Vilar das tres.

VILARIÑO FRÍO, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales (1983-2005).

XUNQUEIRA DE AMBÍA, Santa María la Real

Convenio entre el Obispado y el Concello de Xunqueira de Ambía, para la gestión del museo de arte sacra de la Colegiata de Santa María a real de Xunqueira de Ambía. Duplicados de Partidas Sacramentales (2003-2004).

XURENZÁS, San Pedro

Memoria valorada. Recuperación y rehabilitación del espacio medieval en el interior de los baldaquinos góticos en la Iglesia de San Pedro de Xurenzás.

Reiteramos la llamada a la responsabilidad de los sacerdotes para que cuiden la conservación de los fondos documentales de sus Iglesias y que la que no esté operativa la depositen en el Archivo Diocesano como ya hacen habitualmente un buen número de ellos.

Así mismo los Sres. Delegados Diocesanos hagan llegar la documentación y material que generen para su conservación siempre interesante de cara al futuro.

Particularmente significamos nuestros reconocimientos a los Rvdos. Señores que

este año han hecho llegar documentación al Archivo:

D. Alberto Diéguez Mosquera
 D. Amador Vázquez Pérez
 D. Antonio Fernández Domínguez
 D. José González Ramos
 D. Miguel Ángel González García
 D. Serafín Fernández Rodríguez
 Delegación de Patrimonio del Obispado
 Párroco de Abeleda, San Vicente
 Párroco de Aguís
 Párroco de Armaríz, San Salvador
 Párroco de Cobas, San Xoan
 Párroco de Cobas, Santiago
 Párroco de Foncuberta
 Párroco de Guntín
 Párroco de Montoedo
 Párroco de Moreiras, San Martín
 Párroco de Moreiras, Santa Marta
 Párroco de Nogueira, Sta. M^a
 Párroco de Ourense-Caldas
 Párroco de Ourense-Centro
 Párroco de Ourense-El Veintiuno
 Párroco de Pexeiros
 Párroco de Poboeiros
 Párroco de San Miguel de Albarellos (D. Manuel González Álvarez)
 Párroco de Taboadela, San Miguel

Párroco de Torán, Santa María
 Párroco de Touza, San Xurxo
 Párroco de Vide de Baños
 Párroco de Vilariño Frío
 Párroco de Xunqueira de Ambía
 Parroquia de María Auxiliadora

Biblioteca

La Biblioteca se ha incrementado con cuarenta nuevos títulos en su mayor parte obras de historia local, revistas y trabajos de investigadores que según la reglamentación del Archivo se comprometen a entregar una copia de sus trabajos.

Así mismo ha habido nuevos incrementos en la Biblioteca de Geografía donada por la Doctora Pilar Torres Luna, catedrática de la Universidad de Santiago.

Los fondos locales han quedado catalogados informativamente por el becario D. Santiago Pérez González, que ha realizado un espléndido y útil trabajo (En total 628 fichas que ya han permitido un uso más eficaz).

Investigadores

Recordamos que es documentación reservada la que no tiene más de 75 años. Por lo cual el año 2006 se pudo consultar hasta 1931.

Se abrió ficha a 98 investigadores que han acudido al Archivo por primera vez

Siendo un total de 842 los investigadores atendidos durante el año.

Además de sacerdotes y otras personas que hacen consultas puntuales que no se asientan como investigadores.

Enero	102
Febrero.....	52
Marzo	100
Abril.....	83
Mayo.....	92
Junio	74
Julio	88
Agosto.....	Vacaciones
Septiembre.....	89
Octubre.....	53
Noviembre	69
Diciembre	40

Por correspondencia convencional y por correo electrónico 312 consultas.

Además se han atendido de la Secretaria Xeral de Emigración 17 solicitudes de partidas de emigrantes.

Además hay que añadir las consultas telefónicas que se atienden todos los días.

Publicaciones realizadas con documentación consultada en este Archivo

Algunos aunque su fecha de edición es anterior aparecieron realmente el año 2006 por lo que figuran en este listado.

BANDE RODRIGUEZ, Enrique
La arquitectura neoclásica y modernista en la comarca de Carballino (1840-1920)
Argentarium anexo 4. Carballiño 2006

CERDEIRA DA CASA, Marisol
El retablo mayor de Santa María de Xuvencos

Argentarium anexo 4. Carballiño 2006

ESTÉVEZ GÓMEZ, José Ramón
El gabinete de física del Seminario de Ourense

Boletín Auriense. Tomo XXXIV. Ourense, 2004

FERREIRO PEREZ, Severino
San Julián de Astureses. Historia, economía y sociedad.

Argentarium anexo 4. Carballiño 2006

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel
La guerra de 1641 con Portugal.

Auria - Año X, Nº 116. Ourense 2006

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel
Memoria de pequeñas deudas en la posguerra de la independencia

Auria - Año IX, Nº 106. Ourense, 2006

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón

Santo Tomé de Moreiras. Achegamento a unha parroquia da Limia

Parroquia de Moreiras, Santo Tomé Ourense, 2006

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón (Director)

As parroquias do Concello de Trasmiras. Un achegamento ao mundo rural da Alta Limia. Ourense 2006

RODRÍGUEZ PÉREZ, José Ricardo

Pazo de “ As Condomas” (Maside-Ourense).

Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia. Boletín Nº 5 Pontevedra 2006.

RODRIGUEZ PEREZ, José Ricardo

Dacón-Maside: Anacos da sua historia fai 75 anos. Nuestra Señora de Luján, Monseñor de Andrea, Don Ramón Heredia.

Argentarium anexo 4. Carballiño 2006

SOBRADO PEREZ, Xosé Luis “A encomenda de Beade no século XVIII”

Argentarium anexo 4. Carballiño 2006

Personal y becarios

Director: M. I.Sr. D. Miguel Ángel González García.

Auxiliares (merced a un convenio de colaboración con la Diputación Provincial, que permite la atención del archivo y un horario constante. Por lo que el Archivo y la Diócesis reiteran su reconocimiento y gratitud al Ilmo. Sr. Presidente de la

Diputación, D. José Luis Baltar Pumar, que de modo muy personal siempre ha atendido las peticiones que le hemos presentado).

D. Francisco Javier Sierra Gómez.

D. Emilio Formoso Montero

Ha realizado tareas de catalogación como Becario de Prácticas de la Universidad de Santiago de Compostela D. Santiago Pérez González.

Economía

Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la administración Diocesana.

Un convenio con la Secretaría Xeral de Emigración de la Xunta de Galicia firmado el 19 de julio de 2006, con el Archivo, que facilitó fichas de duplicados de partidas con valor de información sobre emigrantes, aportó la Cantidad de 6000 € que se han invertido en las mejoras de mobiliario citadas

Diversas actividades

- El Director del Archivo participó en el Congreso Nacional de Archiveros de la Iglesia de España tenido en Córdoba sobre Imprenta y archivos de la Iglesia en el mes de septiembre, presentando dos comunicaciones. Así mismo ha dado en diversas instituciones 17 conferencias de Historia y de Arte.

- Han hecho visitas organizadas al Archivo Alumnos de cursos de Archivos

y Bibliotecas, también diversos cole-
gios.

- Se ha donado una colección del Boletín Eclesiástico a la Biblioteca Central de la Universidad de Vigo (Campus de Ourense)

- Han filmado fondos del archivo un equipo de la Región Internacional para la elaboración de un DVD con el título “Emigrantes retornados”

Diversarum Rerum

Importante complemento a la Actividad del Archivo ha sido la publicación con el Archivo Capitular del nº 1 de la Revista DIVERSARUM RERUM, subvencionada por CAIXA GALICIA. Con periodicidad anual tratará de publicar trabajos de investigación realizada en ambos archivos y principalmente por jóvenes investigadores.

Se presentó el 16 de octubre de 2006 en Caixa Galicia y ha tenido una acogida muy satisfactoria. Se distribuye gratuitamente a los que la solicitan.

El índice del primer número ha sido el Siguierte:

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel

El Archivo de la Catedral de Ourense a principios del siglo XX.

El testamento del Maestrescuela Juan Martínez (1376).

SÁEZ GONZÁLEZ, Manuela

Relicarios y otras piezas procedentes de la Almoneda del VII Conde de Lemos enviadas al convento de las Madres Clarisas de Monforte de Lemos.

BARRIOCANAL LÓPEZ, Yolanda

Innovación e tradición na Arte do Camiño Sueste Galego, desviación da Vía da Prata.

ESTÉVEZ PÉREZ, José Ramón

Historia Artística de la Torre, del Reloj y de la Campana. Ayuntamiento de Rivadavia.

RODRÍGUEZ PÉREZ, José Ricardo

Arte religioso en Maside: Las iglesias parroquiales de Santo Tomé de Maside.

DELGADO ARCE, Alejandro

Hoja de guarda llena de primeros versos en el Archivo de la Catedral de Ourense.

VAQUERO, María Beatriz

Resolución de un pleito entre Pai Mariño de Lobería e o Cabido de Ourense (1377)

VILA ÁLVAREZ, Jorge Abraham

Dous mandamentos do Concello de Ourense do ano de 1479.

LOPÉZ CARREIRA, Anselmo

Testamento do Cóengo Gonzalo das Seixas. Un home do seu tempo.

FERNÁNDEZ REY, Aser Ángel

Recuperando la memoria en el Archivo Municipal de Ourense: Hallazgo

documental de los fueros de la ciudad en la Cárcel de la Corona.

 archivohistorico@obispadodeourense.com

RODRÍGUEZ MUÑIZ, Victor -
GORDÍN VELEIRO, Ana

Cambio da Viña da Granxa pola da Abelleira (1533)

Las noticias e informaciones del Archivo pueden también consultarse en la página Web del obispado.

www.obispadodeourense.com

LIMIA GARDÓN, Francisco Javier

A propósito de Oseira, Reliquia del Camino. (Los espacios de la hospitalidad de ayer y hoy).

Horario:
De lunes a viernes de 9 a 13 h.

Vacaciones:

CAVERO DOMÍNGUEZ, Gregoria

Hospitalidad, vida monástica y santuarios en los caminos medievales de peregrinación.

Mes de agosto

Semana Santa desde el jueves santo al lunes de Pascua, ambos inclusive.

Dirección y horarios

El Archivo Histórico Diocesano está ubicado en el Seminario Mayor, en el pabellón derecho.

Navidad del 24 de diciembre al 2 de enero.

Las fiestas nacionales, locales, de la Diócesis y del Seminario (11 y 12 de noviembre y 28 de enero).

 Vista Hermosa.

Carretera del Seminario s/n
32002 OURENSE

Miguel Ángel González García

La correspondencia puede también dirigirse al Apartado 142. 32080 OURENSE

Director del Archivo Histórico Diocesano

 988 36 63 35

CONFERENCIA

“La benedictinización del monacato gallego: la aportación rosendiana”

Por José Ramón Hernández Figueiredo

Instituto Teológico “Divino Maestro” – Ourense

Introducción

Hacia el año 525, en un monte a medio camino entre Roma y Nápoles – Casino –, en cuya cima se ubicaba un antiguo templo romano dedicado a Apolo, **Benito de Nursia** y unos cuantos compañeros construyeron una capilla en honor de San Martín y un monasterio. Para regir esta nueva casa, Benito redactó lo que conocemos como *Regula Benedicti*. En este momento no nace el monacato benedictino, si entendemos por ello una serie de monasterios sometidos a una misma norma y con una cabeza visible a la que obedecer o de la que depender, ya que esta situación tardará mucho tiempo en producirse. Nace simplemente el primer monasterio que se rige por esta regla.

Hay que esperar al mundo carolingio para asistir al escenario de una Europa uniformizada en torno a la *Regula Benedicti*. La aparición del “**otro Benito**”, Benito de Aniano en el siglo IX, supuso la expansión por todo el Imperio de dicha regla como norma universal del monacato. La “orden benedictina” sólo nace con Cluny en el siglo X muy avanzado, por lo que su extensión a la península durante este período sólo se produce en Cataluña¹.

La compleja benedictinización del monacato gallego fue un proceso tardío y complejo que, en ningún caso, puede darse por finalizado antes del siglo XII. Es cierto que desde el reinado de Fernando I de León la tendencia general en el Noroeste es la de **acercarse paulatinamente al modelo nursiano**, pero eso no impide que la mayor parte de los grandes monasterios tradicionales sigan afincados en sus esquemas organizativos deudores del mundo visigótico, mientras los pequeños se mantengan vinculados a los grupos aristocráticos generalmente reacios a los cambios.

Ahora bien, que a la altura del primer cuarto del siglo IX Galicia no estuviese benedictinizada no supone, sin embargo, que se desconociese la *Regula Benedicti* por completo, ni que otros elementos propios de la espiritualidad benedictina estuviesen totalmente ausentes del monacato gallego prebenedictino. Pensamos, con **José Mattoso**, que la introducción de esta norma trae consigo una transformación verdaderamente profunda del monacato hispánico, al suponer la recepción de formas novedosas de vida monástica. No se trata de la imposición de un nuevo código, sino de la adopción de un nuevo sistema de vida radicalmente distinto del preexistente, de una cultura diferente².

Martín de Dumio y Fructuoso de Braga

Pasemos ahora a realizar brevemente un repaso de la evolución monástica de Galicia. En la Galicia sueva y visigoda, y dejando de lado la posible existencia e influencia de manifestaciones de tipo eremítico, destacan dos protagonistas fundamentales que van a imprimir carácter al monacato gallego: Martín de Dumio y Fructuoso de Braga.

En la segunda mitad del siglo VI se instala en la Galicia sueva **Martín de Dumio**. Tradicionalmente se había pensado que Martín había sido el responsable de trasladar al Noroeste peninsular las normas fundacionales del monacato, nacidas en el desierto egipcio, así como determinados resabios del monacato bizantino, producto de su propia formación original. Sin embargo, hoy en día, diversos y fundamentales estudios matizan bastante esta imagen. Según estas investigaciones, Martín no habría sido el fundador de Dumio, sede monástica nacida con bastante antelación a su llegada al Noroeste y, más aún, cabe pensar con bastantes visos de certeza que una parte muy importante de la formación de Martín, se deba a la rica biblioteca dumiese depositaria “de buena parte del legado cultural que conservó o generó, la poderosa comunidad hispanorromana de Braga”³. En cualquier caso es con Martín de Dumio a la cabeza, cuando comenzamos a tener noticias sobre este emblemático monasterio que funciona como abadía y sede episcopal a un tiempo.

En el siglo VII, el principal protagonista del monacato galaico, pese a su innegable vena anacorética, fue **Fructuoso de Braga** quien en su *Regula Monachorum* mantiene lo esencial de la tradición de Martín de Dumio, concedora del modelo benedictino, pero ajena a él en lo esencial. Algo semejante cabría decir de la *Regula communis*, norma salida también del entorno fructuosiano, aunque no atribuible directamente con rotundidad al santo bracarense. Esta *Regula communis* parece haber sido como una ordenanza común para los monasterios de una especie de federación, que se documenta en la Galicia del siglo VII, llamada a tener una enorme importancia y duración, y que es lo que se conoce como monacato pactual⁴.

Este pactualismo consiste en la vinculación de cada monje y de la comunidad de todos ellos al abad en un pacto bilateral entre uno y otro, con derechos y obligaciones mutuas, y no en una entrega unilateral e incondicionada. Por otra parte, también hay que hablar del *codex regularum* que contiene diversos pasajes de las varias normas monásticas entre las que estarían sin duda la *Regula communis* y la *Regula Benedicti*. Por tanto, hay que valorar la herencia pactual en el monacato gallego altomedieval y, consiguientemente, el conocimiento de determinados pasajes de la *Regula Benedicti* gracias a ese *codex regularum* que sirve de conjunto normativo⁵.

Rosendo: Caaveiro y Celanova

Precisamente en esta Galicia, y en este mismo contexto temporal, se produce una de las fundaciones monásticas más importantes de la historia de Galicia, obra de una figura igualmente singular: nos referimos al monasterio de San Salvador de Celanova y a su fundador **Rosendo Gutiérrez**. Éste nace a principios del siglo X en el seno de una importante familia de la más rancia nobleza galaica del momento, y fuertemente vinculada con la monarquía asturleonese⁶. Esta figura ocupa un puesto preeminente como protagonista de la historia de Galicia durante buena parte del siglo X.

Su temprana ascensión, a los dieciocho años, a la cátedra dumiense, y su posterior ocupación de la iriense, no son más que dos importantes hitos en una vida marcada por el protagonismo en lo político y en lo religioso. Pese a este carácter ampliamente polifacético, nos interesa centrarnos ahora exclusivamente en el lado monástico de San Rosendo. Antes de la fundación de Celanova – su obra más querida y en donde pasará la última etapa de su vida – es posible que su primer contacto monástico conocido hubiere sido realizado con el monasterio de Caaveiro.

En medio de un paisaje bastante agreste, donde los montes no son muy altos, pero sí llenos de arbolado, de barrancos, de tojales y de maleza, se erige el **monasterio de Caaveiro**. Aquel paraje rural, abandonado por el urbanismo romano, cumple con el ideal del monacato medieval. La ascética

monástica requería la soledad, más aún, la virginidad de la naturaleza en sus expresiones más primitivas y descarnadas. En el Eume medio, el riñón más abrupto de las serranías de A Capela, el panorama es imponente⁷.

San Rosendo como obispo reedifica y hace donaciones al monasterio de San Xoán de Caaveiro, en donde solía retirarse a orar. Allí le gustaba pasar frecuentes temporadas entregadas a piadosas prácticas, hundido entre aquellas sublimes asperezas y fragosidades, que lo atraían irresistiblemente. Aquel lugar recóndito encerraba para él un arcano, tanto más fascinador, cuanto más oculto. Tal vez el inescrutable arcano de su porvenir. Desde entonces fue el desierto su constante ilusión. Era, ciertamente, la soledad, trasunto del paraíso.

Es en el retiro de Caaveiro donde recibe la **revelación** en sueños hacia el año 934 que le lleva a tomar la resolución de fundar un nuevo monasterio en el lugar de Villar – Celanova, que marca una estela extraordinaria en su vida. Dice Yepes:

Y sucedió que hallándose una vez en oración en el monasterio de Caaveiro, le reveló al Señor que era su voluntad que fundase un gran monasterio en el lugar de Villar, en tierra de Bubal, a orillas del Sorica o Sorga, afluente del Arnoya. Esta revelación debió tenerla hacia el año 934; por ella comprendió san Rosendo que el nuevo monasterio había de ser su lugar de descanso⁸.

Por tanto, Caaveiro entra así con Celanova en una relación en cierto modo de paternidad. Desde la misma hora en que se le reveló la fundación del gran **monasterio de Celanova**, cuando el mundo se entregaba al sueño y yacía en silencio, aquella obra inmortal comenzó a ser la obsesión y el ensueño dorado del Santo Obispo, absorbiendo lo mejor de su energía fecunda durante toda su vida. Grande fue con el tiempo Celanova y constituye, sin duda, uno de nuestros más excelsos timbres.

Alboreaba el domingo 25 de septiembre de 942, día acaso el más dichoso de la vida del Santo, en que debía hacerse la **consagración de la iglesia**. San Rosendo veía coronados sus anhelos. Tan fausto acontecimiento resonaba en los confines de la *Gallaecia*, y de todas partes confluyeron gentes. Acudieron todos los obispos gallegos y leoneses en número de once, veinticuatro condes, numerosos abades, sacerdotes, monjes, y al fin una muchedumbre innumerable de fieles conmovidos y entusiasmados ante la grandiosidad del monasterio y la solemnidad del acto⁹.

Rosendo y la Regula Benedicti

Ordoño, el hagiógrafo de Rosendo, incide en señalar la observancia benedictina de Celanova desde su fundación. Sin embargo, parece que el monje celanovense, está más imbuido por su realidad contemporánea, plenamente benedictina, que preocupado por rastrear el auténtico origen espiritual de su comunidad. Lo cierto es que en los

diplomas monásticos rosendianos de mayor interés, no se menciona la *Regula Benedicti*. De este modo, ni en el acta fundacional de Celanova, ni en el testamento monástico de Rosendo, se menciona la observancia casinense en ocasiones tan favorables para ello¹⁰.

San Rosendo, de ánima monástica, que vivió todavía por voluntad muy propia aquella existencia de *episcopus sub Regula* de los pontífices suevos y visigodos del Noroeste galaico-portugués, **reacciona** contra el monacato arcaizante y sencillo del país, por estar sumergido ya él en el ámbito carolingio y benedictino. Esta concepción igualitaria que rezumaba el monacato pactual, puede guardar resabios de la influencia anacorética que tanto habría influido en la época visigótica. Ahora bien, hay que esperar a poco después del milenio para presenciar la expansión por Galicia de la Regla de San Benito, que viene a suplantarse las reglas y observancias pactuales de San Fructuoso¹¹.

Por otra parte, tal como observa José Mattoso, algunos indicios nos hablan de un Rosendo que, en lo monástico, participa de la tradición, pero introduciendo determinadas **novedades**. La trascendencia que en éste tienen la autoridad y la paternidad abaciales le hace rechazar el pactualismo; su condición episcopal acaso le torna poco simpático el federalismo monasterial un tanto gobernado por el sínodo de los abades de la tierra, el de la *Regula communis* visigótica; y además, es enemigo de los cenobios familiares, dúplices y de

propiedad particular. Mattoso cree que, sin romper en absoluto con la tradición, las innovaciones de Rosendo son definitivas en la transformación de la fisonomía del monacato galaico-portugués¹².

Así, por ejemplo, a diferencia de los fructuosianos, las innovaciones introducidas por San Rosendo en su modelo monástico consisten en su aspiración de crear cenobios grandes y ricos, así como la incidencia que pone en el esplendor litúrgico de los oficios monásticos. Tengamos en cuenta que ya se había fundado Cluny, y que estos **retoques** que Rosendo introduce en la tradición debían entenderse en el contexto de su fuerte vinculación con la monarquía leonesa, tanto del propio personaje como de su familia. Un monacato fuerte y ajeno a las injerencias nobiliarias era una de las mejores armas de la monarquía para asegurar el control y la organización del territorio. Lo cierto es que el santo configuraría en esa nueva dimensión el monacato coterráneo, aunque la crisis de dicha monarquía (987-1037) impidiera la perennidad ininterrumpida de su obra, y hasta adentrado el siglo XI continuaran en el país las supervivencias arcaizantes¹³.

San Rosendo debió ser un **asiduo lector de San Benito**, hasta el punto de que en muchos de los documentos oficiales se le escapan frases inspiradas en otras del santo italiano. En la obra de Rosendo es frecuente encontrarse frases de clara inspiración benedictina. Ahora bien, el hecho de que San Rosendo conociera y leyera a San Benito, no significa que tratara de imponer

su regla en los monasterios por él fundados o restaurados. En este sentido se puede señalar que en la segunda mitad del siglo X, San Juan de Caaveiro era dotado de una rica biblioteca, en la que estaban presentes las obras de San Gregorio Magno, San Isidoro, Casiano y la “Regla del bienaventurado san Benito” entre otras.

Lo que resulta evidente es que San Rosendo poseía una personalidad muy fuerte, y su mentalidad estaba orientada hacia el nuevo modo de pensar que imperaba en el siglo. Parece clara su **buena disposición hacia la regla benedictina**, si bien no exigió seguirla en sus monasterios, y desde el punto de vista artístico, vemos cómo se acogió a las características del **mozárabe leonés**, lo que demuestra su deseo de integrarse en las nuevas corrientes y pensamiento de la época. Lo cierto es que casi nada queda de las construcciones medievales de los monasterios que estudiamos. El barroco gallego sepultó bajo su esplendor teatral los primitivos edificios medievales, por lo que nos resulta casi imposible conocer la posible influencia de la *Regula Benedicti* en su concepción arquitectónica. Aún así, perviven algunos edificios asociados a la construcción principal del monasterio, pero exentos y con vida propia que han sido estudiados, fundamentalmente, por Manuel Núñez. Nos referimos, por ejemplo, a la pequeña capilla de San Miguel, joya del arte galaico, en la que Núñez ha creído ver la influencia de la *Regula Benedicti*, ya que esta norma monástica insiste en la no comunicación entre los transeúntes alojados en la abadía y los miembros de la comunidad. Este

edificio se puede considerar como el oratorio de los huéspedes del cenobio con el objeto de salvaguardar la independencia de los monjes¹⁴.

Otro aspecto que puede aportar alguna luz complementaria sobre la benedictinización es el análisis de los oficios o cargos monásticos del monacato galaico. En este sentido, nos parece especialmente relevante la **figura del *praepositus***. El predominio de esta denominación sobre la de prior en nuestros monasterios, puede tener que ver con la influencia y predominio de las reglas monásticas de tradición visigótica y fructuosiana. Ambos cargos, el de prepósito y el de prior, parecen ser equiparables aunque, lejos de ser palabras sinónimas, presentan alguna diferencia importante. De esta manera, el prepósito era como el encargado de defender jurídicamente a su cenobio, tal como ocurre en Celanova con la figura del *periguero* – Cresconio –, mientras que en la *Regula Benedicti* se muestra cierta animadversión hacia este cargo monástico. La desaparición paulatina de los prepósitos de nuestra documentación monástica coincide con la llegada a Galicia de la definitiva influencia de Cluny. Es en este momento cuando la denominación “prior” pasa a un primer plano en detrimento de la de prepósito¹⁵.

Conclusión

Hablar del siglo X en el Noroeste español es hablar de la figura de San Rosendo, personaje destacado como monje, como obispo y como gobernador y

pacificador de Galicia, ya que a él se debe la fundación de uno de los más importantes monasterios benedictinos gallegos, como es Celanova, cuya proyección histórica es extraordinaria por su acción colonizadora en una parte considerable de las tierras galaico-portuguesas del milenio.

El monacato de Rosendo no es benedictino, pero el fundador de Celanova conoce la norma de Casino y se aprovecha de parte de su espíritu. Rosendo es un hombre **tradicional y puesto al día a la vez**. Su acercamiento a lo benedictino puede estar relacionado con el hecho de que, en vida de Rosendo, constatamos la existencia de los primeros testimonios de comunidades ya benedictinas fuera del, hasta entonces, coto benedictino catalán. Estos primeros cenobios benedictinos se localizan en el triángulo riojano de San Millán, Albelda y Nájera, y previamente, muy a principios del siglo X en territorio leonés. Galicia parece ir con cierto retraso en este proceso. Ahora bien, tal influencia se constata en la restauración del monasterio de Santa María de Loio y en la fundación del monasterio de San Salvador de Villanueva de Lorenzana por el “conde santo”, Osorio Gutiérrez¹⁶.

La documentación procedente de **Celanova** es vaga e inconcreta a la hora de definir la norma rectora de la casa. En ningún caso se cita la observancia benedictina. Hasta los comienzos del siglo XII, únicamente podemos constatar algunas gotas benedictinizantes en un mar de inconcreciones. Tan sólo algún antropónimo benedictino y la constatación

de que el término prior va consolidándose en la documentación de Celanova frente al de prepósito o pertiguero, nos ponen en la pista de una mayor presencia de la regla benedictina. Según el rastreo documental de las menciones de la *Regula Benedicti* en Celanova, encontramos que la primera referencia está en un documento datado el 13 de abril de 1139, bajo el abadiato de Don Pelayo. Allí se dice que Celanova se rige por las *sancte regule et Benedicti norma*¹⁷.

La **difusión benedictina en Galicia**, como en cualquier otra parte, será una expansión lenta y costosa, no avasalladora e inmediata, teniendo en cuenta, además, que esta difusión benedictina no debe ser concebida como propagación de grupo, sino de un libro que paulatinamente se irá imponiendo en los monasterios, sustituyendo en ellos a las observancias anteriores. Y es que en el plano puramente jurídico, la regla casinense supo mostrarse más adecuada a los nuevos tiempos que corrían, además de presentar un carácter más social frente al individualismo de otros códigos como el fructuosiano. En definitiva, la regla benedictina sincronizó con la época en que le tocó vivir¹⁸.

Resumiendo, se ha de concluir que no es posible hablar de una auténtica benedictinización llevada a término por San Rosendo, pero sí de una intención unificadora, con un trasfondo benedictino que cuajaría en el siglo siguiente. El santo gallego no parece tan apegado a la tradición visigoda, sino conocedor, y posiblemente partidario de unas nuevas corrientes

unificadoras. Y que esta unificación fuese pensada bajo otra regla distinta a la benedictina, no parece posible.

Aparte de todo lo dicho, conviene decir que ha motivado nuestra ponencia el hecho de la celebración en Mondoñedo y Ourense de la **efemérides del MC aniversario** del nacimiento de San Rosendo y la escasa divulgación del Santo fuera del ámbito académico. Le gustaba decir al sabio historiador santiagués López Ferreiro que la biografía de San Rosendo “debía ser conocida por todo buen gallego”, exhortación que sería conveniente no se viera limitada de ningún modo, y se extendiera a todo aquél que ame la verdad histórica y las grandezas de nuestro pasado.

Por eso, conmemorar el undécimo centenario del nacimiento de San Rosendo, nos brinda la oportunidad de poner delante de nosotros las permanentes lecciones de la historia. La celebración de esta efemérides constituye una gozosa obligación, no sólo de las diócesis de Mondoñedo y Ourense, sino también de los pueblos hispano y luso, y de cuantas instituciones son conscientes de la trascendencia que ha tenido este personaje religioso, pero también político, de cultura y prestigio.

¡Gracias!

MC Aniversario del Nacimiento de San Rosendo.

Año Santo Rosendiano.

NOTAS

- ¹ A. LINAGE CONDE, *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica*, León 1973, p. 188.
- ² J. MATTOSO, *A introdução da Regra de S. Bento na Península Ibérica*, en “Bracara Augusta” XXX (1976), pp. 5-19.
- ³ M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *El monacato fructuosiano y su desarrollo*, en *El monacato en la Diócesis de Astorga durante la Edad Media*, Astorga 1995, pp. 33-48.
- ⁴ A. ALMEIDA MATOS, *La Regula Monastica Communis, su origen y autoría*, en “Analecta Sacra Tarraconensia” 51-52 (1978-1979), pp. 192 y ss.
- ⁵ C. J. BISHKO, *Gallegan pactual monasticism in the repopulation of Castille*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid 1951, t. II, pp. 515-516.
- ⁶ E. SÁEZ SÁNCHEZ, *Los ascendientes de San Rosendo (notas para el estudio de la monarquía asturleonés durante los siglos IX y X)*, en “Hispania” VIII (1948), pp. 3-76, 179-233.
- ⁷ J. MONTERO Y ARÓSTEGUI, *Historia y descripción de la ciudad y departamento naval del Ferrol*, Madrid 1859, p. 654.
- ⁸ A. DE YEPES, *Coronica de la Orden de San Benito*, Valladolid 1617, t. V, ff. 427r-428r.
- ⁹ A. CID RUMBAO, *Guía de Celanova*, Celanova 1994, pp. 48 y ss.
- ¹⁰ J. M. ANDRADE CERNADAS, *El monacato benedictino y la sociedad de Galicia medieval (siglos X al XIII)*, A Coruña: Seminario de Estudos Galegos, 1997, pp. 25-46.
- ¹¹ A. LINAGE CONDE, *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica, o.c.*, p. 498.
- ¹² J. MATTOSO, *A introdução da Regra de S. Bento na Península Ibérica, art.c.*, pp. 10-19.
- ¹³ A. LINAGE CONDE – J. FACI – J. F. RIVERA – A. OLIVER, *Organización eclesiástica de la España cristiana*, en *Historia de la Iglesia en España, II-1º: La Iglesia en la España de los siglos VIII al XIV*, ed. J. FERNÁNDEZ CONDE, Madrid 1982, pp. 168-170.
- ¹⁴ M. NÚÑEZ RODRÍGUEZ – M^a. J. AMOR CARRERO, *Conservadurismo y evolución en la obra de San Rosendo*, en “Compostellanum” XVII (1973), p. 305.
- ¹⁵ J. M. ANDRADE CERNADAS, *Aproximación a la figura del prepósito monástico en el monacato gallego medieval: siglos X al XII*, en “Estudios Mindonienses” XI (1995), pp. 279-292.
- ¹⁶ F. MAYÁN FERNÁNDEZ, *El monasterio de Lorenzana*, en “Estudios Mindonienses” V (1989), pp. 272-334.
- ¹⁷ J. M. ANDRADE CERNADAS, *O Tombo de Celanova: estudio introductorio, edición e índices (ss. IX-XIII)*, Santiago de Compostela 1995, doc. 522, p. 719.
- ¹⁸ M. ARIAS, *Los monasterios de benedictinos de Galicia*, en “Studia Monastica” VIII, 1 (1966), pp. 49-60.

AÑO JUBILAR DE SAN ROSENDO 2007

Publicamos algunas de la Homilias pronunciadas durante la Novena de San Rosendo por los Sr. Arzobispos, Obispos y Abades, que presidieron las celebraciones en Celanova entre el 20 de Febrero y el 1 de Marzo de 2007

Día 20 de Febrero. José Augusto Pedreira, Bispo de Viana do Castelo.

«Purifica la memoria»

Na leitura do Evangelho de S. Lucas, ouvimos a narraçao da parábola do “fariseu e o publicano” (Le 18, 9-14). As palavras de Jesus dirigiam-se «a alguns que estavam convencidos que eram justos, e desprezavam os outros».

O papel do que julgava ser justo é representado por um fariseu, classe religiosa dos defensores de Lei, que rezava, em pé, dizendo: eu, cá, nao sou como os outros homens: ladrões, injustos, adúlteros, como este publicano, jejuo, pago o dízimo. Enquanto que o publicano (recadador de impostos), nao ousava levantar os olhos para o céu, e batia no peito pedindo ao Senhor que tivesse piedade del; porque era pecador.

E Jesus acrescenta: Bu vos digo que este publicano regressou a casa justificado; ao passo que o outro nao. Porque o que se exalta será humilhado e o que se humilha será exaltado.

Nos encontramos perante duas atitudes distintas: a atitude orguihosa, auto-suficiente, convencida, daquele que julga ser

o/a me do mundo, e considera, julga, os outros pelos seus defeitos como pecadores. Parece-lhe que é o único que merece desempenhar cargos de responsabilidade, mesmo na Igreja, merece ser considerado por todos porque é superior. Destes, diz o Evangelho: «Al de vós, fariseus hipócritas, que vos contentais com as apar e, por dentro, estais chelos de corrupçio... Nüo entraís no reino de Deus, nem deixais que os outros entrem...».

O outro, o publicano, está consciente de que podia, e devia, ser melhor, porque é pecador ... Mas faz um esforço de purificar a memória da sua vida diante de Deus. O primeiro passo a dar para purificar a memória é o reconhecimento da nossa pequenez, das nossas faltas, dos nossos pecados.

O primeiro, permanece no seu pecado; o segundo passa pela purificação da memória: o arrependimento e o pedido de perdao aDeus, a recondiiaçao com Aquele a quem ofendemos ... Ao mesmo tempo, perdoando a quem nos ofendeu e pedindo perdao dos nossos pecados ... E este o caminho dajustificação, da salvaçAo.

O Papa Joao Paulo II, falecido há poucos anos, na Carta Apostólica com a qual traçou as orientaç para nos comprometer-

mos na evangelização do Terceiro Milénio, apontava a purificação da memória como caminho a percorrer por toda a Igreja e por cada um dos fiéis.

S. Rosendo deve ser para nós, durante este Ano Jubilar, o modelo e intercessor junto de Deus, que nos ajuda na purificação interior da nossa vida crista: ele deixou atrás de si um rasto de luz. Purifiquemos a nossa memória, como recomendou o Papa Joao Paulo II, na sua Carta Apostólica “No inicio do terceiro milénio”. Purificar a memória crista é reconhecer que necessitamos do perdão de Deus, ficando mais puros para poder contemplar o mistério de Deus revelado em Jesus Cristo.

Interroguemo-nos sobre a nossa própria vida para implorar misericórdia e obter o Dom especial da indulgência jubilar. Recordemos também as infidelidades da Igreja ao longo da história. É um exame de consciência que se nos pede...

- Como vão os nossos compromissos assumidos no dia do nosso Baptismo

- Qual é a nossa participação activa e consciente na missão evangelizadora da Igreja...

- Como ocupo o meu tempo na nossa evangelização da nossa sociedade, farta de bens materiais mas pobre de bens espirituais: supostamente feliz, mas tristemente aterrorizada

- Há uma relação directa entre a prática da caridade crista e o tempo da quaresma

que amanhã começa ... Compartilhar (partilhar, em português) os nossos bens materiais com os mais carenciados do que nós

San Rosendo, Bispo, monge e governador da Galícia, foi luz que brilhou no seu tempo. Foi de família nobre e com muitos bens materiais, nasceu na paróquia de S. Miguel de Couto, concelho (da vila) de Santo Tirso, perto da cidade do Porto (Portugal). Tinha sido baptizado na paróquia vizinha de Monte Córdova

Aos 18 anos já aparece como bispo de Dume (hoje, Braga) e pouco antes como abade de Portomarín. Algum tempo depois, aparece como bispo de Mondoñedo. Mas a obra que mais o imortalizou foi a construção deste mosteiro de Celanova, com a ajuda de Dona Ilduara, sua mãe, e familiares (ano 936). Foi seu primeiro abade o célebre Frei Franquila, deixando para esse efeito a missão de abade do mosteiro de San Estevo de Ribas de Sil. Rosendo, foi o 2.º abade deste mosteiro, aqui morreu, deixando atrás de si um rasto de luz.

Pode iluminar-nos ainda hoje, porque «Los pastores passam, mas «lo amor de Cristo permanece, ontem, hoje e sempre». Depois destas «palabritas en vuestra lingua», encomendamo-nos à sua grande intercessão.

Assim seja.

+ José Augusto Pedreira,
Bispo de Viana do Castelo

Día 22 de Febrero. Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela.

En este camino jubilar seguimos contemplando la figura de san Rosendo, recordando que “en sus costumbres ya desde niño mostraba la madurez y la ponderación de un anciano; y era tan austero que jamás probó placer de los sentidos. Era serio sin dureza, alegre y risueño sin frivolidad, modesto y casto, pudoroso y recogido. Sobresalió tanto en las virtudes desde su adolescencia que su fama corría por toda España”. Hijo preclaro de Galicia, monje por vocación y obispo por obediencia, admirado por su saber y amado siempre por su bondad, con una actividad incansable y con un incuestionable prestigio, reconstruyó monasterios e iglesias, trabajó por la paz, fomentó las obras de caridad y se preocupó de la formación y de la vida cristiana de su gente. Como administrador de los misterios de Dios, cuidó la vida espiritual y material de sus diocesanos, los puso a salvo en medio de las obscuridades, los alimentó con la palabra de Dios, los condujo a la fuente de aguas vivas y tranquilas que es Cristo, buscó a los alejados siempre dispuesto a ofrecer su vida, y manifestó siempre entrañas de misericordia, sabiendo que es el Señor quien juzga y que uno sólo es nuestro Maestro, enseñándonos que el maestro según el Evangelio tanto más será maestro cuanto menos enseñe lo suyo y cuanto más se sienta intérprete del único Maestro, Cristo.

La vocación frustrada del joven rico es una de las páginas tristes del Evangelio,

trasmitida por tres de los evangelistas cuando ni es un ejemplo a seguir y de alguna forma significa un fracaso de Jesús en su llamada y del joven en su ilusa búsqueda de perfección. Esta historia del joven rico que no quiere renunciar a sus bienes va a dar lugar a las palabras de Jesús manifestando que es difícil que los ricos entren en el cielo. No se trata de la cantidad sino de la vinculación a las riquezas. Puede haber ricos que no están apegados a sus posesiones y puede haber pobres que no están dispuestos a renunciar a lo poco que tienen. Ante esta dificultad todo hay que confiarlo al poder soberano de Dios, pues para Él nada hay imposible.

Desde esta perspectiva, nuestro reconocimiento y agradecimiento se dirigen hoy a todas las personas de vida consagrada. “Testigos privilegiados de la esperanza del Reino que viene, su presencia y acción frecuentemente permiten a nuestro ministerio apostólico alcanzar a las personas en las fronteras más alejadas de nuestras diócesis, allí donde, sin ellos, Cristo no sería conocido. Por su fidelidad al espíritu de sus fundadores y por la radicalidad de sus opciones, ellos son, respecto del Evangelio lo que es una partitura cantada respecto de una escrita”.

Ciertamente todos los bautizados de cualquier clase y condición hemos sido llamados a la santidad, a la edificación del Cuerpo de Cristo en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios (Rom 12,38ss), y a la perfección del amor (LG 40). Pero la vida consagrada se considera “una vocación distinta y una forma espe-

cial de consagración en razón de una misión peculiar” (VC 31) y refleja el mismo modo de vivir de Cristo. “Precisamente por esto, es una manifestación particularmente rica de bienes evangélicos y una realización más completa del fin de la Iglesia que es la santificación de la humanidad” (VC 32). De esta manera, las personas de Vida Consagrada ofrecen una respuesta a quienes, sedientos de Dios, lo buscan con sincero corazón y desean vivir las exigencias de la fe.

No olvidamos la dimensión profética y caritativa de los religiosos y religiosas, amando a Dios por encima de todo, buscando la caridad perfecta en el servicio al Reino, y anunciando en la Iglesia la gloria del mundo futuro. Vivir la vida religiosa es asumir radicalmente el misterio de la Iglesia como anonadamiento y exaltación, muerte y resurrección, cruz y esperanza, pobreza y servicio, grano de trigo que muere para que surja y fructifique la espiga nueva, dejando que Dios sea glorificado en los consagrados y consagradas olvidándose de sí mismos, movidos por la superior excelencia del amor a Dios que nos ha amado de verdad. Éste es el misterio que nos fascina y, a la vez, nos sobrecoge. Todo es gracia y a nosotros toca corresponder a esta gracia.

La consagración religiosa proclama que Dios es el manantial del que proceden las aguas de nuestra existencia: “Todas mis fuentes están en ti”, dice el salmista. De ahí la necesidad de desprenderse y dejar todos aquellos asideros que no sean Dios en sí, conformando humildemente la

propia voluntad con la de Dios. La verdad de la vida consagrada se expresa en algunas actitudes de fondo como el deseo de transmitir a todos el amor que viene de Dios por medio de Cristo sin detenerse ante ninguna de las barreras que el egoísmo humano puede levantar; como el esfuerzo de benevolencia y de estima hacia todos y, de manera especial, a los que se sienten despreciados y marginados; como manifestación de una especial solidaridad con los pobres y con los que sufren la injusticia; como testimonio de un corazón humilde que perdona con alegría, renuncia a toda violencia y favorece la reconciliación acogiendo el don evangélico de la paz, y como actitud orante para llevar la luz de Cristo y su salvación a todos los hombres.

Dios siempre nos toma en serio y, al confiarnos su misión, nos personaliza con su amor. Por eso, la vida religiosa es un misterio en el que perdemos pie como en un abismo sin fondo si no unimos el misterio de Dios al misterio del hombre. La oración, la ascesis, el progreso ferviente de la vida espiritual hace que la vida consagrada “sea una anticipación de la Iglesia triunfante, abismada en la posesión y contemplación de Dios”. Pero esta aventura se hace por la travesía del misterio pascual: “Mi cáliz lo beberéis”. El Amor de Dios es inseparable de la oscuridad desnuda de la cruz.

La vida consagrada en medio de la Iglesia es el exponente de que sólo Dios basta. Los consagrados conjugan su vida, saben que el Señor está con nosotros hasta

el final de nuestros días. En este sentido, configuran toda la vida en torno a Dios, dándole todo lo que uno es y convirtiéndole en centro de todas las aspiraciones y esta actitud posibilita encontrarse a sí mismo. Un barco no se construye para mecerse plácidamente atado en el muelle del puerto, sino para romper las amarras y adentrarse en las profundidades del mar con todo el riesgo que ello comporta.

La vida consagrada sólo puede comprenderse desde el amor pues es consagración plena a Dios que es amor. La pobreza como disponibilidad a expropiarse de sí mismo para acoger a Dios, la obediencia como deseo de que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo, y la castidad como entrega de un corazón indiviso a él, son referencia de las consecuencias religiosas que entraña este estilo de vida que tiene su manifestación en la vida comunitaria como reflejo de la comunión del Dios trinitario, “porque hechura de Dios somos”. Es motivo de esperanza y de gozo interior comprobar cómo en los lugares en que hay presencia de vida religiosa floreciente, sobre todo por su calidad evangélica, el entorno social mejora porque la vida religiosa favorece siempre de manera importante el desarrollo humano, espiritual y social, llevando a los demás la esperanza que es fuente de amor y de servicio.

Queridas familias, si alguno de vuestros hijos o hijas siente la llamada a la vida consagrada, animadle, pues somos felices no por lo que queremos tener, sino por lo que Dios nos quiere dar. María proclama la grandeza del Señor y dirige su mente a

Dios, haciendo una lectura creyente desde la fe. Cuando acogemos la gracia, sentimos la necesidad de elevarnos sobre las cosas, los intereses y las peticiones, y de dar gracias a Dios por lo que es, por lo que nos da, por su inmensa gloria. Dios hace que en nuestra pequeñez, reconocida y aceptada en la verdad, quepa su magnanimidad: “Lo que a nosotros nos parece imposible, para Dios nos lo es”.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

23 de Febrero. Mons. José Cerviño, Obispo Emérito de Tui-Vigo.

Benqueridos irmáns:

Estamos celebrando o Ano Xubilar de S. Rosendo, con ocasión do undécimo Centenario do seu nacemento. Mondoñedo e Ourense son as Dioceses de Galicia máis directamente afectadas por este acontecemento, e por iso viven este Xubileo con máis solemnidade.

Neste Novenario vanse recordando os aspectos máis importantes desta excepcional figura da Igrexa en Galicia en tempos xa remotos do século X.

Certamente trátase dunha figura humanamente moi destacada na Historia, pero tamén, como escribía o voso Bispo, Don Luís ós cristiáns ourensáns, “San Rosendo é un Santo moi querido e venerado na nosa Diocese e en toda Galicia”.

Hoxe queremos destaca-la súa misión de “pacificador”, no medio dunha sociedade convulsionada por tensións no ámbito social e político, véndose chamado a intervir nun tempo de dificultades para a mesma Igrexa.

Naquela época de frecuentes bitas entre as familias nobres que dominaban no territorio galego, Rosendo actuou como intermediario para pacifica-los ánimos dos que querían defender os seus pretendidos dereitos pola forza das armas. Dentro mesmo da súa familia impediu enfrontamentos que puideran chegar a promover serios problemas nas relacións familiares. A súa era unha superioridade non baseada na forza das armas, senón no talento e no carácter benévolo das súas actitudes.

A máis disto, os seus biógrafos poñen de relevo a súa intervención nas invasións dos normandos. Xa con anterioridade á época de S.Rosendo, fixeran incursións en actitude de piratería desde o mar sobre as costas de Galicia. O importante historiador López Ferreiro, cóengo compostelán, lembra as “razias” normandas, e sinala que nos anos 968-969 viñeron roubar e destruír canto podían, queimando igrexas e casas das xentes humildes nas costas de Galicia. E pon de relevo as intervencións do Bispo Rosendo que estaba rexendo daquela a Diocese de Iria Flavia, que a finais do século seguinte foi trasladada a Compostela en razón do descubrimento do Sepulcro do Apóstolo Santiago.

San Rosendo, movido polo seu espírito cristián de home evanxélico, concedeu ta-

mén liberdade total a aquelas persoas que eran tratadas como escravos, e vivían nunhas condicións de total sometemento ós seus amos.

Ese talante pacificador demostrouno, non só con ocasión de acontecementos bélicos entre familias e pobos, senón tamén en toda a súa tarefa episcopal nas Sedes de Mondoñedo -daquela S.Martiño de Mondoñedo- e Iria Flavia-. Todo o seu labor pastoral tíñase orientado a melloras as condicións de vida dos seus súbditos. O seu carácter bondadoso -dulcificado pola súa condición de home evanxélico e monxe exemplar axudouno a compaxinalas súas tarefas de Gobernador no eido político e militar, coa súa condición de Bispo e Abade dun Mosteiro.

A El débese no só a renovación da vida monástica –de acordo coa Regra de S.Bieito- senón tamén o melloramento da vida relixiosa na Igrexa de Galicia. Non hai que esquecer, a máis de todo isto, que, como Bispo verdadeiramente animado de espírito pastoral, foi tamén un gobernante que intentou promove-lo melloramento económico de gran parte do territorio de Galicia, como nos dan a coñece-los seus biógrafos. E todo isto contribuía a pacificar ó pobo galega.

¿De onde lle viña este carácter pacificador? Hase ter en conta, en primeiro lugar, a súa formación desde neno nunha familia autenticamente cristiá. O seu pai, Conde Gutier, transmitiulle o seu carácter de bo gobernante e de cristián piadoso, afecto á xente humilde e po-

bre, ó mesmo tempo que dotado dunha personalidade recia e forte. Da súa nai, Ilduara, sempre próxima á xente humilde, herdou o seu carácter piadoso e doce. Todo isto viuse acrecentado pola propia vocación monástica. Cando, de acordo coa súa familia fundou -no solar cedido polo seu irmán- este Mosteiro non aceptou o nomeamento de Abade para goberna-la Comunidade.

A consagración do Mosteiro ocorreu no ano 942. Daquela estivo presente Rosendo, pronunciando un sermón do que se conserva aínda hoxe o texto por El preparado. Pero El non quixo presidi-la Comunidade como Abade. Pediulle ó Monxe Franquila, que era Abade de S.Estevo de Ribas de Sil, que viñera goberna-lo novo Mosteiro de Celanova, como de feito así foi. Só cando finou o Abade Franquila, aceptou a elección que fixeran os Monxes, aceptando o compromiso de rexe-la Comunidade.

Por outra parte, El entendeu sempre que a vida monástica ía ter importante influxo na espiritualidade, pero tamén na Cultura. Foi algo común nas actividades dos Mosteiros eh Galicia, tanto os que vivían a Régula de San Bieito como os que seguiron a de San Bernardo na Orde Cisterciense.

A súa tarefa de pacificación ha de recoñecerse no influxo da súa vida persoal, pero sobre todo, nas misións que lle encomendaron como Bispo e Pastor de Mondoñedo, primeiramente, e máis tarde en Iria Flavia; abarcando case toda Galicia.

Penso, benqueridos irmáns, que é o momento de subliñar que as raíces do seu espírito pacificador -en proximidade espiritual e humana a tódalas xentes de Galicia, tanto no interior dos Mosteiros como no seu labor pastoral como Bispo haberá que buscalas en algo común a todos nós, cristiáns: A vivencia do gran Mandamento do Señor, o amor de caridade: “*Amádevos uns ós outros, como Eu vos ameí*”. Esa foi precisamente a súa última vontade, expresada no testamento hológrafo que Rosendo nos deixou. Nel, escrito pola súa man, pouco antes da súa morte -leva a datado 13 de Xaneiro do ano 977, e Rosendo finou o 1 de marzo seguinte- con toda serenidade, claridade e apertura de alma proclámase “humilde e pobre servo de Xesús, Redentor e Salvador”. S.Rosendo, nese testamento recorda a súa vocación monástica como unha gracia do Señor, e confía na súa misericordia. Pero déixalles ós seus monxes este testamento espiritual: “*O que donaredes a calquera dos máis pequenos, dos máis pobres, foime dado a Min*” Son palabras que expresan o pensamento de Xesús.

Foi algo que procuraron vivir os primeiros cristiáns. “*E todo o poñían en común*”, como nos recorda Lucas no Libro dos *Feitos dos Apóstolos*. Viñan ser unha mostra de amor, de acordo co Evanxeo: “*Amádevos, como Eu vos ameí Nisto coñecerán que sodes discípulos meus*”. Sabemos que o amor é o sinal distintivo de todo seguidor de Xesús.

Precisamente, a partir destas ensinanzas de Xesus Cristo, eu quixera explicar breve-

mente algo básico nunha conducta cristiá, que está indicado no tema sinalado para este día 4º da Novena: “Espiritualidade de comunión. Rosendo, un Bispo Pacificador”.

Cando recordábamo-la vida de S.Rosendo -na familia, no mosteiro, no seu labor pastoral como Bispo, e nas súas tarefas políticas como Gobernador- subliñaba eu ese espírito de caridade con que actuaba sempre. Considerábase como un servidor que procura sempre o ben dos demais. ¿Non será este o exemplo máis destacado da súa vida? ¿E non será este o mellor medio de pacifica-la sociedade na que cada quen de nós vive?

Pero hai algo máis importante, dada a nosa condición de xente bautizada ou de xente que se considera cristiá, de quen quixera seguir o exemplo do pacificador Rosendo. Neste 4º día da Novena acéntase esta vivencia común na Igrexa, que chamamos “espiritualidade de comunión” ¿Que nos queren dicir estas palabras?

É verdade que a palabra “comunión” ten unha referencia á Eucaristía. Pero non se trata aquí da “comunión eucarística”, senón da comunión eclesial. É ben sabido que esa realidade xa nos falaba o Concilio Vaticano II pero, sobre todo, foi reafirmada nas ensinanzas postconciliares que recibimos dos Sínodos dos Bispos, refrendadas por varios Documentos posteriores do Papa Xoán Paulo II.

Esta comunión eclesial, da que nos fan os textos pontificios citados, refírese á realidade dunha Igrexa que se considera

verdadeira Comunidade, como resulta da unión de tódolos bautizados con Cristo e entre si. Formamos -como dicía S.Paulo- un só Corpo que ten como Cabeza a Cristo. E todos nós somos membros.

Pois ben, a “espiritualidade” de comunión quere dicir que os bautizados deberiamos sentirnos non só unidos a Cristo Cabeza, senón tamén ternos de considerarnos unidos a tódolos que recibiron o Bautismo. Por iso se nos convida a facer Comunidade na celebración eucarística para a vida en familia e na sociedade.

A vivir ese espírito de Comunidade, axúdanos, dende logo, a Comunión eucarística, pero tamén a vivencia da caridade cristiá. Nese senso quen, como Rosendo, traballa pola Paz, ten que vivir a comunión con Cristo, e con tódolos irmáns. Isto é o que significa vivir unha “espiritualidade de comunión”

S.Rosendo non só foi “pacificador, evitando as loitas armadas, senón tamén unindo, sobre todo, uns e outros, cidadáns e crentes. Iso é froito dunha auténtica vida cristiá que se fundamenta nunha actitude permanente de amor e de xustiza, acorde co Evanxeo.

A iso pode axudamos a verdadeira devoción a S.Rosendo, o Santo da vosa Celanova.

ASÍ SEXA.

+José Cerviño,
Bispo Emérito de Tui-Vigo

*Día 24 de Febrero. Mons. Camilo Lorenzo.
Bispo de Astorga*

S. Rosendo Gobernador

Lecturas: IXn 4,7-16; Xn 15,9-17

Saúdo con profundo afecto a D. Cesáreo, o voso párroco e meu amigo e condiscípulo, e a tódolos sacerdotes que participan nesta concelebración no quinto día da novena de preparación á festa de S. Rosendo Bispo, gobernador e fundador deste mosteiro, que nas máis diversas situacións soubo vivi-la súa fe con total entrega ó servicio de Deus e dos homes merecendo ser contado entre os santos no Reino de Deus.

Benqueridos irmáns:

D. Cesáreo, o voso párroco e meu condiscípulo e amigo, honroume coa súa invitación a presidi-la celebración da santa Misa neste ano xubilar que concede a tódolos que cumpran as condicións sinaladas pola Igrexa indulxencia plenaria.

A liturxia da Eucaristía invítanos sempre, despois de proclamala Palabra de Deus, a que sentados tratemos de interiorizala, é dicir, que a fagamos penetrar en nos para que poida ilumina-la nosa vida. E iso é o que debemos intentar facer agora.

Estou seguro que, desde fai algún tempo, está máis fixa na nosa mente, e ogallá que tamén no noso corazón e na nosa maneira de actuar na vida, esta afirmación de S. Xoán “Deus é amor”, porque

o Papa, Benedicto XVI titulou así a súa primeira Encíclica. E nese documento do maxisterio supremo da Igrexa complétase esa afirmación dicindo “e quen permanece no amor permanece en Deus e Deus permanece nel” (1 Xn 4,16) Estas palabras do Apóstolo expresan con claridade o corazón da fe cristiá... Ademais Xoán ofrécenos unha formulación da existencia cristián: “Nós xa coñecemos o amor que Deus nos ten e xa cremos nel” (1Xn 4,16) Por outro lado o meollo da Encíclica é sen dúbida estas outras afirmacións: “Deus amounos primeiro e nós temos que transmitir ese amor”. Porque “nesto manifestouse o amor que Deus nos ten: en que Deus mandou ó mundo o seu Fillo único para que vivamos por El. Hai amor dentro de nós, non porque nós teñamos amor a Deus, senón porque El nos amou a nós, e mandou o seu fillo para que espíase os nosos pecados” (1 Xn 4,9-10)

Amigos e irmáns na fe: Mirade isto, ou se cre ou non; e se alguén non cre, teriamos que dicir que esta celebración para el non tería sentido. Pero nós todos cremos, pois de non ser así tampouco estaríamos aquí. Suposto isto podemos seguir adentrándonos nas consecuencias que para nós ten a Palabra de Deus proclamada.

O amor ou exercicio da caridade foi, dende os primeiros tempos da Igrexa, unha das súas preocupacións constantes como se manifesta nesta decisión que tomaron os Apóstolos ante o feito de que algúns se queixaban de que as súas viúvas pobres, os orfos, os presos e os enfermos non estaban ben atendidos. E para dar

resposta a esa realidade, que os Apóstolos non podían atender, elixiron a sete homes ós que lles impuxeron as mans para que se ocuparan da atención ós pobres, e así eles dedicaríanse ó servizo da palabra e á oración (Cf Feit 6).

A Igrexa polo tanto non pode descoidalo servizo da caridade, como non pode omiti-los sacramentos e a Palabra, e de acordo con iso temos que recoñecer que a caridade pertence á natureza da Igrexa e tamén é a manifestación irrenunciable da súa propia esencia (Cf DCE 22-25) Neste mesmo senso dicíalles S. Paulo ós gálatas, que nós chamamos celtas, rematando un longo discurso: “O único que importa é a fe que actúa a través do amor” (Gal 5,6b)

Pero debo engadir, como nos recorda Benedicto XVI na súa encíclica: “a caridade non ten outros obxectivos, xa que o amor é gratuítu, inda que na acción caritativa non se teña que deixar de lado a Deus e a Xesus Cristo, pois precisamente o amor puro e gratuítu é o mellor testemuño do Deus en quen cremos e que nos empuxa ó amor. Remata Benedicto XVI este ensino dicindo que “o cristián sabe cando é tempo de falar de Deus e cando é oportuno calar e deixar que fale só o amor” (Cf DCE 31 c)

E a consecuencia disto é ben necesaria para tódolos cristiáns: Hai que anunciar a Xesus Cristo, pero o anuncio sempre xunto cos feitos que manifestan a verdadeira caridade.

E paso á derradeira reflexión que plan-
texto dende esta pregunta: ¿todo o dito

que ten que ver coa vida de S. Rosendo? E pode que alguén se pregunte ¿Qué ten que ver coa vida de S. Rosendo, Gobernador, o que dixemos ata agora?

Todos saben que a vida de S. Rosendo maniféstase en tres situacións moi diferentes, pois foi Monxe, Bispo e Gobernador. Nos días pasados da novena presentáronlles a S. Rosendo Bispo monxe, Bispo pacificador e nos días vindeiros axudaranlles a recordar ó noso santo como Bispo fundador e o máis importante, como Bispo Santo. A verdade é que tamén foi Gobernador do seu mosteiro, das súas dioceses e no orde político. Centrándome no que significa ser “Gobernador” na vida política direi en primeiro lugar que ó bo gobernador faille a comunidade un servizo de caridade e amor.

Tamén é verdade que hoxe non sería aceptado pola sociedade que un Bispo fora gobernador, nin o permitiría a lexislación canónica. E ben coñecido que o Concilio Vaticano II ensina que “os gozos e as esperanzas, as tristuras e as angurias dos homes do noso tempo e principalmente as dos pobres e de cantos sofren son tamén gozos, esperanzas, tristuras e angurias dos discípulos de Xesus Cristo. Nada hai verdadeiramente humano que non encontre eco no seu corazón” (GS 1). Pero ó mesmo tempo engadiu: “hai que respecta-la verdadeira autonomía das realidades temporais inda que iso non se pode entender como que non dependen de Deus” (GS 36)

Nembargantes, no tempo de S. Rosendo para reconduci-la vida en Galicia recorre-

ron a S. Rosendo, e foi gobernador no eido político e social en senso estricto.

Segundo os datos dos que se dispón, non se pode sinalar con exactitude os anos que foi gobernador, pero si que se tivo que enfrontar cos problemas da sucesións dos reis, das invasións dos árabes, dos normandos e da liberación dos escravos.

E debemos ter ben presente que todo iso foi un servizo ó pobo de Galicia dende o amor ás persoas e tentando a súa liberación. Porque se a historia o sinala como Gobernador o ser declarado santo pola Igrexa quere dicir que cumpriu con xustiza e verdade tódalas angueiras que tivo que realizar e que se recollen nos máis diversos documentos.

Por iso neste día penso que todos debemos facer unha súplica ben importante, pedir para que os problemas da nosa nación encontren solución, pois se os tempos de S. Rosendo eran precarios e difíciles os que hoxe estamos a vivir tamén o son.

Fixándonos en que o noso santo enfrontouse, entre outros, “cos problemas das sucesións reais”, hoxe tamén nos faría falla alguén que gobernase o noso país con desexo de ofrecer un verdadeiro servizo á verdade e ó ben común e non buscando os intereses persoais ou de partido, nin para manterse no poder ou para conquistalo, senón para encontrar camiños de saída ante os problemas complexos e difíciles que están na mente e nos corazóns dos cidadáns de España.

Se a situación na que nos atopamos e moi perigosa, os cidadáns temos a obriga de colaborar para que se recupere a mentalidade “de perdón, reconciliación, paz e convivencia que foron os grandes valores que a Igrexa proclamou e que a maioría dos católicos e dos cidadáns, en xeral, viviron intensamente na transición” (Orientacións morales... CEE)

Ternos que defendemos das ideoloxías que nos queren impor a todos unha maneira de pensar, de actuar e de entender a vida, e tamén defende-los rapaces e mozos do adoutramento que desde esas ideoloxías queren facer en contra dos pais que son os que teñen o dereito de educar-los seus fillos. Porque esas ideoloxías abusando do poder buscan impoñe-lo laicismo como unha relixión que loita contra o Evanxeo coartando a liberdade de conciencia e de relixión recoñecida en tódolos países libres e democráticos e tamén na nosa Constitución.

Tamén debemos, mantendo aspectos que nos enriquecen, traballar para que se deixe de esaxerar as diferencias entre as autonomías do noso país e se busque primeiro o que nos une. Porque é unha contradición que mentres e busca construír a Unión Europea se estea loitando entre nós por separarnos.

Irmáns: S. Rosendo foi ademais de monxe, Bispo e tamén gobernador, e en tódolos eidos viviu de tal xeito que mereceu ser declarado santo pola Igrexa.

Recemos hoxe ó noso santo para que, como fillo desta terra, bendiga ós pobos

galegos co fin de que manteñámo-la nosa fe en Xesus Cristo que nos leve a vivir de tal xeito que sexamos testemuñas polo servizo e amor ós nosos irmáns. E principalmente que bendiga a diocese de Ourense, e moi singularmente, ós cristiáns e cidadáns de Celanova, que teñen a gracia de protexe-las súas reliquias, polo que recibe o nome de Vila de S. Rosendo.

Santa María, nai de Deus, acóllenos e protéxenos a tódolos que sabemos que tamén somos fillos teus.

+Camilo Lorenzo,
Bispo de Astorga

Día 25 de Febrero. P. Clemente Sena González. Abad de Silos

Queridos Sr. Párroco y concelebrantes, queridos feligreses, que en este sugestivo domingo, día del Señor, os congregáis como comunidad de redimidos para celebrar la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. De este modo ponéis de manifiesto la importancia que dais a vuestra condición de bautizados, de redimidos por la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor. Lo hacéis, conscientes de que es de ese modo como en verdad alcanzáis la meta propia de la dignidad humana. Sois verdaderamente piedras vivas del bello y grandioso edificio que es la Iglesia de Cristo. Sois, de hecho, miembros del cuerpo místico de Cristo. De este modo adelantamos ya aquí en la tierra el dulce sabor de Dios, el cual nos acompa-

ñará para toda una eternidad de dicha en la visión beatífica del Dios Uno y Trino, Alfa y Omega, de cuanto es y de cuanto nos engrandece como criaturas queridas y amadas de Dios.

Bien sabéis, queridos hermanos, la dicha que es para mí encontrarme hoy aquí con vosotros, debido a un deseo expreso de vuestro querido Párroco. No podía ser mejor encuentro que estar juntos celebrando esta gozosa y entrañable Eucaristía. En efecto, “qué bello y hermoso es que los hermanos vivan unidos”. Nos sentimos miembros de un mismo Cuerpo, que es Cristo, cuando también estamos sumergidos en las celebraciones del Año Santo, con motivo de los mil cien años del nacimiento de vuestro excelso Patrono San Rosendo. ¿Qué deciros, que ya no sepáis, sobre su vida, sus grandes y fructíferas empresas que llevó a cabo en favor del monacato y de toda esta hermosa región, que es la “Galecia” en su dimensión más amplia?

Desde muy joven, cuando tuve la suerte de conocer la vida y la amplia andadura de San Rosendo, anhelé conocer un día este Monasterio de Celanova. Hoy se ha hecho realidad este deseo. De ahí mi agradecimiento a vuestro querido Párroco y a cuantos habéis hecho posible este encuentro con San Rosendo, hombre de carácter, monje que nada antepone al amor de Cristo y obispo muy sensible a las necesidades espirituales de la grey que tenía encomendada. San Rosendo es modelo de escucha de la voluntad divina, a la que responde con solicitud pronta y entregada. Sois muy afortunados al tener tan gran

modelo de vida cristiana. Aprovechad bien sus enseñanzas e imitad su ejemplo.

Sé que conocéis mucho mejor que yo la vida, las proezas de este gran Santo. Pero no sólo es eso, pues también le invocáis llenos de confianza y entusiasmo para que interceda por vosotros ante el Señor de todo don perfecto. Por eso mismo, os invito a que en él contempléis a un cristiano, a un monje, a un obispo y a un padre, que supo leer los signos de los tiempos. Que supo acudir a aliviar a los necesitados, a enseñar a los que no saben y a orientar a todos cuantos pedían una luz en su caminar humano. Así actuó porque tenía muy presente el proyecto que Dios le manifestó y que se esforzó por llevar a feliz término. San Rosendo, en efecto, oyó la voz del Señor y respondió con entusiasmo y generosidad de espíritu. De ahí brota su grandeza, su misma santidad.

El mismo nos dice que es ahí también donde cada uno de nosotros podemos encontrar también nuestra grandeza. Para ello basta con aguzar el oído de nuestro corazón y ponerlo al ritmo de la voluntad de Dios. Contando para ello con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, el cual nos da toda la fuerza necesaria, para llevar a feliz término nuestro proyecto de vida cristiana, el cual comenzó el día de nuestro bautismo y está llamado a llegar definitivamente a feliz cumplimiento cuando el Señor nos acoja en su gloria sin ocaso.

Quizá es aquí donde, con frecuencia, nuestro ánimo desfallece. ¿Por qué? Muy sencillo. Solemos creer que los santos,

como es aquí el caso de San Rosendo, “están hechos de otra pasta”. Es decir, nos parece que alcanzar la santidad es cuestión de pocos privilegiados, por lo que damos por supuesto que nosotros no entramos en ese “reducido número”. Pues bien, este razonamiento es falso. Recordemos que Dios mismo ya dice a los israelitas: “sed santos como yo soy santo”. Y si nos lo dice Dios, es porque no sólo podemos, sino también debemos, ser santos.

La santidad es cuestión de querer hacer la voluntad de Dios. Por lo tanto, es cuestión de fiarnos de Dios, de contar siempre con Dios. Si por el bautismo hemos entrado a formar parte de los hijos de Dios se trata de querer serlo y de poner los medios para lograrlo. Así lo podéis comprobar concretamente en la vida de San Rosendo de Celanova. Eso sí, para recorrer el camino de la santidad, hemos de tener muy claro que no podremos hacerlo sólo con nuestras propias fuerzas. Pero también hemos de estar muy convencidos de que sí es posible, siempre y cuando contemos con la presencia y la ayuda imprescindible del Señor. Pero el señor siempre está dispuesto a ayudarnos.

¿Acaso no hemos acudido hoy a la Iglesia precisamente para alabar al Señor, nuestro Dios y darle gracias? ¿Acaso no hemos venido para pedirle que nos ayude y nos asista en esta hermosa y sin par tarea? Sí, esta tarea es la más preciosa, valiosa e importante de nuestra vida. Esta es también la ruta segura que nos conduce a la vida que no tiene fin. Para ello tenemos valiosos compañeros de camino, como son los

santos. No lo dudéis, queridos hermanos y hermanas. Cuando ponemos en Dios nuestra confianza y nuestra esperanza, la felicidad nos acompaña todos los días de nuestra vida. Por eso nos encontramos en la celebración eucarística, escuchando la palabra de Dios, que es “más viva y eficaz que espada de doble filo”; al mismo tiempo que también nos alimentamos con el pan y el vino de la salvación.

Los santos, hermanas y hermanos, son para nosotros cercanos y valientes modelos. Ellos nos invitan a imitarlos. Nos hablan de la importancia que para todo cristiano tiene la oración, como medio inigualable de comunión con Dios. También nos invitan a recibir los sacramentos con el fin de vencer en el combate contra el mal y la desidia. También contra esa especie de pereza endémica para todo lo que sé relaciona con la vida espiritual, que nos despista del camino real; que nos distrae de lo verdaderamente necesario y nos hace perder tanto tiempo en futilidades y bagatelas. Todo esto es impropio de quienes estamos llamados a tan altas metas de gracia y santidad.

Por lo tanto, aprovechemos bien el tiempo mientras estamos en esta tierra. Como seres humanos y cristianos que somos, estamos llamados a tener una óptima jerarquía de valores. Hemos de discernir entre lo provechoso, que nos conduce a ser nosotros mismos y agradar a Dios y todo aquello que nos separa de Dios y degrada nuestra condición de hijos e hijas de Dios. Que en nuestra vida nada ni nadie ocupe el puesto preferente que le corresponde a Dios Nuestro Señor.

Seguid el ejemplo que os da vuestro venerado y querido San Rosendo. Que él interceda siempre por vosotros y os ayude en esta dulce y deliciosa tarea que consiste en tender cada día, con entusiasmo siempre nuevo hacia la santidad que no defrauda. Amen.

Celanova, 25 de Febrero de 2007

Fr. Clemente Sena González
Abad de Silos

1 de Marzo. Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España.

Rom 12, 3-13
Jn 10, 11-16

Queridos hermanos y hermanas:

1. Con gran alegría nos hemos congregado hoy, aquí, en este histórico Monasterio de Celanova, con motivo del 1.100 aniversario del nacimiento del admirable monje, venerable obispo y valioso intercesor San Rosendo, conmemoración enriquecida por Su Santidad Benedicto XVI con la concesión de un Año Jubilar.

La contemplación de la figura de San Rosendo, gloria de esta bendita tierra, de la Iglesia en la península ibérica del siglo X y de la Iglesia de todos los tiempos, así como los textos litúrgicos que acabamos de escuchar son una fuerte llamada

a renovar nuestros sentimientos de fe, de confianza en Dios y a estimular nuestra caridad hacia el prójimo.

2. Quisiera en este momento saludar a todos los aquí presentes y a cuantos siguen esta solemne concelebración por los medios de comunicación social.

Saludo fraternalmente a Don Luis Quintero Fiuza, Obispo de Orense, así como a los sacerdotes concelebrantes.

Saludo con deferencia y sentimientos de gratitud a las Excmas. Autoridades por su participación en este solemne pontifical.

A los religiosos, religiosas y seminaristas, a cuantos colaboran en la celebración del Año Jubilar en honor de San Rosendo, un cariñoso saludo y la bendición de parte de Su Santidad Benedicto XVI, a quien tengo el honor de representar en España.

3. Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo las huellas de San Rosendo, ¿qué estamos llamados a hacer?

Estamos llamados a vivir apasionadamente nuestra fe y a poner confianza plena en Dios. Somos obra de sus manos. Él nos hizo. Somos pertenencia suya.

Estamos llamados a ejercitar la caridad con los ojos en el Señor.

Estamos llamados a actuar con la mirada puesta en la vida eterna, en nuestro encuentro definitivo con el Señor Jesús.

La muerte no tiene la última palabra.

Cuando parece cerrarse el horizonte de la existencia humana, el Señor abre un camino, un camino que conduce a la vida, a la vida eterna. La última palabra no la tiene la muerte. La última palabra la escucharemos en nuestro encuentro definitivo con el Señor. San Rosendo habló muchas veces de la muerte y de este nuestro encuentro definitivo con el Señor y nos invita a prepararlo, con esmero, desde ahora.

El ambiente en que nos movemos, el aire que respiramos no nos facilita el avance en el sendero señalado por San Rosendo.

En realidad, ¿qué vemos en nuestros días? ¿Cuáles son las preferencias del mundo de hoy?

Son el vano entretenimiento, la innovación y la tecnología sin rumbo, o la moda como frivolidad. Son los temas que el mundo occidental prefiere desde hace ya tiempo. Las obras de arte, la literatura, el teatro, el cine, los medios de comunicación reflejan esta mentalidad.

Para muchos la trascendencia, la espiritualidad, la vida eterna no tienen significado. Dios no existe y, si existe, no se ocupa del hombre. El hombre no tiene que dar cuentas de su actuar nada más que a la sociedad y ante la historia. La ética está en lo que decide la sociedad o la mayoría de un grupo humano. Sin embargo, la historia nos enseña las trágicas consecuencias de estas categorías mentales. La histo-

ria del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como la de estos últimos siglos y la de nuestros días, nos muestra las barbaridades cometidas teniendo como base una ética sin referencia a Dios.

En nuestros días, el desafío de actuar en la vida privada y en la vida pública como hombre creado a imagen y semejanza de Dios, exige una fe valiente y una confianza ilimitada en el Señor. San Rosendo y los libros sagrados nos aleccionan que la coherencia entre fe y vida, el esfuerzo continuo por actuar según los designios de Dios son la base sólida de un placentero encuentro definitivo con el Señor, es decir, de la felicidad verdadera.

4. San Rosendo es modelo de estas virtudes para todos y cada uno de nosotros.

Nació en Santo Tirso, ciudad cercana al norte de Oporto, Portugal, en el año 907, hace precisamente 1.100 años. Sus padres fueron el Conde Gutierre Menéndez y su madre la Beata Ildeodora, ambos de sangre real. Su padre es conocido como uno de los más acreditados nobles de la corte de Alfonso el Magnánimo.

En la casa de sus padres recibió una esmerada educación también en el campo religioso. A muy joven edad fue enviado a la abadía-obispado de San Martín de Mondoñedo, donde era obispo su tío Sabarico, segundo Prelado con este nombre en aquella sede. Allí, tratando con clérigos y cortesanos y frecuentando la escuela de la Catedral, aprendió latín y religión. En este clima brotó su vocación mo-

nacal. Quería dedicarse preferentemente a la meditación de las cosas divinas y a la alabanza de Dios. Cultivó el estudio de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

Muy joven, fue elegido obispo de Dumio, que se encuentra cerca de Braga (Portugal) y, un poco más tarde, en 1112, trasladado a la sede catedralicia de Mondoñedo.

La labor pastoral de San Rosendo quedó marcada por el gran interés puesto en alimentar la fe y la confianza en Dios de su pueblo y en reflejar la vida cristiana mediante la caridad hacia el prójimo, sobre todo cuidando a los pobres y a los enfermos.

El ha sido pastor incansable de estas nuestras bendecidas tierras y pueblos.

5. La primera lectura de esta celebración eucarística, que es un texto de la carta de San Pablo a los Romanos, nos habla de la caridad con el prójimo, de una caridad sin hipocresía, amándonos de corazón unos a otros, *“diligentes en el deber, fervorosos en el espíritu (...) alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración”* y compartiendo nuestros bienes con los hermanos.

La caridad fundada en el amor de Dios nos da la fortaleza necesaria para superar las tribulaciones y, sobre todo, causa en nosotros alegría interior.

En el texto del evangelio que acabamos de escuchar nos habla el pastor por

excelencia: Jesucristo. El Señor Jesús nos dice.” *Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. (...) Conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí*” (Jn 10, 11). Para el Señor no hay pasado ni futuro. Todo es presente. “Yo soy”. Tiene cuidados solícitos por cada uno de nosotros. Nos nutre con su palabra, con los sacramentos y, particularmente con la Eucaristía, pan de vida eterna.

6. El Año Jubilar en honra de San Rosendo es una gracia del Señor que nos acercará más a estos valores, nos hará sentir que somos pertenencia de Dios, que hará más viva nuestra fe, aumentará nuestra confianza y nos empujará a ejercitar con más empeño la caridad.

La palabra jubileo, relacionada con júbilo, significa alegría, gran alegría.

En el Antiguo Testamento el jubileo era un tiempo dedicado particularmente a Dios. Cada siete años se celebraba el *año sabático*, durante el cual, entre otras cosas, se liberaban los esclavos, se perdonaban las deudas según prescripciones detalladas contenidas en los Libros Sagrados¹.

Cada cincuenta años se celebraba el *año jubilar* con mayor solemnidad. “*Declararéis santo el año cincuenta – leemos en el Libro del Levítico –, y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia*”².

¿Cuál es la razón de ser de estas normas

del Antiguo Testamento?

La razón está en la fe en Dios, en el sentimiento del pueblo que el Señor había liberado de la esclavitud, que había redimido. Era, pues, pertenencia de Dios, era el pueblo de Dios.

Como Dios había sido magnánimo hacia ellos, también ellos lo debían ser hacia los demás, libertando los esclavos y perdonando las deudas.

Con el cumplimiento de las normas del año sabático y del año jubilar, los israelitas mostraban su gratitud a Dios por los beneficios recibidos, se reconciliaban con Dios y con los hermanos, esperando la llegada del Mesías y adquiriendo la paz interior.

¿En qué consiste el jubileo hoy, es decir, en el Nuevo Testamento?

Consiste en un año de alegría, de grande alegría, proveniente de la reconciliación con Dios, con los familiares, con todos aquéllos con los que convivimos. “*El jubileo, para la Iglesia, es verdaderamente este ‘año de gracia’, año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental*”².

En pocas palabras, este año jubilar nos acercará más a Dios y nos dará tranquilidad, serenidad, felicidad, una paz interior que nadie nos puede quitar, porque nuestro júbilo procede de la cercanía a Dios.

Concluyo con un pensamiento de San Agustín, tema de meditación de San Rosendo: *“Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón no hallará reposo hasta que descanse en ti”*.

Queridos hermanos y hermanas, digamos al Señor que sabemos que la muerte no tiene la última palabra, que queremos preparar con esmero nuestro encuentro

definitivo con Él y que necesitamos su ayuda, la cual imploramos por la valiosa intercesión de nuestra Madre Santísima y de nuestro Santo Patrono San Rosendo.

Mons. Manuel Monteiro de Castro
Arzobispo titular de Benevento
Nuncio Apostólico en España y
Andorra

NOTAS

¹ Éx 23, 10-11

² Lev 25, 10.

³ Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, 14.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

Nota de prensa final de la CCIV reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 1 de marzo de 2007

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado en Madrid, los días 27 y 28 de febrero, su CCIV reunión. Los obispos han reflexionado sobre la situación de la enseñanza en España y han aprobado una declaración titulada “La Ley orgánica de Educación (LOE), los Reales Decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de los padres y escuelas”.

Declaración sobre la LOE

Los obispos miembros de la Comisión Permanente de la CEE entienden que vivimos un momento decisivo para el futuro de la educación y por ello presentan en esta declaración una valoración detenida de la LOE y los Reales Decretos que la desarrollan. Además, argumentan cómo en esta normativa no se respetan algunos derechos fundamentales.

El documento se estructura en cuatro epígrafes principales: “La enseñanza de la Religión católica”, “El profesorado de Religión católica”, “La *Educación para la Ciudadanía*” y “Las libertades de enseñanza y de elección de centro educativo”.

Con respecto a la enseñanza de la religión, los obispos señalan que, en la Ley y en los Reales Decretos que la desarrollan,

“carece de la seriedad académica que reclama el derecho de quienes la solicitan libremente, es decir, cerca del ochenta por ciento de los padres”. Contrariamente a lo que se estipula en los Acuerdos Iglesia-Estado, en la LOE esta enseñanza no es tratada como equiparable a una asignatura fundamental.

La Ley introduce una nueva regulación del profesorado de Religión que no responde satisfactoriamente ni a los compromisos adquiridos por el Estado con la Iglesia Católica, ni a la jurisprudencia sobre la materia. Se asimila la situación legal de los profesores de Religión en las escuelas estatales a las formas contractuales generales reguladas por el Estatuto de los Trabajadores, no reconociendo suficientemente el carácter específico de su trabajo, derivado de la misión canónica que les encomienda la enseñanza de la religión y moral católica.

La nueva asignatura de *Educación para la Ciudadanía* es una formación estatal obligatoria de las conciencias. Si el texto de la Ley dejaba algún margen para la duda, los Decretos que la desarrollan establecen expresamente que dichas enseñanzas pretenden formar, con carácter obligatorio, “la conciencia moral cívica” de todos los alumnos en todos los

centros. La autoridad pública no puede imponer ninguna moral a todos: ni la supuestamente mayoritaria, ni la católica, ni ninguna otra. Esta *Educación para la Ciudadanía* de la LOE es inaceptable en la forma y en el fondo: en la forma, porque impone legalmente a todos una antropología que sólo algunos comparten y, en el fondo, porque sus contenidos son perjudiciales para el desarrollo integral de la persona. Por todo ello, esta nueva asignatura reclama una actuación responsable y comprometida por parte de los padres y de los centros educativos. En este sentido, en el documento se señala que “los padres harán muy bien en defender con todos los medios legítimos a su alcance el derecho que les asiste de ser ellos quienes determinen la educación moral que desean para sus hijos. Los centros católicos de enseñanza, si admiten en su programación los contenidos previstos en los Reales Decretos, entrarán en contradicción con su carácter propio, informado por la moral católica. El Estado no puede obligarles a hacerlo, si no es vulnerando el derecho a la libertad de enseñanza y a la libertad religiosa”.

Por otra parte, las libertades de enseñanza y de elección de centro educativo se encuentran, en la LOE, muy condicionadas, al quedar definida la educación, con un claro tinte estatista, como un “servicio público” con el que la sociedad debe colaborar.

Los obispos concluyen afirmando que es necesario llegar a un gran consenso o pacto de Estado en las cuestiones básicas

que afectan a los derechos fundamentales de las personas y de la escuela, y agradeciendo la labor de los profesores de religión, directores de centros educativos, Escuela Católica, educadores y padres.

Felicitación a la FERE en su 50º aniversario

La Comisión Permanente ha tenido conocimiento de que este año se celebra el cincuenta aniversario de la Federación Española de Religiosos de Enseñanza (FERE) y ha decidido hacerles llegar “la expresión más sincera de gratitud por el servicio excepcional prestado por tantos religiosos y religiosas, entregados plenamente a su vocación de educadores y de apóstoles”. Las Escuelas de los religiosos, señalan los obispos de la Comisión Permanente en su felicitación, han gozado y gozan de gran estima en la Iglesia y la sociedad, porque prestan a los padres una colaboración impagable a la formación integral de sus hijos y, de este modo, a toda la sociedad y a la Iglesia.

Orden del día de la Asamblea Plenaria

Ha sido aprobado el orden del día de la LXXXIX Asamblea Plenaria que se celebrará del 23 al 27 de abril. En esta Asamblea se estudiará el documento “La Escuela Católica. Oferta de la Iglesia en España a la educación en el Siglo XXI”. También ha pasado a la Plenaria la reflexión sobre la Música en el ordinario de la Misa, presentado por la Comisión Episcopal de Liturgia. Igualmente entra en el orden del día la reflexión sobre el

fenómeno de las migraciones en España.

Como es habitual, el Presidente de la CEE y Obispo de Bilbao, Mons. Ricardo Blázquez Pérez, y el Secretario General y Portavoz, P. Juan Antonio Martínez Camino, han informado sobre asuntos de seguimiento y acciones realizadas en el

ejercicio de su cargo. Los Presidentes de las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral. La Comisión Permanente ha revisado los temas económicos y otros asuntos de seguimiento, y ha realizado una serie de nombramientos que detallamos a continuación.

*Mensaje de Los Obispos de la Subcomisión Episcopal
para la Familia y Defensa de la Vida
“Por una cultura de la vida”*

19 de marzo de 2007

Solemnidad de San José

El domingo 25 de Marzo, muchas diócesis y asociaciones celebrarán el día de la Vida. Con esta ocasión los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida queremos dirigirnos a todos para ofrecer unos puntos de reflexión y para manifestar nuestro apoyo y aliento a esta celebración.

1. Ante la situación actual de España

La última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española aprobó unas *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, que querían ofrecer unos criterios para el discernimiento que hoy es necesario.

En el terreno de la vida, nos encontramos en un momento preocupante de

nuestra historia. Por un lado, los recientes cambios legislativos han llevado a que España tenga una de las legislaciones que menos protege la vida humana en el mundo entero. Por otro lado, desde las instituciones se promueve la promiscuidad sexual con la falsa esperanza de que el preservativo o el recurso a la “píldora del día después” permitirán una práctica “segura” del sexo. Pero al contrario de lo esperado, las enfermedades de transmisión sexual y los abortos siguen creciendo.

No menor preocupación suscitan algunos temas que aparecen recurrentemente en los medios de comunicación que pueden llegar a anestesiar las conciencias. En particular, diversos grupos de presión y muchos medios de comunicación promueven la regulación legal del aborto libre y de la eutanasia.

Por ello, como Pastores del “Pueblo de la Vida” (*Evangelium vitae*, n. 78), tenemos que denunciar la extensión en nuestra sociedad de una verdadera “cultura de la muerte”, una visión del hombre que deja sin fundamento sus derechos fundamentales y diluye en la conciencia social el valor de la vida y la dignidad de la persona.

Nos encontramos ante un verdadero “desafío cultural”, un cambio sin precedentes en el corazón y la conciencia de nuestras familias y de la sociedad. Este desafío requiere una respuesta a distintos niveles.

2. Ayudar eficazmente a las madres

La primera acción de promoción de una cultura de la vida es la atención a las situaciones donde la vida de una persona está en peligro. No basta que animemos a una mujer a que se sobreponga a las presiones que la empujan al aborto si no le ofrecemos los medios para ello. Por eso es imprescindible el precioso servicio que tantas asociaciones ofrecen a las madres embarazadas para que puedan llevar adelante su embarazo. Queremos agradecer a todos su trabajo en este campo, a la vez que los alentamos para que perseveren a pesar de tantas dificultades.

En este terreno asistencial tenemos también que felicitarnos por iniciativas como Red Madre, que permite una coordinación y sostenimiento institucional de la ayuda a la mujer embarazada. Nuestra sociedad está tomando conciencia de que muchas veces el aborto se produce porque la mujer

se encuentra sola ante una fuerte presión que la empuja al aborto. La sociedad tiene la responsabilidad de ofrecer a estas mujeres la posibilidad de elegir que su hijo llegue a nacer. Por eso, un solo aborto es un enorme fracaso de nuestra sociedad.

3. Necesidad de conversión para generar una cultura de la vida

Siendo insustituible la acción asistencial, no basta esta acción para dar respuesta al desafío cultural al que nos enfrentamos. Es necesario, sobre todo, fomentar entre los propios católicos una experiencia de fe, es decir, del reconocimiento de la presencia de Cristo entre nosotros, verdadera y fiel. Tan verdadera y fiel que pueda determinar todas las dimensiones de nuestra vida, como para que haga resplandecer en nosotros el amor a la propia vida y la gratitud por ella, y como para suscitar en nosotros la voluntad de ayudar y sostener siempre el amor a la vida de los demás, tratando de hacerlo posible con nuestro testimonio del amor de Cristo y con nuestro afecto. Llamar a esta experiencia de fe es llamar a la conversión. Todos contribuimos a la cultura de la muerte cuando nos sometemos a la mentalidad consumista, cuando hacemos del poder, del dinero, del estatus o del éxito social, los criterios que rigen el valor de la vida humana. Por eso, la conversión es siempre la primera responsabilidad de los católicos en relación con la vida. La primera, y la única verdaderamente indispensable, verdaderamente insustituible, si en verdad se ama la vida. En realidad, sólo un sujeto social —un pueblo— agradecido por la experiencia de la redención de

Cristo puede expresar con verdad y generar una auténtica cultura de la vida.

Luego, pero sólo en un segundo momento, es necesaria también la presencia de intelectuales que propongan una cultura de la vida, que sean capaces de generar una argumentación adecuada a nuestro tiempo y que pueda iluminar la conciencia social. Personas públicas que se comprometan por la causa de la vida. Instituciones académicas, universitarias y culturales que promuevan en nuestra sociedad el valor de la vida. A las instituciones católicas y no católicas que trabajan por defender la vida, les queremos manifestar nuestro apoyo y aliento a su dura tarea. Esperamos que su común servicio a la vida sea capaz de generar una unidad de acción y un espíritu de comunión. Esta unidad será un testimonio convincente para la sociedad y también la garantía de un trabajo más fecundo.

4. Necesidad de incidir en las leyes y las políticas sociales

Una cultura de la vida, si es verdadera y no sólo un eslogan ideológico, incidirá necesariamente en la política. Un pueblo que ama la vida actúa sobre los partidos políticos que han de representarle para que propongan en sus planes electorales y luego desarrollen una legislación donde el valor de la vida sea protegido y promovido.

En el campo del aborto y de la reproducción asistida, tenemos en España unas leyes que atentan contra la vida, y que por tanto tienen que ser abolidas.

Pero también debemos tomar conciencia de que si las autoridades sanitarias velaran por el cumplimiento de la ley y de las condiciones en que el aborto está despenalizado, no es temerario suponer que el número de abortos en España se reduciría drásticamente. Por ello, a la vez que pedimos a la sociedad y a los políticos la abolición de los supuestos en los que el aborto está despenalizado, porque es una ley gravemente injusta, instamos a las instituciones sanitarias a que persigan estos abusos. Es una grave responsabilidad de las autoridades.

5. La gravísima amenaza de la eutanasia

Una de las cuestiones que vemos con mayor preocupación es la campaña que, desde diversos ámbitos, se realiza para promover la aceptación social de la eutanasia. La metodología es la que se empleó en la legalización del aborto: se presentan casos dramáticos para que el sentimiento, aparentemente “bueno” y “piadoso” de “ayudar” al enfermo que sufre, se imponga al recto juicio. Es, pues, una manipulación que no por sutil es menos real. Estos últimos días lo hemos vivido con mayor intensidad por el desgraciado caso de todos conocido.

Además de denunciar estos hechos como moralmente inaceptables, queremos recordar a la sociedad que una cosa es el suicidio asistido y otra la eutanasia. La práctica legalmente consentida de la eutanasia consiste en que una persona da muerte a otra. Basta que miremos a países cercanos, como Holanda, para comprender lo que

esto supone y a dónde llega la sociedad en esta pendiente resbaladiza.

Por otra parte, si consideramos la situación de la práctica del aborto en España, es clara la falacia de los que abogan por una despenalización de la eutanasia en determinados supuestos y con unas rigurosas condiciones. ¿Cómo pueden garantizar que para la eutanasia se cumplirán esas condiciones que en el aborto se ignoran?

Nuestra sociedad está a tiempo de abandonar el camino que la lleva a la práctica de la eutanasia. Para ello tenemos que trabajar con empeño y confianza, sin olvidar que en esto los políticos tienen una singular responsabilidad.

En primer lugar, tenemos que ofrecer nuestro apoyo, compañía, y los medios médicos lícitos para aliviar el dolor y sufrimiento de los enfermos cuya vida sufre un grave deterioro. A la vez que les descubrimos el valor de su sufrimiento unido a la Cruz de Cristo, tenemos que sostenerles en su lucha contra la tentación de la desesperación o el suicidio y aliviar su sufrimiento con los medios que la actual medicina paliativa nos ofrece.

Hay que generar una cultura de la dignidad de la persona enferma y del valor de su vida, que despierte en nuestra sociedad la conciencia de la inmoralidad de la eutanasia. Para ello la Declaración de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española titulada *La eutanasia es inmoral y antisocial* puede ser un instrumento útil.

6. Una acción decidida a favor de la vida

Todos tenemos la responsabilidad de promover la vida, cada uno en la medida de sus posibilidades, para evitar la extensión en nuestra sociedad de la cultura de la muerte y de leyes antivida.

La verdad del evangelio exige la coherencia de los católicos en todas las dimensiones de la vida, y también en la vida pública. Es cierto que la primera y más directa responsabilidad respecto de las leyes es de los políticos que las promueven, pero los ciudadanos tenemos la responsabilidad de no respaldar a quienes promueven leyes que atentan, de un modo u otro, contra el valor sagrado de la vida. El bien de la sociedad requiere que cada uno asuma más seriamente su propia responsabilidad, también el conjunto de los cristianos como pueblo, en la construcción de un futuro más humano.

Terminamos recordando unas palabras de las *Orientaciones morales* aprobadas recientemente, para que nos iluminen en nuestra responsabilidad y en la promoción decidida de una cultura de la vida:

«En consecuencia, los católicos y los ciudadanos que quieran actuar responsablemente, antes de apoyar con su voto una u otra propuesta, han de valorar las distintas ofertas políticas, teniendo en cuenta el aprecio que cada partido, cada programa y cada dirigente otorga a la dimensión moral de la vida y a la justificación moral de sus pro-

puestas y programas. La calidad y exigencia moral de los ciudadanos en el ejercicio de su voto es el mejor medio para mantener el vigor y la autenticidad de las instituciones democráticas. “Es preciso afrontar - señala el Papa- con determinación y claridad de propósitos, el peligro de opciones políticas y legislativas que contradicen valores fundamentales y principios antropológicos y éticos arraigados en la naturaleza del ser humano, en particular con respecto a la defensa de la vida humana en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, y a la promoción de la familia fundada en el matrimonio, evitando introducir en el ordenamiento público otras formas de unión que contribuirían a desestabilizarla, oscureciendo su carácter peculiar y su insustituible función social”» (*Orientaciones morales ante la situación actual de España*, n. 56).

Dios quiera que este tiempo de cuaresma, tiempo de renovación y de conversión, nos ayude a renovar nuestro compromiso por la vida y a convertirnos a la vida. Que la Virgen María, que en el misterio de la Encarnación acogió en su seno al que es la Vida, Jesucristo, nos sostenga en este camino cuaresmal que conduce a la Pascua, fiesta de la Vida. Recibid nuestra más afectuosa bendición.

Los Obispos de la Subcomisión Episcopal de Familia y Vida

- ✠ Mons. Julián Barrio Barrio, *Presidente de la CEAS*
- ✠ Mons. Juan Antonio Reig Pla, *Presidente de la Subcomisión para la Familia y Defensa de la Vida*
- ✠ Mons. Francisco Gil Hellín
- ✠ Mons. Javier Martínez Fernández
- ✠ Mons. Vicente Juan Segura

Nota del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española *Respeto por la fe católica y sus imágenes*

Madrid, 15 de marzo de 2007

En los últimos días se han hecho notorias diversas actuaciones de particulares e incluso de instituciones públicas que no pueden ser valoradas más que como ofensas objetivas a los católicos, puesto que denigran las imágenes más representativas de la fe de la Iglesia, cuales son las del pro-

pio Jesucristo, la Virgen María y los santos. Creemos que ofenden también la sensibilidad de cualquier persona de recta conciencia. Pensamos, por ejemplo, en los carteles y en los anuncios televisivos de la película titulada Teresa, el cuerpo de Cristo y sobre todo en el caso, en cierto sentido aún más

grave, de los catálogos de una exposición fotográfica publicados por la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, con prólogo de su responsable. Las imágenes reproducidas por esos medios son crudas y lamentables blasfemias.

La Constitución Española reconoce y protege el derecho de libertad religiosa de las personas y de las instituciones; las leyes, incluso las penales, tutelan ese derecho fundamental, que es vulnerado con actuaciones como las mencionadas. Con toda firmeza exigimos el respeto de la fe católica, de sus imágenes y de sus signos. No podemos pasar por alto ni dar la sensación de que toleramos tales lesiones de

los derechos de los católicos y de la Iglesia. Es necesario que se pidan las responsabilidades correspondientes por las vías pacíficas y legales previstas en el ordenamiento de nuestro Estado democrático y de derecho. Sin justicia, no es posible la convivencia en libertad, ni siquiera sería posible el perdón, que no negaremos nunca a quienes nos ofenden.

Con esta ocasión, invitamos a los católicos a elevar al Cielo oraciones de gratitud y de alabanza, porque la misericordia y la bondad de Dios son infinitas. Que la gratitud y la alabanza sean más fuertes que sus contrarios.

Defunción Episcopal

Fallece Monseñor Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid

El Obispo Auxiliar de Madrid, Mons. Eugenio Romero Pose, ha fallecido el 25 de marzo de 2007, día de la Encarnación del Señor, a los 58 años de edad, en Madrid.

Mons. Eugenio Romero Pose era Obispo Auxiliar de Madrid desde el 1 de mayo de 1997, recibiendo su ordenación episcopal en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Natural de Santa María de Bayo (La Coruña), cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Santiago de

Compostela, desde 1959 a 1969. Fue ordenado sacerdote en la iglesia parroquial de su pueblo natal por el entonces arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Ángel Suquía Goicoechea, el 27 de julio de 1974. Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1972), en esa misma Universidad obtuvo el Doctorado en Patrística en 1978. Ha sido Director del Instituto Teológico Compostelano entre 1981 y 1989, y Rector del Seminario Mayor de Santiago de Compostela desde 1991 hasta 1997.



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Domingo 18 de febrero de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este domingo contiene una de las expresiones más típicas y fuertes de la predicación de Jesús: “Amad a vuestros enemigos” (*Lc* 6, 27). Está tomada del evangelio de san Lucas, pero se encuentra también en el de san Mateo (*Mt* 5, 44), en el contexto del discurso programático que comienza con las famosas “Bienaventuranzas”. Jesús lo pronunció en Galilea, al inicio de su vida pública. Es casi un “manifiesto” presentado a todos, sobre el cual pide la adhesión de sus discípulos, proponiéndoles en términos radicales su modelo de vida.

Pero, ¿cuál es el sentido de esas palabras? ¿Por qué Jesús pide amar a los propios enemigos, o sea, un amor que excede la capacidad humana? En realidad, la propuesta de Cristo es realista, porque tiene en cuenta que en el mundo hay *demasiada* violencia, *demasiada* injusticia y, por tanto, sólo se puede superar esta situación contraponiendo un *plus* de amor, un *plus* de bondad. Este “plus” viene de Dios: es su misericordia, que se ha hecho carne en Jesús y es la única que puede “desequilibrar” el mundo del

mal hacia el bien, a partir del pequeño y decisivo “mundo” que es el corazón del hombre.

Con razón, esta página evangélica se considera la *charta magna* de la no violencia cristiana, que no consiste en rendirse ante el mal -según una falsa interpretación de “presentar la otra mejilla” (cf. *Lc* 6, 29)-, sino en responder al mal con el bien (cf. *Rm* 12, 17-21), rompiendo de este modo la cadena de la injusticia. Así, se comprende que para los cristianos la no violencia no es un mero comportamiento táctico, sino más bien un modo de ser de la persona, la actitud de quien *está tan convencido del amor de Dios y de su poder*, que no tiene miedo de afrontar el mal únicamente con las armas del amor y de la verdad.

El amor a los enemigos constituye el núcleo de la “revolución cristiana”, revolución que no se basa en estrategias de poder económico, político o mediático. La revolución del amor, un amor que en definitiva no se apoya en los recursos humanos, sino que es don de Dios que se obtiene confiando únicamente y sin reservas en su bondad misericordiosa. Esta es la novedad del Evangelio, que cambia el mundo sin hacer ruido. Éste es el heroísmo de los “pequeños”, que creen en el amor de Dios y lo difunden incluso a

costa de su vida.

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma, que comenzará el próximo miércoles con el rito de la Ceniza, es el tiempo favorable en el cual todos los cristianos son invitados a convertirse cada vez más profundamente al amor de Cristo. Pidamos a la Virgen María, dócil discípula del Redentor, que nos ayude a dejarnos conquistar sin reservas por ese amor, a aprender a amar como él nos ha amado, para ser misericordiosos como es misericordioso nuestro Padre que está en los cielos (cf. *Lc 6, 36*).

25 de febrero de 2007
Plaza de San Pedro
I Domingo de Cuaresma,

Queridos hermanos y hermanas:

Este año el Mensaje para la Cuaresma se inspira en un versículo del evangelio de san Juan, que, a su vez, cita una profecía mesiánica de Zacarías: “Mirarán al que traspasaron” (*Jn 19, 37*). El discípulo amado, presente junto a María, la Madre de Jesús, y otras mujeres en el Calvario, fue testigo ocular de la lanzada que atravesó el costado de Cristo, haciendo brotar de él sangre y agua (cf. *Jn 19, 31-34*). Aquel gesto realizado por un anónimo soldado romano, destinado a perderse en el olvido, permaneció impreso en los ojos y en el corazón del apóstol, que deja constancia de ello en su evangelio. ¡Cuántas conversiones se han realizado a lo largo de los

siglos precisamente gracias al elocuente mensaje de amor que recibe quien dirige la mirada a Jesús crucificado!

Entremos, pues, en el tiempo cuaresmal con la “mirada” fija en el costado de Jesús. En la carta encíclica *Deus caritas est* (cf. n. 12) quise subrayar que, sólo dirigiendo la mirada a Jesús muerto en la cruz por nosotros, puede conocerse y contemplarse esta verdad fundamental: “Dios es amor” (*1 Jn 4, 8. 16*). “Desde esa mirada -escribí- el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (*Deus caritas est, 12*).

Contemplando al Crucificado con los ojos de la fe, podemos comprender en profundidad qué es el pecado, cuán trágica es su gravedad y, al mismo tiempo, cuán inconmensurable es la fuerza del perdón y de la misericordia del Señor. Durante estos días de Cuaresma no apartemos el corazón de este misterio de profunda humanidad y de alta espiritualidad. Contemplando a Cristo, sintámonos al mismo tiempo contemplados por él. Aquél a quien nosotros mismos hemos atravesado con nuestras culpas no se cansa de derramar en el mundo un torrente inagotable de amor misericordioso. Ojalá que la humanidad comprenda que solamente de esta fuente es posible sacar la energía espiritual indispensable para construir la paz y la felicidad que todo ser humano busca sin cesar.

Pidamos a la Virgen María, que fue traspasada en el alma junto a la cruz del Hijo, que nos obtenga el don de una fe sólida. Que, guiándonos por el camino

cuaresmal, nos ayude a dejar todo lo que nos aparta de la escucha de Cristo y de su palabra de salvación. A ella le encomiendo, en particular, la semana de ejercicios espirituales que comenzarán esta tarde, aquí en el Vaticano, y en los que participaré junto con mis colaboradores de la Curia romana.

Queridos hermanos y hermanas, os pido que nos acompañéis con vuestra oración, a la que corresponderé de buen grado en el recogimiento del retiro, invocando la fuerza divina sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias y sobre vuestras comunidades.

4 de marzo de 2007
Segundo domingo de Cuaresma

Queridos hermanos y hermanas:

En este segundo domingo de Cuaresma, el evangelista san Lucas subraya que Jesús subió a un monte “para orar” (*Lc 9, 28*) juntamente con los apóstoles Pedro, Santiago y Juan y, “mientras oraba” (*Lc 9, 29*), se verificó el luminoso misterio de su transfiguración. Por tanto, para los tres Apóstoles subir al monte significó participar en la oración de Jesús, que se retiraba a menudo a orar, especialmente al alba y después del ocaso, y a veces durante toda la noche. Pero sólo aquella vez, en el monte, quiso manifestar a sus amigos la luz interior que lo colmaba cuando oraba: su rostro -leemos en el evangelio- se iluminó y sus vestidos dejaron transparentar el

esplendor de la Persona divina del Verbo encarnado (cf. *Lc 9, 29*).

En la narración de san Lucas hay otro detalle que merece destacarse: la indicación del objeto de la conversación de Jesús con Moisés y Elías, que aparecieron junto a él transfigurado. Ellos -narra el evangelista- “hablaban de su muerte (en griego *éxodos*), que iba a consumir en Jerusalén” (*Lc 9, 31*).

Por consiguiente, Jesús escucha la Ley y los Profetas, que le hablan de su muerte y su resurrección. En su diálogo íntimo con el Padre, no sale de la historia, no huye de la misión por la que ha venido al mundo, aunque sabe que para llegar a la gloria deberá pasar por la cruz. Más aún, Cristo entra más profundamente en esta misión, adhiriéndose con todo su ser a la voluntad del Padre, y nos muestra que la verdadera oración consiste precisamente en unir nuestra voluntad a la de Dios.

Por tanto, para un cristiano orar no equivale a evadirse de la realidad y de las responsabilidades que implica, sino asumir las a fondo, confiando en el amor fiel e inagotable del Señor. Por eso, la transfiguración es, paradójicamente, la verificación de la agonía en Getsemaní (cf. *Lc 22, 39-46*). Ante la inminencia de la Pasión, Jesús experimentará una angustia mortal, y aceptará la voluntad divina; en ese momento, su oración será prenda de salvación para todos nosotros. En efecto, Cristo suplicará al Padre celestial que “lo salve de la muerte” y, como escribe el autor de la carta a los Hebreos, “fue escuchado por

su actitud reverente” (*Hb* 5, 7). La resurrección es la prueba de que su súplica fue escuchada.

Queridos hermanos y hermanas, la oración no es algo accesorio, algo opcional; es cuestión de vida o muerte. En efecto, sólo quien ora, es decir, quien se pone en manos de Dios con amor filial, puede entrar en la vida eterna, que es Dios mismo.

Durante este tiempo de Cuaresma pidamos a María, Madre del Verbo encarnado y Maestra de vida espiritual, que nos enseñe a orar como hacía su Hijo, para que nuestra existencia sea transformada por la luz de su presencia.

Domingo 11 de marzo de 2007
III Domingo de Cuaresma

Queridos hermanos y hermanas:

La página del evangelio de san Lucas, que se proclama en este tercer domingo de Cuaresma, refiere el comentario de Jesús sobre dos hechos de crónica. El primero: la revuelta de algunos galileos, que Pilato reprimió de modo sangriento; el segundo, el desplome de una torre en Jerusalén, que causó dieciocho víctimas. Dos acontecimientos trágicos muy diversos: uno, causado por el hombre; el otro, accidental. Según la mentalidad del tiempo, la gente tendía a pensar que la desgracia se había abatido sobre las víctimas a causa de alguna culpa grave que habían cometido. Jesús, en cambio, dice: “¿Pensáis que

esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos?... O aquellos dieciocho, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén?” (*Lc* 13, 2. 4). En ambos casos, concluye: “No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo” (*Lc* 13, 3. 5).

Por tanto, el mensaje que Jesús quiere transmitir a sus oyentes es la necesidad de la conversión. No la propone en términos moralistas, sino realistas, como la única respuesta adecuada a acontecimientos que ponen en crisis las certezas humanas. Ante ciertas desgracias -advierde- no se ha de atribuir la culpa a las víctimas. La verdadera sabiduría es, más bien, dejarse interpelar por la precariedad de la existencia y asumir una actitud de responsabilidad: hacer penitencia y mejorar nuestra vida. Esta es sabiduría, esta es la respuesta más eficaz al mal, en cualquier nivel, interpersonal, social e internacional. Cristo invita a responder al mal, ante todo, con un serio examen de conciencia y con el compromiso de purificar la propia vida. De lo contrario -dice- pereceremos, pereceremos todos del mismo modo.

En efecto, las personas y las sociedades que viven sin cuestionarse jamás tienen como único destino final la ruina. En cambio, la conversión, aunque no libra de los problemas y de las desgracias, permite afrontarlos de “modo” diverso. Ante todo, ayuda a prevenir el mal, desactivando algunas de sus amenazas. Y, en todo caso, permite vencer el mal con el bien, si no siempre en el plano de los hechos -que a

veces son independientes de nuestra voluntad-, ciertamente en el espiritual. En síntesis: *la conversión vence el mal en su raíz, que es el pecado, aunque no siempre puede evitar sus consecuencias.*

Pidamos a María santísima, que nos acompaña y nos sostiene en el itinerario cuaresmal, que ayude a todos los cristianos a redescubrir la grandeza, yo diría, la belleza de la conversión. Que nos ayude a comprender que hacer penitencia y corregir la propia conducta no es simple moralismo, sino el camino más eficaz para mejorarse a sí mismo y mejorar la sociedad. Lo expresa muy bien una feliz sentencia: Es mejor encender una cerilla que maldecir la oscuridad.

18 de marzo de 2007
IV Domingo de Cuaresma,
Plaza de San Pedro

Queridos hermanos y hermanas:

Acabo de volver del centro penitenciaro de menores de Casal del Marmo, en Roma, que fui a visitar en este cuarto domingo de Cuaresma, llamado en latín domingo "*Laetare*", es decir, "Alégrate", por la primera palabra de la antífona de entrada de la liturgia de la misa. Hoy la liturgia nos invita a alegrarnos porque se acerca la Pascua, el día de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Pero, ¿dónde se encuentra el manantial de la alegría cristiana sino en la Eucaristía, que Cristo nos ha dejado como alimento espiritual,

mientras somos peregrinos en esta tierra? La Eucaristía alimenta en los creyentes de todas las épocas la alegría profunda, que está íntimamente relacionada con el amor y la paz, y que tiene su origen en la comunión con Dios y con los hermanos.

El martes pasado se presentó la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, que tiene como tema precisamente la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia. La elaboré recogiendo los frutos de la XI Asamblea general del Sínodo de los obispos, que se celebró en el Vaticano en octubre de 2005. Espero volver a reflexionar sobre este importante texto, pero ya desde ahora deseo subrayar que es expresión de la fe de la Iglesia universal en el misterio eucarístico, y está en continuidad con el concilio Vaticano II y el magisterio de mis venerados predecesores Pablo VI y Juan Pablo II.

En este documento quise poner de relieve, entre otras cosas, su vínculo con la encíclica *Deus caritas est*, por eso elegí como título *Sacramentum caritatis*, retomando una hermosa definición de la Eucaristía de santo Tomás de Aquino (cf. *Summa Theol.*, III, q. 73, a. 3, ad 3), "Sacramento de la caridad". Sí, en la Eucaristía Cristo quiso darnos *su* amor, que lo impulsó a ofrecer en la cruz su vida por nosotros.

En la última Cena, al lavar los pies a sus discípulos, Jesús nos dejó el mandamiento del amor: "Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros" (*Jn* 13, 34). Pero, dado que esto

sólo es posible permaneciendo unidos a él, como sarmientos a la vid (cf. *Jn* 15, 1-8), decidió quedarse él mismo entre nosotros en la Eucaristía, para que nosotros pudiéramos *permanecer en él*. Por tanto, cuando nos alimentamos con fe de su Cuerpo y de su Sangre, su amor pasa a nosotros y nos capacita para dar, también nosotros, la vida por nuestros hermanos (cf. *1 Jn* 3, 16) y no vivir para nosotros mismos. De aquí brota la alegría cristiana, la alegría del amor y de ser amados.

“Mujer eucarística” por excelencia es María, obra maestra de la gracia divina: el amor de Dios la hizo inmaculada “en su presencia, en el amor” (cf. *Ef* 1, 4). Junto a ella, para custodiar al Redentor, Dios puso a san José, cuya solemnidad litúrgica celebraremos mañana. Invoco en particular a este gran santo, mi patrono, para que creyendo, celebrando y viviendo con fe el misterio eucarístico, el pueblo de Dios sea colmado del amor de Cristo y difunda sus frutos de alegría y paz a toda la humanidad.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles 7 de marzo de 2007

Sala Pablo VI

Palabras del Papa a los obispos de las diócesis de Piamonte y peregrinos presentes en la Basílica de San Pedro

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogerlos y os doy a cada uno mi cordial bienvenida. Saludo ante todo a los peregrinos procedentes de las diócesis de la región eclesial de Piamonte, que acompañan a sus obispos en visita “ad limina”.

Queridos amigos, también en Piamonte y en el Valle de Aosta, la fe cristiana afronta muchos desafíos debidos, en el actual contexto cultural, a las tendencias agnósticas presentes en el ámbito doctrinal, así como a las pretensiones de plena autonomía ética y moral. Ciertamente, hoy no es fácil anunciar y dar testimonio del Evangelio. Sin embargo, -y esto lo he podido constatar en todos mis coloquios y encuentros-, el pueblo sigue teniendo un sólido sustrato espiritual, que se manifiesta, entre otras cosas, en la atención a las instancias de la vida cristiana, en la íntima necesidad de Dios, en el redescubrimiento del valor de la oración, en la estima por el sacerdote celoso y su ministerio. Además, los fieles laicos y los grupos de compromiso apostólico manifiestan una profunda exigencia de aspiración a la santidad, la alta medida de la vida cristiana.

Me dirijo también a vosotros, queri-

dos hermanos en el episcopado: ante las dificultades que a veces encuentran las comunidades eclesiales encomendadas a vuestra solicitud pastoral, os exhorto a continuar ayudándolas con valentía a seguir fielmente al Señor, aprovechando sus potencialidades espirituales y los carismas de cada uno. Recordadles que ninguna dificultad puede separarnos del amor de Cristo, como afirmaba san Pablo (cf. *Rm* 8, 35-39). Por eso, uniendo las fuerzas, vosotros, los pastores, juntamente con los sacerdotes, con las personas consagradas y con los fieles laicos, testimoniad con fervor vuestra -nuestra- adhesión común a Cristo y edificad la Iglesia en la caridad y en la verdad.

La Madre celestial, a la que el pueblo piamontés invoca desde siempre con profunda devoción, os asista, os ilumine y os conforte.

Ahora os saludo a vosotros, *jóvenes* aquí presentes, en particular a los alumnos de la escuela Don Carlo Castamagna, de Busto Arsizio, y a los de la escuela Don Juan Bosco, de Canónica d’Adda.

Queridos amigos, el tiempo de Cuaresma, que estamos viviendo, sea para vosotros ocasión propicia para redescubrir el don del seguimiento de Cristo y aprender a cumplir siempre, con su ayuda, la voluntad del Padre.

Así vamos por el sendero recto, el sendero que nos abre el camino futuro.

Sala Pablo VI
San Clemente Romano

Queridos hermanos y hermanas:

Durante los meses pasados hemos meditado en las figuras de cada uno de los Apóstoles y en los primeros testigos de la fe cristiana mencionados en los escritos del Nuevo Testamento. Ahora, dedicaremos nuestra atención a los padres apostólicos, es decir, a la primera y a la segunda generación de la Iglesia después de los Apóstoles. Así podemos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia.

San Clemente, obispo de Roma en los últimos años del siglo I, es el tercer sucesor de Pedro, después de Lino y Anacleto. El testimonio más importante sobre su vida es el de san Ireneo, obispo de Lyon hasta el año 202, el cual atestigua que san Clemente “había visto a los Apóstoles”, “se había relacionado con ellos” y “tenía todavía la predicación apostólica en sus oídos y su tradición ante sus ojos” (*Adversus haereses*, III, 3, 3). Testimonios tardíos, entre los siglos IV y VI, atribuyen a san Clemente el título de mártir.

La autoridad y el prestigio de este Obispo de Roma eran tan grandes, que se le atribuyeron varios escritos, pero su única obra segura es la *Carta a los Corintios*. Eusebio de Cesarea, el gran “archivero” de los orígenes cristianos, la presenta con estas palabras: “Nos ha llegado una carta de Clemente reconocida como auténtica, grande y admirable. Fue escrita por

él, de parte de la Iglesia de Roma, a la Iglesia de Corinto... Sabemos que desde hace mucho tiempo y todavía hoy es leída públicamente durante la asamblea de los fieles” (*Hist. Eccl.* 3, 16).

A esta carta se le atribuía un carácter casi canónico. Al inicio de este texto, escrito en griego, san Clemente se lamenta de que “las repentinas y sucesivas calamidades y tribulaciones” (1, 1), le habían impedido una intervención en el tiempo oportuno. Estas “adversidades” se identifican con la persecución de Domiciano: por eso, la fecha de composición de la carta se debe remontar a un tiempo inmediatamente posterior a la muerte del emperador y al final de la persecución, es decir, inmediatamente después del año 96.

La intervención de san Clemente -estamos todavía en el siglo I- era requerida por los graves problemas por los que atravesaba la Iglesia de Corinto: en efecto, los presbíteros de la comunidad habían sido destituidos por algunos jóvenes contestadores. También san Ireneo alude a esa triste situación cuando escribe: “Bajo el gobierno de Clemente se produjo entre los hermanos de Corinto una divergencia de opiniones no pequeña; la Iglesia de Roma envió a los Corintios una carta importantísima para reconciliarlos en la paz, renovar su fe y anunciarles la tradición que ella había recibido recientemente de los Apóstoles” (*Adversus haereses*, III, 3, 3).

Por tanto, podríamos decir que esta

carta constituye un primer ejercicio del Primado romano después de la muerte de san Pedro. La carta de san Clemente retoma algunos temas muy queridos por san Pablo, que había escrito dos grandes cartas a los Corintios, en particular, la dialéctica teológica, perennemente actual, entre el *indicativo* de la salvación y el *imperativo* del compromiso moral. Ante todo, está la buena nueva de la gracia que salva. El Señor nos previene y nos da el perdón, nos da su amor, la gracia de ser cristianos, hermanos y hermanas suyos. Es una buena nueva que llena de alegría nuestra vida y que da seguridad a nuestro actuar: el Señor nos previene siempre con su bondad, y la bondad del Señor es siempre más grande que todos nuestros pecados. Sin embargo, debemos comprometernos de manera coherente con el don recibido y responder al anuncio de la salvación con un camino generoso y valiente de conversión. Con respecto al modelo de san Pablo, la novedad está en que san Clemente, después de la parte doctrinal y de la parte práctica, que constituían el núcleo de todas las cartas de san Pablo, presenta una “gran oración”, con la que prácticamente concluye la carta.

La ocasión inmediata de la carta permite al Obispo de Roma explicar con amplitud la identidad de la Iglesia y su misión. Si en Corinto ha habido abusos, observa san Clemente, el motivo hay que buscarlo en el debilitamiento de la caridad y de otras virtudes cristianas indispensables. Por eso, invita a los fieles a la humildad y al amor fraterno, dos virtudes que constituyen verdaderamente

el ser en la Iglesia. “Seamos una porción santa”, exhorta, “practiquemos todo lo que exige la santidad” (30, 1). En particular, el Obispo de Roma recuerda que el mismo Señor “estableció dónde y por quiénes quiere que se realicen los servicios litúrgicos, a fin de que, haciéndose todo santamente y con su beneplácito, sea acepto a su voluntad... En efecto, al sumo sacerdote le estaban encomendadas funciones litúrgicas propias; los sacerdotes ordinarios tenían asignado su lugar propio; y los levitas tenían encomendados sus propios servicios, mientras que el laico está sometido a los preceptos laicos” (40, 1-5: obsérvese que en esta carta de finales del siglo I aparece por primera vez en la literatura cristiana el término *laikós*, que significa “miembro del *laos*”, es decir, “del pueblo de Dios”).

De este modo, refiriéndose a la liturgia del antiguo Israel, san Clemente manifiesta su ideal de Iglesia, congregada por “un solo Espíritu de gracia derramado sobre nosotros”, que sopla en los diversos miembros del Cuerpo de Cristo, en el que todos, unidos sin ninguna separación, son “miembros los unos de los otros” (46, 6-7). La neta distinción entre los “laicos” y la jerarquía no significa en absoluto una contraposición, sino sólo la conexión orgánica de un cuerpo, de un organismo, con sus diferentes funciones. En efecto, la Iglesia no es un lugar de confusión y anarquía, donde uno puede hacer lo que quiera en cada momento: en este organismo, con una estructura articulada, cada uno ejerce su ministerio según la vocación recibida.

Por lo que atañe a los jefes de las comunidades, san Clemente explica claramente la doctrina de la sucesión apostólica. Las normas que la regulan derivan, en última instancia, de Dios mismo. El Padre envió a Jesucristo, quien a su vez mandó a los Apóstoles. Éstos, luego, mandaron a los primeros jefes de las comunidades y establecieron que a ellos les sucedieran otros hombres dignos. Por tanto, todo procede “ordenadamente por voluntad de Dios” (42). Con estas palabras, con estas frases, san Clemente subraya que la Iglesia tiene una estructura sacramental y no una estructura política. La acción de Dios, que sale a nuestro encuentro en la liturgia, precede a nuestras decisiones y nuestras ideas. La Iglesia es, sobre todo, don de Dios y no creación nuestra; por eso, esta estructura sacramental no sólo garantiza el ordenamiento común, sino también la precedencia del don de Dios, que todos necesitamos.

Por último, la “gran oración” confiere una dimensión cósmica a las argumentaciones precedentes. San Clemente alaba y da gracias a Dios por su maravillosa providencia de amor, que creó el mundo y sigue salvándolo y santificándolo. Particular importancia asume la invocación por los gobernantes. Después de los textos del Nuevo Testamento, constituye la oración más antigua por las instituciones políticas. Así, tras la persecución, los cristianos, aunque sabían que continuarían las persecuciones, no dejaban de rezar por las mismas autoridades que los habían condenado injustamente. El motivo es, ante todo, de carácter cristológico-

co: se debe orar por los perseguidores, como hizo Jesús en la cruz.

Pero esta oración encierra también una enseñanza que orienta, a través de los siglos, la actitud de los cristianos ante la política y el Estado. Al orar por las autoridades, san Clemente reconoce la legitimidad de las instituciones políticas en el orden establecido por Dios; al mismo tiempo, manifiesta la preocupación de que las autoridades sean dóciles a Dios y “ejercen con paz, mansedumbre y piedad, el poder que Dios les ha dado” (61, 2). El César no lo es todo. Existe otra soberanía, cuyo origen y esencia no son de este mundo, sino “de arriba”: la de la Verdad, que con respecto al Estado tiene derecho a ser escuchada.

Así, la carta de san Clemente afronta numerosos temas de perenne actualidad. Es aún más significativa en cuanto que representa, desde el siglo I, la solicitud de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad a todas las demás Iglesias. Con el mismo Espíritu, hagamos nuestras las invocaciones de la “gran oración”, en las que el Obispo de Roma se hace portavoz del mundo entero: “Sí, oh Señor, haz que resplandezca en nosotros tu rostro por el bien de la paz; protégenos con tu mano poderosa... Te damos gracias, a través del sumo Sacerdote y protector de nuestras almas, Jesucristo, por el cual sea gloria y alabanza a ti, ahora y de generación en generación, por los siglos de los siglos. Amén” (60-61).

Miércoles 14 de marzo de 2007
San Ignacio de Antioquía

Queridos hermanos y hermanas:

Como hicimos ya el miércoles pasado, hablamos de las personalidades de la Iglesia primitiva. La semana pasada hablamos del Papa Clemente I, tercer Sucesor de san Pedro. Hoy hablamos de san Ignacio, que fue el tercer obispo de Antioquía, del año 70 al 107, fecha de su martirio. En aquel tiempo Roma, Alejandría y Antioquía eran las tres grandes metrópolis del imperio romano. El concilio de Nicea habla de tres “primados”: el de Roma, pero también Alejandría y Antioquía participan, en cierto sentido, en un “primado”.

San Ignacio era obispo de Antioquía, que hoy se encuentra en Turquía. Allí, en Antioquía, como sabemos por los *Hechos de los Apóstoles*, surgió una comunidad cristiana floreciente: su primer obispo fue el apóstol san Pedro -así nos lo dice la tradición- y allí “por primera vez los discípulos recibieron el nombre de *cristianos*” (*Hch* 11, 26). Eusebio de Cesarea, un historiador del siglo IV, dedica un capítulo entero de su *Historia eclesiástica* a la vida y a la obra literaria de san Ignacio (III, 3). “Desde Siria -escribe- Ignacio fue enviado a Roma para ser arrojado como alimento a las fieras, a causa del testimonio que dio de Cristo. Al realizar su viaje por Asia, bajo la custodia severa de los guardias” (que él, en su *Carta a los Romanos*, V, 1, llama “diez leopardos”), “en cada una de las ciudades por donde pasaba, con predicaciones y exhortaciones, iba consolidando las Iglesias;

sobre todo exhortaba, con gran ardor, a guardarse de las herejías que ya entonces comenzaban a pulular, y les recomendaba que no se apartaran de la tradición apostólica”.

La primera etapa del viaje de san Ignacio hacia el martirio fue la ciudad de Esmirna, donde era obispo san Policarpo, discípulo de san Juan. Allí san Ignacio escribió cuatro cartas, respectivamente, a las Iglesias de Éfeso, Magnesia, Trales y Roma. “Habiendo partido de Esmirna -prosigue Eusebio- Ignacio fue a Tróada, y desde allí envió otras cartas”: dos a las Iglesias de Filadelfia y Esmirna, y una al obispo Policarpo. Eusebio completa así la lista de las cartas, que han llegado hasta nosotros como un valioso tesoro de la Iglesia del siglo I. Leyendo esos textos se percibe la lozanía de la fe de la generación que conoció a los Apóstoles. En esas cartas se percibe también el amor ardiente de un santo. Por último, desde Tróada el mártir llegó a Roma, donde, en el anfiteatro Flavio, fue dado como alimento a las bestias feroces.

Ningún Padre de la Iglesia expresó con la intensidad de san Ignacio el deseo de *unión* con Cristo y de *vida* en él. Por eso, hemos leído el pasaje evangélico de la vid, que según el Evangelio de san Juan, es Jesús. En realidad, confluyen en san Ignacio dos “corrientes” espirituales: la de san Pablo, orientada totalmente a la *unión* con Cristo, y la de san Juan, concentrada en la *vida* en él. A su vez, estas dos corrientes desembocan en la *imitación* de Cristo, al que san Ignacio pro-

clama muchas veces como “mi Dios” o “nuestro Dios”.

Así, san Ignacio suplica a los cristianos de Roma que no impidan su martirio, porque está impaciente por “unirse a Jesucristo”. Y explica: “Para mí es mejor morir en (*eis*) Jesucristo, que ser rey de los términos de la tierra. Quiero a Aquel que murió por nosotros; quiero a Aquel que resucitó por nosotros... Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios” (*Carta a los Romanos*, VI: *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, p. 478). En esas expresiones ardientes de amor se puede percibir el notable “realismo” cristológico típico de la Iglesia de Antioquía, muy atento a la encarnación del Hijo de Dios y a su humanidad verdadera y concreta: Jesucristo -escribe san Ignacio a los cristianos de Esmirna (I, 1- “es *realmente* del linaje de David”, “*realmente* nació de una virgen”, “*realmente* fue clavado en la cruz por nosotros”.

La irresistible orientación de san Ignacio hacia la unión con Cristo fundamenta una auténtica “mística de la unidad”. Él mismo se define “un hombre al que ha sido encomendada la tarea de la unidad” (*Carta a los cristianos de Filadelfia*, VIII, 1).

Para san Ignacio la unidad es, ante todo, una prerrogativa de Dios, que existiendo en tres Personas es Uno en absoluta unidad. A menudo repite que Dios es unidad, y que sólo en Dios esa unidad se encuentra en estado puro y originario. La unidad que los cristianos debemos realizar en esta tierra no es más que una imitación, lo más cercana posible, del arquetipo divino.

De este modo, san Ignacio llega a elaborar una visión de la Iglesia que contiene algunas expresiones muy semejantes a las de la *Carta a los Corintios* de san Clemente Romano. “Conviene -escribe por ejemplo a los cristianos de Éfeso- que tengáis un mismo sentir con vuestro obispo, que es justamente cosa que ya hacéis. En efecto, vuestro colegio de presbíteros, digno del nombre que lleva, digno de Dios, está tan armoniosamente concertado con su obispo como las cuerdas con la lira. (...) Por eso, con vuestra concordia y con vuestro amor sinfónico, cantáis a Jesucristo. Así, vosotros, cantáis a una en coro, para que en la sinfonía de la concordia, después de haber cogido el tono de Dios en la unidad, cantéis con una sola voz” (IV, 1-2).

Asimismo, después de recomendar a los cristianos de Esmirna que “nadie haga nada en lo que atañe a la Iglesia sin contar con el obispo” (VIII, 1), dice a san Policarpo: “Yo me ofrezco como rescate por quienes se someten al obispo, a los presbíteros y a los diáconos. Y ojalá que con ellos se me concediera tener parte con Dios. Trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred a una, sufrid, dormid y despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores. Tratad de agradecer al Capitán bajo cuya bandera militáis y de quien habéis de recibir el sueldo. Que ninguno de vosotros sea declarado desertor. Vuestro bautismo ha de permanecer como vuestra armadura, la fe como un yelmo, la caridad como una lanza, la paciencia como un arsenal de todas las armas” (*Carta a san Policarpo*, VI, 1-2: *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, p. 500).

En conjunto, se puede apreciar en las *Cartas* de san Ignacio una especie de dialéctica constante y fecunda entre dos aspectos característicos de la vida cristiana: por una parte, la estructura jerárquica de la comunidad eclesial; y, por otra, la unidad fundamental que vincula entre sí a todos los fieles en Cristo. En consecuencia, las funciones no se pueden contraponer. Al contrario, se insiste continuamente en la comunión de los creyentes entre sí y con sus pastores, mediante elocuentes imágenes y analogías: la lira, las cuerdas, la entonación, el concierto, la sinfonía.

Es evidente la responsabilidad peculiar de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos en la edificación de la comunidad. Ante todo, a ellos se dirige la invitación al amor y a la unidad. “Sed uno”, escribe san Ignacio a los Magnesios, remitiéndose a la oración de Jesús en la última Cena: “Una sola oración, una sola mente, una sola esperanza en el amor... Corred todos a una a Jesucristo como al único templo de Dios, como al único altar: él es uno, y procediendo del único Padre, ha permanecido unido a él, y a él ha vuelto en la unidad” (VII, 1-2).

En la literatura cristiana san Ignacio fue el primero en atribuir a la Iglesia el adjetivo “católica”, es decir, “universal”: “Donde está Jesucristo -afirma- allí está la Iglesia católica” (*Carta a los cristianos de Esmirna*, VIII, 2). Y precisamente en el servicio de unidad a la Iglesia católica la comunidad cristiana de Roma ejerce una especie de primado en el amor: “En Roma ella, digna de Dios, venerable, digna de toda bien-

aventuranza... preside en la caridad, que tiene la ley de Cristo y lleva el nombre del Padre” (*Carta a los Romanos*, prólogo).

Como se puede ver, san Ignacio es verdaderamente “el doctor de la unidad”: unidad de Dios y unidad de Cristo (a pesar de las diversas herejías que ya comenzaban a circular y separaban en Cristo la naturaleza humana y la divina), unidad de la Iglesia, unidad de los fieles “en la fe y en la caridad, a las que nada se puede anteponer” (*Carta a los cristianos de Esmirna*, VI, 1).

En definitiva, el “realismo” de san Ignacio invita a los fieles de ayer y de hoy, nos invita a todos a una síntesis progresiva entre *configuración* con Cristo (unión con él, vida en él) y *entrega* a su Iglesia (unidad con el obispo, servicio generoso a la comunidad y al mundo). Es decir, hay que llegar a una síntesis entre *comunión* de la Iglesia en su interior y *misión-proclamación* del Evangelio a los demás, hasta que una dimensión hable a través de la otra, y los creyentes estén cada vez más “en posesión del espíritu indiviso, que es Jesucristo mismo” (*Carta a los cristianos de Magnesia*, XV).

Pidiendo al Señor esta “gracia de unidad”, y con la convicción de presidir en la caridad a toda la Iglesia (cf. *Carta a los Romanos*, prólogo), os expreso a vosotros el mismo deseo con el que concluye la carta de san Ignacio a los cristianos de Trales: “Amaos unos a otros con corazón indiviso. Mi espíritu se ofrece en sacrificio por vosotros, no sólo ahora, sino también

cuando logre alcanzar a Dios... Quiera el Señor que en él os encontréis sin mancha” (XIII).

Y oremos para que el Señor nos ayude a lograr esta unidad y a encontrarnos al final sin mancha, porque es el amor el que purifica las almas.

Miércoles 21 de marzo de 2007 San Justino

Queridos hermanos y hermanas:

En estas catequesis estamos reflexionando sobre las grandes figuras de la Iglesia primitiva. Hoy hablamos de san Justino, filósofo y mártir, el más importante de los Padres apologistas del siglo II. Con la palabra “apologista” se designa a los antiguos escritores cristianos que se proponían defender la nueva religión de las graves acusaciones de los paganos y de los judíos, y difundir la doctrina cristiana de una manera adecuada a la cultura de su tiempo. Así, los apologistas buscan dos finalidades: una, estrictamente apologética, o sea, defender el cristianismo naciente (*apologhía*, en griego, significa precisamente “defensa”); y otra, “misionera”, o sea, proponer, exponer los contenidos de la fe con un lenguaje y con categorías de pensamiento comprensibles para los contemporáneos.

San Justino nació, alrededor del año 100, en la antigua Siquem, en Samaría, en Tierra Santa; durante mucho tiempo

buscó la verdad, peregrinando por las diferentes escuelas de la tradición filosófica griega. Por último, como él mismo cuenta en los primeros capítulos de su *Diálogo con Trifón*, un misterioso personaje, un anciano con el que se encontró en la playa del mar, primero lo confundió, demostrándole la incapacidad del hombre para satisfacer únicamente con sus fuerzas la aspiración a lo divino. Después, le explicó que tenía que acudir a los antiguos profetas para encontrar el camino de Dios y la “verdadera filosofía”. Al despedirse, el anciano lo exhortó a la oración, para que se le abrieran las puertas de la luz.

Este relato constituye el episodio crucial de la vida de san Justino: al final de un largo camino filosófico de búsqueda de la verdad, llegó a la fe cristiana. Fundó una escuela en Roma, donde iniciaba gratuitamente a los alumnos en la nueva religión, que consideraba como la verdadera filosofía, pues en ella había encontrado la verdad y, por tanto, el arte de vivir de manera recta. Por este motivo fue denunciado y decapitado en torno al año 165, en el reinado de Marco Aurelio, el emperador filósofo a quien san Justino había dirigido una de sus *Apologías*.

Las dos *Apologías* y el *Diálogo con el judío Trifón* son las únicas obras que nos quedan de él. En ellas, san Justino quiere ilustrar ante todo el proyecto divino de la creación y de la salvación que se realiza en Jesucristo, el *Logos*, es decir, el Verbo eterno, la Razón eterna, la Razón creadora. Todo hombre, como criatura racional, participa del *Logos*, lleva en sí una “semi-

lla” y puede vislumbrar la verdad. Así, el mismo *Logos*, que se reveló como figura profética a los judíos en la Ley antigua, también se manifestó parcialmente, como en “semillas de verdad”, en la filosofía griega. Ahora, concluye san Justino, dado que el cristianismo es la manifestación histórica y personal del *Logos* en su totalidad, “todo lo bello que ha sido expresado por cualquier persona, nos pertenece a nosotros, los cristianos” (2 *Apol.* XIII, 4). De este modo, san Justino, aunque critica las contradicciones de la filosofía griega, orienta con decisión hacia el *Logos* cualquier verdad filosófica, motivando desde el punto de vista racional la singular “pretensión” de verdad y de universalidad de la religión cristiana.

Si el Antiguo Testamento tiende hacia Cristo del mismo modo que una figura se orienta hacia la realidad que significa, también la filosofía griega tiende a Cristo y al Evangelio, como la parte tiende a unirse con el todo. Y dice que estas dos realidades, el Antiguo Testamento y la filosofía griega, son los dos caminos que llevan a Cristo, al *Logos*. Por este motivo la filosofía griega no puede oponerse a la verdad evangélica, y los cristianos pueden recurrir a ella con confianza, como si se tratara de un bien propio. Por eso, mi venerado predecesor el Papa, Juan Pablo II, definió a san Justino “un pionero del encuentro positivo con el pensamiento filosófico, aunque bajo el signo de un cauto discernimiento”: pues san Justino, “conservando después de la conversión una gran estima por la filosofía griega, afirmaba con fuerza y claridad que en el cristianismo había

encontrado “la única filosofía segura y provechosa” (*Diálogo con Trifón VIII*, 1)” (*Fides et ratio*, 38).

En conjunto, la figura y la obra de san Justino marcan la decidida opción de la Iglesia antigua por la filosofía, por la razón, más bien que por la religión de los paganos. De hecho, los primeros cristianos no quisieron aceptar nada de la religión pagana. La consideraban idolatría, hasta el punto de que por eso fueron acusados de “impiedad” y de “ateísmo”. En particular, san Justino, especialmente en su primera *Apología*, hizo una crítica implacable de la religión pagana y de sus mitos, que consideraba como “desviaciones” diabólicas en el camino de la verdad.

Sin embargo, la filosofía constituyó el área privilegiada del encuentro entre paganismo, judaísmo y cristianismo, precisamente en el ámbito de la crítica a la religión pagana y a sus falsos mitos. “Nuestra filosofía”: así, de un modo muy explícito, llegó a definir la nueva religión otro apologista contemporáneo de san Justino, el obispo Melitón de Sardes (*Historia Eclesiástica*, IV, 26, 7).

De hecho, la religión pagana no seguía los caminos del *Logos*, sino que se empeñaba en seguir los del mito, a pesar de que éste, según la filosofía griega, carecía de consistencia en la verdad. Por eso, el ocaso de la religión pagana resultaba inevitable: era la consecuencia lógica del alejamiento de la religión de la verdad del ser, al reducirse a un conjunto artificial de ceremonias, convenciones y costumbres.

San Justino, y con él los demás apolo-
logistas, firmaron la clara toma de posi-
ción de la fe cristiana por el Dios de los
filósofos contra los falsos dioses de la
religión pagana. Era la opción por la *ver-*
dad del ser contra el mito de la *costumbre*.
Algunas décadas después de san Justino,
Tertuliano definió esa misma opción de los
cristianos con una sentencia lapidaria que
sigue siendo siempre válida: “*Dominus*
noster Christus veritatem se, non consuetu-
dinem, cognominavit”, “Cristo afirmó que
era la verdad, no la costumbre” (*De virgin.*
vel., I, 1).

A este respecto, conviene observar que el
término *consuetudo*, que utiliza Tertuliano
para referirse a la religión pagana, en los

idiomas modernos se puede traducir con
las expresiones “moda cultural”, “moda
del momento”.

En una época como la nuestra, carac-
terizada por el relativismo en el debate
sobre los valores y sobre la religión -así
como en el diálogo interreligioso-, ésta es
una lección que no hay que olvidar. Con
esta finalidad -y así concluyo- os vuelvo
a citar las últimas palabras del misterioso
anciano, con quien se encontró el filósofo
Justino a la orilla del mar: “Tú reza ante
todo para que se te abran las puertas de la
luz, pues nadie puede ver ni comprender,
si Dios y su Cristo no le conceden com-
prender” (*Diálogo con Trifón* VII, 3).

CARTAS

**Mensaje del Papa, Benedicto XVI
con ocasión del Milenario
del nacimiento de San Pedro Damían**

Vaticano, 20 de febrero de 2007

Al reverendo padre Guido Innocenzo Gargano, Superior del monasterio de San Gregorio en el Celio

La fiesta de San Pedro Damían me brinda la grata ocasión de enviar un cordial saludo a todos los miembros de la benemérita Orden de los Camaldulenses, así como a los que con admiración se inspiran en la figura y en la obra de este gran testigo del Evangelio, que fue uno de los protagonistas de la historia eclesiástica medieval y, sin duda, el escritor más fecundo del siglo XI.

La celebración del milenario de su nacimiento constituye una ocasión muy oportuna para profundizar en los aspectos que caracterizan su poliédrica personalidad de estudioso, eremita, hombre de Iglesia, pero, sobre todo, enamorado de Cristo. En su existencia, san Pedro Damían muestra una feliz síntesis entre la vida eremítica y la actividad pastoral. Como eremita encarna el radicalismo evangélico y el amor sin reservas a Cristo, tan acertadamente expresados en la Regla de san Benito: “No anteponer nada, absolutamente nada, al amor de Cristo”. Como hombre de Iglesia actuó con clarividente sabiduría, haciendo incluso, cuando era neces-

rio, opciones osadas y valientes. Toda su historia humana y espiritual se desarrolla en la tensión entre la vida eremítica y los compromisos eclesiales.

San Pedro Damían fue, ante todo, un eremita; más aún, el último teorizador de la vida eremítica en la Iglesia latina, en el momento mismo en que se consumaba el cisma entre Oriente y Occidente. En su interesante obra titulada *Vita Beati Romualdi*, nos ha dejado uno de los frutos más significativos de la experiencia monástica de la Iglesia indivisa. Para él la vida eremítica constituye una fuerte llamada a todos los cristianos al primado de Cristo y a su señorío. Es una invitación a descubrir el amor que Cristo, a partir de su relación con el Padre, tiene por la Iglesia; amor que a su vez el eremita debe alimentar, *con Cristo, por Cristo y en Cristo*, hacia todo el pueblo de Dios. Sintió tan fuerte la presencia de la Iglesia universal en la vida eremítica, que en el tratado eclesiológico, titulado *Dominus vobiscum*, escribió que la Iglesia es al mismo tiempo una en todos y toda en cada uno de sus miembros.

Este gran santo eremita fue también eminente hombre de Iglesia, que estaba dispuesto a salir del eremitorio para dirigirse a cualquier lugar donde fuera necesaria su presencia para mediar entre contendientes, fueran eclesiásticos, monjes o simples fieles. Aunque estaba radicalmente concentrado en el *unum necessarium*, no se sustraía a las exigencias prácticas que el

amor a la Iglesia le imponía. Le impulsaba el deseo de que la comunidad eclesial se mostrara siempre como esposa santa e inmaculada, preparada para su Esposo celestial, y expresaba con intensa *ars oratoria* su celo sincero y desinteresado por la santidad de la Iglesia. Con todo, después de cada misión eclesial, volvía a la paz del eremitorio de Fonte Avellana y, libre de toda ambición, llegó incluso a renunciar definitivamente a la dignidad cardenalicia para no alejarse de la soledad eremítica, celda de su existencia escondida en Cristo.

San Pedro Damiano fue, por último, el alma de la *Reforma gregoriana*, que marcó el paso del primer milenio al segundo, y de la que san Gregorio VII constituía el corazón y el motor. En concreto, se trató de llevar a cabo medidas de orden institucional y de índole teológica, disciplinar y espiritual, que permitieron en el segundo milenio una mayor *libertas Ecclesiae*, recuperando la dimensión de la gran teología con referencia a los Padres de la Iglesia, y en particular a san Agustín, san Jerónimo y san Gregorio Magno.

Con la pluma y la palabra se dirigía a todos: a sus hermanos eremitas les pedía la valentía para una entrega radical al Señor que se acercara lo más posible al martirio. Al Papa, a los obispos y a los eclesiásticos de alto rango les exigía un desapego evangélico de honores y privilegios en el cumplimiento de sus funciones eclesiales. A los sacerdotes les recordaba el ideal altísimo de su misión, que debían desempeñar cultivando la pureza de costumbres y una pobreza personal real.

En una época marcada por particularismos e incertidumbres, porque carecía de principios unificadores, san Pedro Damiano, consciente de sus propios límites, -solía definirse *peccator monachus*- transmitió a sus contemporáneos la convicción de que sólo a través de una constante tensión armónica entre dos polos fundamentales de la vida -la soledad y la comunión- puede darse un testimonio cristiano eficaz.

¿Acaso no vale también para nuestro tiempo esta enseñanza? Expreso de buen grado el deseo de que la celebración del milenario de su nacimiento no sólo contribuya a redescubrir la actualidad y la profundidad de su pensamiento y de su acción, sino que sea también ocasión propicia para una renovación espiritual personal y comunitaria, recomenzando constantemente de Jesucristo, “el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8).

Le aseguro un recuerdo en la oración por usted y por todos los monjes Camaldulenses, a los que envió una bendición apostólica especial, que hago extensiva a todos los que comparten su espiritualidad.

**Carta del Santo Padre, Benedicto XVI,
al Cardenal Giacomo Biffi,
predicador de los ejercicios espirituales**

Vaticano, 3 de marzo de 2007

*Al venerado hermano, Señor cardenal
Giacomo Biffi, Arzobispo emérito de Bolonia*

Al llegar felizmente a su conclusión los ejercicios espirituales, con este mensaje deseo testimoniarle, venerado hermano, mi cordial agradecimiento y mi vivo aprecio por el servicio que nos ha prestado a mí y a mis colaboradores de la Curia romana, guiándonos con sus estimulantes meditaciones.

Con la riqueza y la profundidad de pensamiento que conocemos muy bien, usted nos ha impulsado a elevar nuestra mente y nuestro corazón a “las cosas de arriba” (*Col 3, 1-2*), como indicaba el tema -de inspiración paulina- de estas jornadas de oración y reflexión.

Tomando como punto de partida las dos invitaciones litúrgicas con las que, por decirlo así, se inicia el camino cuaresmal: “Convertíos y creed en el Evangelio”, “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás”, usted nos ha ayudado a meditar en el señorío de Cristo sobre el cosmos y sobre la historia, en su bienaventurada Pasión, en el misterio de la Iglesia y en la Eucaristía, así como en la relación de estas realidades sobrenaturales con el mundo.

Completando y valorando las reflexiones teológicas y espirituales de cada día,

nos ha presentado sabiamente algunas figuras de “testigos” que, de diversas maneras y con estilos diferentes, han orientado y sostenido nuestro itinerario hacia Cristo, plenitud de vida para cada persona y para el universo entero.

¿Cómo le podemos agradecer, querido señor cardenal, un regalo tan valioso? Sólo el Señor sabrá y podrá recompensarlo dignamente. Yo, por mi parte, y estoy seguro de que también quienes se han beneficiado de las meditaciones que nos ha dirigido, queremos asegurarle un ferviente recuerdo en la oración por su persona y por sus intenciones más queridas.

Y para que este vínculo de oración sea más válido y eficaz, lo encomiendo a la intercesión celestial de María santísima. “Que en cada uno esté el alma de María”: esta hermosa exhortación, que usted, haciéndose eco de san Ambrosio, ha puesto como culmen de los ejercicios, quisiera yo dirigirla como un íntimo deseo a usted, venerado hermano, a la vez que de corazón le renuevo la bendición apostólica, haciéndola extensiva a sus seres queridos.

DISCURSOS

**Visita al Seminario Romano Mayor
con ocasión de la fiesta de la
Virgen de la Confianza**

Encuentro de Su Santidad, Benedicto XVI, con los seminaristas.

Sábado 17 de febrero de 2007

Preguntas de los seminaristas y respuestas del Santo Padre

Gregor Paolo Stano: Diócesis de Oria, Italia del I año (1º Filosofía):

Santidad, durante el primero de los dos años que dedicamos al discernimiento nos esforzamos por escrutar a fondo nuestra persona. Es un ejercicio arduo para nosotros, porque el lenguaje de Dios es especial y sólo quien está atento puede captarlo entre las mil voces que resuenan dentro de nosotros. Por eso, le pedimos que nos ayude a comprender cómo habla Dios en concreto y cuáles son las huellas que deja al hablarnos en nuestro interior.

Ante todo, agradezco al monseñor rector sus palabras. Ya siento deseos de conocer el texto que vais a escribir y de aprender de él. No estoy seguro de poder aclarar los puntos esenciales de la vida del seminario, pero diré lo que puedo decir.

Ahora respondo a la primera pregunta: ¿cómo podemos discernir la voz de

Dios entre las mil voces que escuchamos cada día en nuestro mundo? Yo diría que Dios habla con nosotros de muchísimas maneras. Habla por medio de otras personas, por medio de los amigos, de los padres, del párroco, de los sacerdotes-aquí, os habla a través de los sacerdotes que se encargan de vuestra formación, que os orientan-. Habla por medio de los acontecimientos de nuestra vida, en los que podemos descubrir un gesto de Dios. Habla también a través de la naturaleza, de la creación; y, naturalmente, habla sobre todo en su Palabra, en la sagrada Escritura, leída en la comunión de la Iglesia y leída personalmente en conversación con Dios.

Es importante leer la sagrada Escritura, por una parte, de modo muy personal, y realmente, como dice san Pablo, no como palabra de un hombre o como un documento del pasado, como leemos a Homero o Virgilio, sino como una palabra de Dios siempre actual, que habla conmigo. Aprender a escuchar en un texto, que históricamente pertenece al pasado, la palabra viva de Dios, es decir, entrar en oración, convirtiendo así la lectura de la sagrada Escritura en una conversación con Dios. San Agustín dice a menudo en sus homilías: llamé muchas veces a la puerta de esta Palabra, hasta que pude percibir lo que Dios mismo me decía. Por una parte, esta lectura muy personal, esta conversación personal con Dios, en la que trato de descubrir lo que el Señor me dice; y jun-

tamente con esta lectura personal, es muy importante la lectura comunitaria, porque el sujeto vivo de la sagrada Escritura es el pueblo de Dios, es la Iglesia.

Esta Escritura no era algo meramente privado, de grandes escritores -aunque el Señor siempre necesita a la persona, necesita su respuesta personal-, sino que ha crecido con personas que estaban implicadas en el camino del pueblo de Dios y así sus palabras son expresión de este camino, de esta reciprocidad de la llamada de Dios y de la respuesta humana.

Por consiguiente, el sujeto vive hoy como vivió en aquel tiempo; la Escritura no pertenece al pasado, dado que su sujeto, el pueblo de Dios inspirado por Dios mismo, es siempre el mismo. Así pues, se trata siempre de una Palabra viva en el sujeto vivo. Por eso, es importante leer la sagrada Escritura y escuchar la sagrada Escritura en la comunión de la Iglesia, es decir, con todos los grandes testigos de esta Palabra, desde los primeros Padres hasta los santos de hoy, hasta el Magisterio de hoy.

Sobre todo en la liturgia se convierte en una Palabra vital y viva. Por consiguiente, yo diría que la liturgia es el lugar privilegiado donde cada uno entra en el “nosotros” de los hijos de Dios en conversación con Dios. Es importante: el padrenuestro comienza con las palabras “Padre nuestro”. Sólo podré encontrar al Padre si estoy insertado en el “nosotros” de este “nuestro”; sólo escuchamos bien la palabra de Dios dentro de este “nosotros”, que es el sujeto de la oración del padrenuestro.

Así pues, esto me parece muy importante: la liturgia es el lugar privilegiado donde la Palabra está viva, está presente; más aún, donde la Palabra, el *Logos*, el Señor, habla con nosotros y se pone en nuestras manos. Si nos disponemos a la escucha del Señor en esta gran comunión de la Iglesia de todos los tiempos, lo encontraremos.

Él nos abre la puerta poco a poco. Por tanto, yo diría que en este punto se concentran todos los demás: el Señor nos guía personalmente en nuestro camino y, al mismo tiempo, vivimos en el gran “nosotros” de la Iglesia, donde la palabra de Dios está viva.

Luego vienen los demás puntos: escuchar a los amigos, escuchar a los sacerdotes que nos guían, escuchar la voz viva de la Iglesia de hoy, escuchando así también las voces de los acontecimientos de este tiempo y de la creación, que resultan descifrables en este contexto profundo.

Por tanto, para resumir, diría que Dios nos habla de muchas maneras. Es importante, por una parte, estar en el “nosotros” de la Iglesia, en el “nosotros” vivido en la liturgia. Es importante personalizar este “nosotros” en mí mismo; es importante estar atentos a las demás voces del Señor, dejarnos guiar también por personas que tienen experiencia con Dios, por decirlo así, y nos ayudan en este camino, para que este “nosotros” se transforme en mi “nosotros”, y yo, en uno que realmente pertenece a este “nosotros”. Así crece el discernimiento y crece la amistad personal con

Dios, la capacidad de percibir, en medio de las mil voces de hoy, la voz de Dios, que siempre está presente y siempre habla con nosotros.

Claudio Fabbri: Diócesis de Roma del II año (2º Filosofía)

Santo Padre, ¿cómo estaba articulada su vida durante el tiempo de formación para el sacerdocio y cuáles eran los intereses que cultivaba? Teniendo en cuenta su experiencia, ¿cuáles son los puntos fundamentales de la formación para el sacerdocio? En particular, ¿qué lugar ocupa en ella María?

Creo que nuestra vida, en el seminario de Freising, estaba articulada de un modo muy semejante a vuestro horario, aunque no conozco exactamente vuestro reglamento diario. Me parece que se comenzaba a las 6.30, a las 7.00, con una meditación de media hora, en la que cada uno en silencio hablaba con el Señor, trataba de disponer su alma para la sagrada liturgia. Luego seguía la santa misa, el desayuno y, durante la mañana, las clases.

Por la tarde, seminarios, tiempos de estudio, y luego de nuevo oración en común. En la noche, los “puntos”: el director espiritual o el rector del seminario, alternándose, nos hablaban para ayudarnos a encontrar el camino de la meditación; no nos daban una meditación ya hecha, sino elementos que podían ayudar a cada uno a interiorizar las palabras del Señor que serían objeto de nuestra meditación.

Así era el itinerario de cada día. Luego, naturalmente, estaban las grandes fiestas, con una hermosa liturgia, con música... Pero, me parece -tal vez volveré a hablar de esto al final- que es muy importante tener una disciplina que nos precede y no deber inventar cada día de nuevo lo que hay que hacer, lo que hay que vivir. Existe una regla, una disciplina que ya me espera y me ayuda a vivir ordenadamente este día.

Ahora bien, por lo que respecta a mis preferencias, naturalmente seguía con atención, como podía, las clases. En los dos primeros años, desde el inicio me fascinó la filosofía, sobre todo la figura de san Agustín; luego también la corriente agustiniana en la Edad Media: san Buenaventura, los grandes franciscanos, la figura de san Francisco de Asís.

Me impresionaba sobre todo la gran humanidad de san Agustín, que no tuvo la posibilidad de identificarse con la Iglesia como catecúmeno desde el inicio, sino que, por el contrario, tuvo que luchar espiritualmente para encontrar poco a poco el acceso a la palabra de Dios, a la vida con Dios, hasta que pronunció el gran “sí” a su Iglesia.

Fue un camino muy humano, donde también nosotros podemos ver hoy cómo se comienza a entrar en contacto con Dios, cómo hay que tomar en serio todas las resistencias de nuestra naturaleza, canalizándolas para llegar al gran “sí” al Señor. Así me conquistó su teología tan personal, desarrollada sobre todo en la

predicación. Esto es importante, porque al inicio, san Agustín quería vivir una vida puramente contemplativa, escribir otros libros de filosofía..., pero el Señor no quería eso; lo llamó a ser sacerdote y obispo; de este modo, todo el resto de su vida, de su obra, se desarrolló fundamentalmente en el diálogo con un pueblo muy sencillo. Por una parte, siempre tuvo que encontrar personalmente el significado de la Escritura; y, por otra, debía tener en cuenta la capacidad de esa gente, su contexto vital, para llegar a un cristianismo realista y, al mismo tiempo, muy profundo.

Naturalmente, para mí además era muy importante la exégesis: tuvimos dos exegetas un poco liberales, pero a pesar de ello grandes exegetas, también realmente creyentes, que nos fascinaban. Puedo decir que, en realidad, la sagrada Escritura era el alma de nuestro estudio teológico: vivíamos con la sagrada Escritura y aprendíamos a amarla, a hablar con ella. Ya he hablado de la patrología, del encuentro con los santos Padres. También nuestro profesor de dogmática era un persona entonces muy famosa; había alimentado su dogmática con los Padres y con la liturgia. Para nosotros un punto muy central era la formación litúrgica. En aquel tiempo no había aún cátedras de liturgia, pero nuestro profesor de pastoral nos dirigió grandes cursos sobre liturgia y él, en ese momento, era también rector del seminario. Así, la liturgia vivida y celebrada iba muy unida a la liturgia enseñada y pensada.

Juntamente con la sagrada Escritura, éstos eran los puntos más importantes de

nuestra formación teológica. De esto doy siempre gracias al Señor, porque en su conjunto son realmente el centro de una vida sacerdotal.

Otro interés era la literatura: era obligatorio leer a Dostoievski; era la moda del momento. Luego estaban los grandes franceses: Claudel, Mauriac, Bernanos; pero también la literatura alemana; teníamos una edición alemana de Manzoni: en aquel tiempo yo no hablaba italiano. Así, en cierto sentido, también formábamos nuestro horizonte humano. Asimismo, sentíamos gran amor por la música, al igual que por la belleza de la naturaleza de nuestra tierra. Con estas preferencias, estas realidades, en un camino no siempre fácil, seguí adelante. El Señor me ayudó a llegar hasta el “sí” del sacerdocio, un “sí” que me ha acompañado todos los días de mi vida.

Gianpiero Savino: Diócesis de Taranto del III año (1º Teología)

Santidad, a los ojos de mucha gente, podemos parecer jóvenes que dicen con firmeza y valentía su “sí” y que lo dejan todo para seguir al Señor; pero sabemos que estamos muy lejos de una verdadera coherencia con ese “sí”. Con confianza de hijos, le confesamos la parcialidad de nuestra respuesta a la llamada de Jesús y el esfuerzo diario por vivir una vocación que nos pide dar un “sí” definitivo y total. ¿Cómo responder a la vocación tan exigente de pastores del pueblo de Dios, si sentimos constantemente nuestra debilidad e incoherencia?

Es muy saludable reconocer nuestra debilidad, porque sabemos que necesitamos la gracia del Señor. El Señor nos consuela. En el colegio de los Apóstoles no sólo estaba Judas, sino también los Apóstoles buenos. A pesar de eso, Pedro cayó. El Señor reprocha muchas veces la lentitud, la cerrazón del corazón de los Apóstoles, la poca fe que tenían. Por tanto, eso nos demuestra que ninguno de nosotros está plenamente a la altura de este gran “sí”, a la altura de celebrar “*in persona Christi*”, de vivir coherentemente en este contexto, de estar unido a Cristo en su misión de sacerdote.

Para nuestro consuelo, el Señor nos dio también las parábolas de la red con peces buenos y malos, del campo donde crece el trigo pero también la cizaña. Nos explica que vino precisamente para ayudarnos en nuestra debilidad; que no vino, como dice, para llamar a los justos, a los que se creen ya plenamente justos, a los que creen que no necesitan la gracia, a los que oran alabándose a sí mismos, sino que vino a llamar a los que se saben débiles, a los que son conscientes de que cada día necesitan el perdón del Señor, su gracia, para seguir adelante.

Me parece muy importante reconocer que necesitamos una conversión permanente, que no hemos llegado a la meta. San Agustín, en el momento de su conversión, pensaba que ya había llegado a la cumbre de la vida con Dios, de la belleza del sol, que es su Palabra. Luego comprendió que también el camino posterior a la conversión sigue siendo un camino de

conversión, que sigue siendo un camino donde no faltan las grandes perspectivas, las alegrías, las luces del Señor, pero donde tampoco faltan valles oscuros, donde debemos seguir adelante con confianza apoyándonos en la bondad del Señor.

Por eso, es importante también el sacramento de la Reconciliación. No es correcto pensar que en nuestra vida no tenemos necesidad de perdón. Debemos aceptar nuestra fragilidad, permaneciendo en el camino, siguiendo adelante sin rendirnos, y mediante el sacramento de la Reconciliación convirtiéndonos constantemente para volver a comenzar, creciendo, madurando para el Señor, en nuestra comunión con él.

Naturalmente, también es importante no aislarse, no pensar que podemos ir adelante nosotros solos. Necesitamos la compañía de sacerdotes amigos, también de laicos amigos, que nos acompañen, que nos ayuden. Es muy importante para un sacerdote en la parroquia ver cómo la gente tiene confianza en él y experimentar, además de su confianza, su generosidad al perdonar sus debilidades. Los verdaderos amigos nos desafían y nos ayudan a ser fieles en este camino. Me parece que esta actitud de paciencia, de humildad, nos puede ayudar a ser buenos con los demás, a tener comprensión ante las debilidades de los demás, a ayudarles también a ellos a perdonar como nosotros perdonamos.

Creo que no soy indiscreto si digo que hoy he recibido una hermosa carta del cardenal Martini, agradeciendo la felicitación

que le envié con ocasión de su 80° cumpleaños; somos coetáneos. Expresando su agradecimiento, dice: sobre todo doy gracias al Señor por el don de la perseverancia. Hoy -escribe- incluso el bien se hace por lo general *ad tempus, ad experimentum*. El bien, según su esencia, sólo se puede hacer de modo definitivo, pero para hacerlo de modo definitivo necesitamos la gracia de la perseverancia. Pido cada día al Señor -concluye- que me dé esta gracia.

Vuelvo a san Agustín: al inicio estaba contento de la gracia de la conversión. Luego descubrió que necesitaba otra gracia, la gracia de la perseverancia, que debemos pedir cada día al Señor. Pero, volviendo a las palabras del cardenal Martini, “hasta ahora el Señor me ha dado esta gracia de la perseverancia; espero que me la dé también para esta última etapa de mi camino en esta tierra”. Me parece que debemos confiar en este don de la perseverancia, pero que también debemos orar al Señor con tenacidad, con humildad y con paciencia, para que nos ayude y nos sostenga con el don de la perseverancia final, para que nos acompañe cada día hasta el final, aunque el camino pase por un valle oscuro. El don de la perseverancia nos da alegría, nos da la certeza de que somos amados por el Señor y que este amor nos sostiene, nos ayuda y no nos abandona en nuestras debilidades. Nuestro verdadero tesoro es el amor del Señor

**Dimov Koicio: Diócesis de Nicópolis
Ad Istrum (Bulgaria) IV año (2º
Teología)**

Santo Padre, usted, comentando el vía crucis del año 2005, habló de la suciedad que hay en la Iglesia; y en la homilía de la misa de ordenación de sacerdotes romanos del año pasado nos puso en guardia contra el peligro “de buscar hacer carrera, de tratar de subir más alto, de esforzarse por conseguir una buena posición mediante la Iglesia”. ¿Cómo afrontar estos problemas del modo más sereno y responsable posible?

No es fácil responder a esta pregunta, pero ya he dicho -y es un punto importante- que el Señor sabe, sabía desde el inicio, que en la Iglesia también hay pecado. Para nuestra humildad es importante reconocer esto y no sólo ver el pecado en los demás, en las estructuras, en los altos cargos jerárquicos, sino también en nosotros mismos, para ser así más humildes y aprender que ante el Señor no cuenta la posición eclesial, sino estar en su amor y hacer resplandecer su amor.

Personalmente considero que, en este punto, es muy importante la oración de san Ignacio, que dice: “*Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum atque voluntatem omnem. Quidquid habeo vel possideo mihi largitus es; id tibi totum restituo, ac tuae prorsus voluntati trado gubernandum. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum satis, nec aliud quidquam ultra posco*”. Precisamente esta última parte me parece muy importante: comprender que el verdadero tesoro de nuestra vida es estar en el amor del Señor y no perder nunca este amor. Luego somos realmente ricos. Un hombre que ha encontrado un gran

amor se siente realmente rico y sabe que esta es la verdadera perla, que éste es el tesoro de su vida y no todas las demás cosas que posee.

Nosotros hemos encontrado, más aún, hemos sido encontrados por el amor del Señor, y cuanto más nos dejemos tocar por su amor en la vida sacramental, en la vida de oración, en la vida de trabajo, en el tiempo libre, tanto más podemos comprender que, si hemos encontrado la verdadera perla, todo lo demás no cuenta, todo lo demás sólo es importante en la medida en que el amor del Señor me atribuye esas cosas. Con este amor yo soy rico, soy realmente rico, y estoy en una posición elevada. Encontremos aquí el centro de la vida, la riqueza. Luego dejémonos guiar, dejemos que la Providencia decida qué hace con nosotros.

Al respecto, me viene a la mente una anécdota de santa Bakhita, la gran santa africana, que era esclava en Sudán y luego en Italia encontró la fe y se hizo religiosa. Cuando ya era anciana, el obispo visitaba su monasterio, su casa religiosa, y no la conocía. Al ver a esta pequeña religiosa africana, ya encorvada, le dijo: “Pero, ¿qué hace usted, hermana?”. Bakhita le respondió: “Yo hago lo mismo que usted excelencia”. El obispo admirado preguntó: “¿Qué cosa?”. Y Bakhita le contestó: “Excelencia, los dos hacemos lo mismo, hacemos la voluntad de Dios”.

Me parece una respuesta hermosísima. El obispo y la pequeña religiosa, que ya casi no podía trabajar, hacían lo mismo,

en posiciones diversas: trataban de hacer la voluntad de Dios, y así estaban cada uno en el lugar debido.

También me vienen a la mente unas palabras de san Agustín, que dice: Todos somos siempre sólo discípulos de Cristo y su cátedra está en un lugar más alto, porque esta cátedra es la cruz, y esta altura es la verdadera altura, la comunión con el Señor, también en su pasión. Me parece que, si comenzamos a entender esto, en una vida de oración diaria, en una vida de entrega al servicio del Señor, podemos librarnos de esas tentaciones tan humanas.

Francesco Annesi: Diócesis de Roma del V año (3º Teología)

Santidad, la carta apostólica “Salvifici doloris” del Papa Juan Pablo II pone de relieve que el sufrimiento es fuente de riqueza espiritual para todos los que lo aceptan en unión con los sufrimientos de Cristo. En un mundo que busca todos los medios, lícitos e ilícitos, para eliminar cualquier forma de dolor, ¿cómo puede el sacerdote ser testigo del sentido cristiano del sufrimiento y cómo debe comportarse ante quienes sufren, sin resultar retórico o patético?

¿Qué hacer? Debemos reconocer que conviene tratar de hacer todo lo posible para mitigar los sufrimientos de la humanidad y para ayudar a las personas que sufren -son numerosas en el mundo- a llevar una vida buena y a librarse de los males que a menudo causamos nosotros mismos: el hambre, las epidemias, etc.

Pero, reconociendo este deber de trabajar contra los sufrimientos causados por nosotros mismos, al mismo tiempo debemos reconocer también y comprender que el sufrimiento es un elemento esencial para nuestra maduración humana. Pienso en la parábola del Señor sobre el grano de trigo que cae en tierra y que sólo así, muriendo, puede dar fruto. Este caer en tierra y morir no sucede en un momento, es un proceso de toda la vida.

Cayendo en tierra como el grano de trigo y muriendo, transformándonos, somos instrumentos de Dios y así damos fruto. No por casualidad el Señor dice a sus discípulos: el Hijo del hombre debe ir a Jerusalén para sufrir; por eso, quien quiera ser mi discípulo, debe tomar su cruz sobre sus hombros y así seguirme. En realidad, nosotros somos siempre, un poco, como san Pedro, el cual dijo al Señor: No, Señor, éste no puede ser tu caso, tú no debes sufrir. Nosotros no queremos llevar la cruz. Queremos crear un reino más humano, más hermoso en la tierra.

Eso es un gran error. El Señor lo enseña. Pero Pedro necesitó mucho tiempo, tal vez toda su vida, para entenderlo. Porque la leyenda del *Quo vadis?* encierra una gran verdad: aprender que precisamente llevar la cruz del Señor es el modo de dar fruto. Así pues, yo diría que antes de hablar a los demás, nosotros mismos debemos comprender el misterio de la cruz.

Ciertamente, el cristianismo nos da la alegría, porque el amor da alegría. Pero el amor es siempre un proceso en el que

hay que perderse, en el que hay que salir de sí mismo. En este sentido, también es un proceso doloroso. Sólo así es hermoso y nos hace madurar y llegar a la verdadera alegría. Quien quiere afirmar o quien promete sólo una vida alegre y cómoda, miente, porque esta no es la verdad del hombre. La consecuencia es que luego se debe huir a paraísos falsos. Precisamente así no se llega a la alegría, sino a la auto-destrucción.

Sí, el cristianismo nos anuncia la alegría; pero esta alegría sólo crece en el camino del amor y este camino del amor guarda relación con la cruz, con la comunión con Cristo crucificado. Y está representada por el grano de trigo que cae en tierra. Cuando comencemos a comprender y a aceptar esto, cada día, porque cada día nos trae alguna insatisfacción, alguna dificultad que también produce dolor, cuando aceptemos esta escuela del seguimiento de Cristo, como los Apóstoles tuvieron que aprender en esta escuela, entonces también seremos capaces de ayudar a los que sufren.

Es verdad, siempre resulta problemático que uno que tiene buena salud o está en buena condición trate de consolar a otro que está afectado por un gran mal, sea enfermedad, sea pérdida de amor. Ante estos males, que conocemos todos, casi inevitablemente todo parece sólo retórico y patético. Pero yo diría que, si estas personas pueden percibir que nosotros tenemos com-pasión, que somos com-pacientes, que queremos llevar juntamente con ellos la cruz en comunión con Cristo, sobre

todo orando con ellos, asistiéndolos con un silencio lleno de simpatía, de amor, ayudándoles en la medida de nuestras posibilidades, podemos resultar creíbles.

Debemos aceptar que, tal vez en un primer momento, nuestras palabras parezcan sólo palabras. Pero si vivimos realmente con este espíritu del seguimiento de Jesús, también encontraremos la manera de estar cerca de ellos con nuestra simpatía. Simpatía etimológicamente quiere decir com-pasión por el hombre, ayudándolo, orando, creando así la confianza en que la bondad del Señor existe incluso en el valle más oscuro. Así podemos abrirles el corazón para el Evangelio de Cristo mismo, que es el verdadero Consolador; abrirles el corazón para el Espíritu Santo, llamado el otro Consolador, el otro Paráclito, que asiste, que está presente.

Podemos abrirles el corazón no para nuestras palabras, sino para la gran enseñanza de Cristo, para su estar con nosotros, ayudándoles para que el sufrimiento y el dolor se transformen de verdad en gracia de maduración, de comunión con Cristo crucificado y resucitado.

Marco Ceccarelli: Diócesis de Roma, diácono (será ordenado sacerdote el próximo 29 de abril)

Santidad, en los próximos meses mis compañeros y yo seremos ordenados sacerdotes. Pasaremos de una vida bien estructurada por las reglas del seminario a la situación mucho más compleja de nuestras parroquias. ¿Qué consejos nos da para vivir lo

mejor posible el inicio de nuestro ministerio presbiteral?

Aquí en el seminario tenéis una vida bien articulada. Yo diría, como primer punto, que también en la vida de los pastores de la Iglesia, en la vida diaria del sacerdote, es importante conservar, en la medida de lo posible, un cierto orden: que nunca falte la misa; sin la Eucaristía un día es incompleto; por eso, crecemos ya en el seminario con esta liturgia diaria. Me parece muy importante que sintamos la necesidad de estar con el Señor en la Eucaristía, que no sea un deber profesional, sino que sea realmente un deber sentido interiormente, que nunca falte la Eucaristía.

El otro punto importante es tomar tiempo para la liturgia de la Horas, y así para esta libertad interior: con todas las cargas que llevamos, esta liturgia nos libera y nos ayuda también a estar más abiertos, a estar en contacto más profundo con el Señor. Naturalmente, debemos hacer todo lo que exige la vida pastoral, la vida de un vicario parroquial, de un párroco o de los demás oficios sacerdotales. Pero no conviene olvidar nunca estos puntos fijos, que son la Eucaristía y la liturgia de las Horas, para tener durante el día cierto orden, pues, como dije al inicio, no debemos estar inventando cada día. Hemos aprendido: “*Serva ordinem et ordo servabit te*”. Esas palabras encierran una gran verdad.

Asimismo, es importante no descuidar la comunión con los demás sacerdotes, con

los compañeros de camino; y no descuidar el contacto personal con la palabra de Dios, la meditación. ¿Qué hacer? Yo tengo una receta bastante sencilla: combinar la preparación de la homilía dominical con la meditación personal, para lograr que estas palabras no sólo estén dirigidas a los demás, sino que realmente sean palabras dichas por el Señor a mí mismo, y maduras en una conversación personal con el Señor. Para que esto sea posible, mi consejo consiste en comenzar ya el lunes, porque si se comienza el sábado es demasiado tarde: así la preparación resulta apresurada, y tal vez falte la inspiración, porque hay otras cosas en la cabeza. Por eso, ya el lunes conviene leer sencillamente las lecturas del domingo siguiente, que tal vez parecen inaccesibles, como las piedras de Massá y Meribá, ante las cuales Moisés dice: “Pero, ¿cómo puede brotar agua de estas piedras?”.

Dejemos que el corazón digiera estas lecturas. En el subconsciente las palabras trabajan y cada día vuelven un poco. Obviamente, también hay que consultar libros, si es posible. Con este trabajo interior, día tras día, se ve cómo poco a poco va madurando una respuesta, poco a poco se abre esta palabra, se convierte en palabra para mí. Y dado que soy un contemporáneo, también se convierte en palabra para los demás. Luego puedo comenzar a traducir lo que veo en mi lenguaje teológico al lenguaje de los demás; sin embargo, el pensamiento fundamental es el mismo para los demás y para mí.

Así se puede tener un encuentro permanente, silencioso, con la Palabra, que

no requiere mucho tiempo, tiempo que tal vez no tenemos. Pero reservadle un poco de tiempo: así no sólo madura una homilía para el domingo, para los demás, sino que también nuestro propio corazón es tocado por la palabra del Señor. Permanezcamos en contacto también en una situación donde tal vez disponemos de poco tiempo.

Ahora no me atrevo a dar demasiados consejos, porque la vida en la gran ciudad de Roma es un poco diversa de la que yo viví hace cincuenta y cinco años en Baviera. Pero creo que lo esencial es precisamente esto: Eucaristía, liturgia de las Horas, oración y conversación con el Señor cada día, aunque sea breve, sobre sus Palabras que debo anunciar.

No hay que descuidar nunca la amistad con los sacerdotes, la escucha de la voz de la Iglesia viva y, naturalmente, la disponibilidad con respecto a las personas que nos han sido encomendadas, porque precisamente de estas personas, con sus sufrimientos, con sus experiencias de fe, con sus dudas y dificultades, podemos aprender a buscar y encontrar a Dios, encontrar a nuestro Señor Jesucristo.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
durante la audiencia a los
Nuncios Pontificios en América Latina**

*Sala del Consistorio Sábado 17 de febrero
de 2007*

Venerados hermanos:

Me alegra acogerlos, al final de vuestra reunión como preparación para la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Doy a cada uno mi cordial saludo, comenzando por el señor cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, al que agradezco las palabras con que se ha hecho intérprete de los sentimientos comunes. Expreso mi agradecimiento a los señores cardenales presidentes de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y a los responsables de los dicasterios de la Curia romana, que han dado su contribución a vuestros trabajos.

Aprovecho esta ocasión, sobre todo, para renovaros a vosotros, nuncios apostólicos presentes, y a todos los representantes pontificios, la expresión de mi aprecio por el importante servicio eclesial que realizáis, a menudo entre no pocas dificultades debidas a la lejanía de la patria de origen, a los frecuentes desplazamientos y, a veces, también a las tensiones sociopolíticas presentes en los lugares donde actuáis. En el cumplimiento de vuestro delicado oficio, que ciertamente está animado siempre por un profundo espíritu de fe, cada uno de vosotros siéntase acompañado por la estima, por el afecto y por la oración del Papa.

Todo nuncio apostólico está llamado a consolidar los vínculos de comunión entre las Iglesias particulares y el Sucesor de Pedro. A él se le ha encomendado la responsabilidad de promover, juntamente con los pastores y con todo el pueblo

de Dios, el diálogo y la colaboración con la sociedad civil para realizar el bien común.

Los representantes pontificios son la presencia del Papa, que mediante ellos está cerca de las personas con quienes no puede encontrarse personalmente y, en especial, de quienes viven en condiciones de dificultad y sufrimiento. Vuestro ministerio, queridos hermanos, es un ministerio de comunión eclesial y un servicio a la paz y a la concordia en la Iglesia y entre los pueblos. Sed siempre conscientes de la importancia, de la grandeza y de la belleza de esta misión vuestra, y tended sin cansaros a realizarla con entrega generosa.

La divina Providencia os ha llamado a vosotros, aquí presentes, a prestar vuestro servicio en América Latina, definida por el amado Juan Pablo II -que la visitó en diversas ocasiones- “continente de la esperanza”, como ya se ha dicho. Si Dios quiere, tendré la alegría de tomar contacto personalmente con la realidad de esos países al intervenir, Dios mediante, en la apertura de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano, en Aparecida, Brasil, el próximo mes de mayo.

En cierto sentido, esa asamblea recapitula y es continuación de las Conferencias generales anteriores, mientras que se enriquece con numerosos dones “posconciliares” del Magisterio pontificio -pienso de modo particular en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*-, así como con los frutos del camino sinodal de la Iglesia católica.

Se propone definir las grandes prioridades y dar nuevo impulso a la misión de la Iglesia al servicio de los pueblos latinoamericanos en las circunstancias concretas del inicio de este siglo XXI. Esa recapitulación remite a la tradición de la catolicidad, la cual, gracias a una extraordinaria epopeya misionera, se ha hecho presente y ha marcado con su huella la estructura cultural que caracteriza hasta hoy la identidad latinoamericana.

Esa es la vocación original -como dijo mi recordado predecesor, Juan Pablo II, en Santo Domingo- “de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia” (*Discurso en la inauguración de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, 12 de octubre de 1992, n. 15: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de octubre de 1992, p. 10).

Precisamente partiendo del tema de esa importante reunión: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida”, también nosotros, en estos días, habéis puesto de relieve algunos desafíos que la Iglesia afronta en la vasta área latinoamericana, insertada en las dinámicas mundiales y cada vez más condicionada por los efectos de la globalización. Ante este desafío, las naciones que la componen tratan de afirmar, de diversas maneras, su identidad y su peso en el camino histórico del mundo de hoy; a menudo en medio de muchas dificultades, tratan de consolidar la paz interna de su nación. Sintiendo como “hermanas”

quieren llegar a ser también una comunidad, unida en la paz y en el desarrollo cultural y económico.

Naturalmente, la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1), se encuentra en sintonía con toda legítima aspiración de los pueblos a una mayor armonía y cooperación, y aporta su contribución propia, es decir, el Evangelio. Desea que en los países latinoamericanos, donde las Constituciones se limitan a “conceder” libertad de credo y de culto, pero no “reconocen” aún la libertad religiosa, se puedan definir cuanto antes las relaciones recíprocas fundadas en los principios de autonomía y de sana y respetuosa colaboración. Eso permitirá a la comunidad eclesial desarrollar todas sus potencialidades en beneficio de la sociedad y de toda persona humana, creada a imagen de Dios. Una correcta formulación jurídica de esas relaciones no podrá por menos de tener en cuenta el papel histórico, espiritual, cultural y social que ha desempeñado la Iglesia católica en América Latina.

Este papel sigue siendo primario, también gracias a la feliz fusión entre la antigua y rica sensibilidad de los pueblos indígenas con el cristianismo y con la cultura moderna. Como sabemos, algunos ambientes afirman un contraste entre la riqueza y profundidad de las culturas precolombinas y la fe cristiana presentada como una imposición exterior o una alienación para los pueblos de América Latina. En verdad, el encuentro entre estas culturas y la fe en Cristo fue una res-

puesta interiormente esperada por esas culturas. Por tanto, no hay que renegar de ese encuentro, sino que se ha de profundizar: ha creado la verdadera identidad de los pueblos de América Latina.

En efecto, la Iglesia católica es la institución que goza de mayor prestigio entre las poblaciones latinoamericanas. Está activa en la vida de la gente; es estimada por la labor que realiza en los ámbitos de la educación, la salud y la solidaridad con los necesitados. La ayuda a los pobres y la lucha contra la pobreza son y siguen siendo una prioridad fundamental en la vida de las Iglesias en América Latina. La Iglesia también está activa por las intervenciones de mediación que no raramente se le solicita con ocasión de conflictos internos.

Con todo, hoy, una presencia tan consolidada debe tener en cuenta, entre otras cosas, el proselitismo de las sectas y el influjo creciente del secularismo hedonista posmoderno. Sobre las causas de la atracción de las sectas debemos reflexionar seriamente para encontrar las respuestas adecuadas. Ante los desafíos del actual momento histórico, nuestras comunidades están llamadas a fortalecer su adhesión a Cristo para testimoniar una fe madura y llena de alegría y, verdaderamente, a pesar de todos los problemas, son enormes las potencialidades.

Realmente son enormes las potencialidades espirituales que tiene América Latina, donde los misterios de la fe se celebran con ferviente devoción, y el aumento de las vocaciones sacerdotales y re-

ligiosas alimenta la confianza en el futuro. Naturalmente, es necesario acompañar con gran atención a los jóvenes en el camino de la vocación, y ayudar a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a perseverar en su vocación.

Asimismo, los jóvenes, que constituyen más de dos tercios de la población, representan un inmenso potencial misionero y evangelizador; y la familia sigue siendo “una característica primordial de la cultura latinoamericana”, como dijo mi venerado predecesor Juan Pablo II en el encuentro de Puebla, en México, en enero de 1979.

Precisamente la familia merece una atención prioritaria, pues muestra síntomas de debilitamiento bajo las presiones de *lobbies* capaces de influir negativamente en los procesos legislativos. Los divorcios y las uniones libres están aumentando, mientras que el adulterio se contempla con injustificable tolerancia. Es necesario reafirmar que el matrimonio y la familia tienen su fundamento en el núcleo más íntimo de la verdad sobre el hombre y sobre su destino; una comunidad digna del ser humano sólo se puede edificar sobre la roca del amor conyugal, fiel y estable, entre un hombre y una mujer.

Quisiera destacar otros temas religiosos y sociales sobre los que habéis reflexionado. Me limito a citar el fenómeno de la emigración, íntimamente relacionado con la familia; la importancia de la escuela y la atención a los valores y a la conciencia, para formar laicos maduros que sean capaces de dar una contribución cualifi-

cada en la vida social y civil; la educación de los jóvenes con proyectos vocacionales apropiados que acompañen, de modo especial, a los seminaristas y a los aspirantes a la vida consagrada en su camino de formación; el compromiso de informar adecuadamente a la opinión pública sobre las grandes cuestiones éticas según los principios del magisterio de la Iglesia y una presencia eficaz en el campo de los medios de comunicación social, también para responder a los desafíos de las sectas.

Ciertamente, los movimientos eclesiales constituyen un recurso válido para el apostolado, pero es necesario ayudarles a mantenerse siempre fieles al Evangelio y a la enseñanza de la Iglesia, también cuando actúan en el campo social y político. En particular, siento el deber de reafirmar que no compete a los eclesiásticos encabezar grupos sociales o políticos, sino a los laicos maduros y profesionalmente preparados.

Queridos hermanos, en estos días habéis pensado y dialogado juntos; y sobre todo habéis orado juntos. Pidamos al Señor, por intercesión de María, que los frutos de esta reunión vuestra y de la próxima Conferencia general del Episcopado latinoamericano redunden en beneficio de toda la Iglesia.

A vosotros os doy una vez más las gracias por el trabajo que habéis realizado. Al volver a vuestros países, haceos intérpretes de mis sentimientos cordiales ante los pastores y las comunidades cristianas, los Gobiernos y las poblaciones. Asegurad la cercanía espiritual del Papa de modo es-

pecial a vuestros colaboradores, a las religiosas y a todos los que cooperan para el buen funcionamiento de las sedes de vuestras nunciaturas.

A todos y cada uno imparto de corazón una bendición apostólica especial.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
durante el encuentro con los párrocos
y sacerdotes de la Diócesis de Roma**

Sala de las Bendiciones, Jueves 22 de febrero de 2007

1. *En la primera pregunta, el párroco y rector del santuario de Santa María del Amor Divino en Castel di Leva pidió indicaciones concretas para poder realizar con mayor eficacia la misión del santuario mariano de la diócesis de Roma más amado.*

Ante todo, quisiera decir que estoy contento y feliz de sentirme aquí realmente Obispo de una gran diócesis. El cardenal vicario ha dicho que esperáis luz y consuelo. Y os confieso que ver a tantos sacerdotes de todas las generaciones es luz y consuelo para mí. Ya desde la primera pregunta sobre todo he aprendido: y esto me parece también un elemento esencial de nuestro encuentro. Aquí puedo oír la voz viva y concreta de los párrocos, sus experiencias pastorales, y así puedo comprender también yo vuestra situación concreta, las cuestiones que afrontáis, vuestras experiencias y dificultades. Puedo vivirlas

no sólo de modo abstracto, sino en un coloquio concreto con la vida real de las parroquias.

Respondo a esta primera pregunta. Me parece que usted ha dado esencialmente también la respuesta sobre lo que puede hacer este santuario... Sé que es el santuario mariano más querido por los romanos. Yo mismo, cuando fui en diversas ocasiones al santuario antiguo, experimenté esta piedad tan arraigada. Se percibe la presencia orante de las distintas generaciones y casi se palpa la presencia materna de la Virgen. Las distintas generaciones que vienen al encuentro de María con sus deseos, necesidades, estrecheces, sufrimientos e incluso alegrías nos permiten constatar realmente esta antigua devoción mariana. Así, ese santuario, al que van las personas con sus esperanzas, problemas, interrogantes, sufrimientos, es un hecho esencial para la diócesis de Roma. Comprobamos cada vez más que los santuarios son una fuente de vida y de fe en la Iglesia universal, y lo mismo en la Iglesia de Roma. En mi tierra natal, tuve la experiencia de las peregrinaciones a pie a nuestro santuario nacional de Altötting. Es una gran misión popular. Van sobre todo los jóvenes y, peregrinando a pie durante tres días, viven en clima de oración, de examen de conciencia, casi redescubriendo su conciencia cristiana de fe. Esos tres días de peregrinación son días de reconciliación, de oración, son un verdadero camino hacia la Virgen, hacia la familia de Dios y, también, hacia la Eucaristía. Caminando, van a la Virgen y van, con la Virgen, al Señor, al encuentro eucarístico, preparán-

dose a la renovación interior por medio de la confesión. Viven de nuevo la realidad eucarística del Señor que se entrega a sí mismo, como la Virgen dio su propia carne al Señor, abriendo así la puerta a la Encarnación. La Virgen dio su carne para la Encarnación, y así hizo posible la Eucaristía, en la que recibimos la Carne que es el Pan para el mundo. Saliendo al encuentro de la Virgen, los jóvenes aprenden a ofrecer su propia carne, la vida de cada día, para entregarla al Señor. Y aprenden a creer, a decir, poco a poco, "sí" al Señor. Por eso, retomando la pregunta, diría que el santuario como tal, como lugar de oración, de confesión, de celebración de la Eucaristía, es un gran servicio en la Iglesia de nuestros días para la diócesis de Roma. Por tanto, pienso que el servicio esencial, del que usted, por otra parte, ha hablado de modo concreto, es precisamente ofrecerse como lugar de oración, de vida sacramental y de vida de caridad. Si he entendido bien, usted ha hablado de cuatro dimensiones de la oración. La primera es personal. Y aquí María nos muestra el camino. San Lucas nos dice dos veces que la Virgen "guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2, 19; cf. 2, 51). Era una persona en coloquio con Dios, con la palabra de Dios, y también con los acontecimientos a través de los cuales Dios hablaba con ella. El *Magnificat* es un "tejido" de palabras de la Sagrada Escritura, y nos muestra cómo María vivió en un coloquio permanente con la palabra de Dios y, así, con Dios mismo. Naturalmente, en la vida junto al Señor estuvo siempre en coloquio con Cristo, con el Hijo de Dios y con el Dios trino. Por consiguiente, aprendamos

de María a hablar personalmente con el Señor, ponderando y conservando en nuestra vida y en nuestro corazón la palabra de Dios, para que se convierta en verdadero alimento para cada uno. De este modo, María nos guía en una escuela de oración, en un contacto personal y profundo con Dios.

La segunda dimensión de la que usted ha hablado es la oración litúrgica. En la liturgia, el Señor nos enseña a rezar, primero dándonos su Palabra y después introduciéndonos mediante la oración eucarística en la comunión con su misterio de vida, de cruz y de resurrección. San Pablo dijo en una ocasión que “no sabemos cómo pedir para orar como conviene” (*Rm* 8, 26): no sabemos cómo rezar, qué decirle a Dios. Por eso Dios nos ha dado las palabras para la oración, tanto en el Salterio, como en las grandes oraciones de la sagrada liturgia o en la misma liturgia eucarística. Aquí nos enseña a rezar. Entramos en la oración que se ha formado a lo largo de los siglos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y nos unimos al coloquio de Cristo con el Padre. Por tanto, la liturgia es sobre todo oración: primero escucha y después respuesta, sea en el salmo responsorial, sea en la oración de la Iglesia, sea en la gran plegaria eucarística. La celebramos bien, si la celebramos con actitud “orante”, uniéndonos al misterio de Cristo y a su coloquio de Hijo con el Padre. Si celebramos la Eucaristía de este modo, primero como escucha y después como respuesta, o sea, como oración con las palabras indicadas por el Espíritu Santo, la celebramos bien. Y la gente es atraída a través de nuestra

oración común hacia la comunidad de los hijos de Dios.

La tercera dimensión es la piedad popular. Un importante documento de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos habla de esta piedad popular y nos indica cómo “orientarla”. La piedad popular es una fuerza nuestra, porque se trata de oraciones muy arraigadas en el corazón de las personas. Incluso personas que están algo alejadas de la vida de la Iglesia y no tienen una gran comprensión de la fe, se sienten tocados en el corazón por esta oración. Se debe sólo “iluminar” estos gestos, “purificar” esta tradición, para que se convierta en vida actual de la Iglesia.

Luego, la adoración eucarística. Estoy muy agradecido, porque se renueva de forma constante. Durante el Sínodo sobre la Eucaristía, los obispos hablaron mucho de su experiencia, de cómo las comunidades recobran nueva vida con esta adoración, incluso nocturna, y de cómo precisamente así nacen nuevas vocaciones. Puedo decir que dentro de poco firmaré la exhortación postsinodal sobre la Eucaristía, que luego estará a disposición de la Iglesia. Es un documento que se ofrece precisamente para la meditación. Será una ayuda tanto en la celebración litúrgica, como en la reflexión personal, en la preparación de las homilías, en la celebración de la Eucaristía. Y servirá también para guiar, iluminar y revitalizar la piedad popular.

Por último, usted nos ha hablado del santuario como lugar de la *caritas*. Esto

me parece muy lógico y necesario. He releído hace poco tiempo lo que san Agustín dice en el libro X de las *Confesiones*: he sido tentado, y ahora comprendo que era una tentación encerrarme en la vida contemplativa, buscar la soledad contigo, Señor; pero tú me lo has impedido, me has sacado y me has hecho oír las palabras de san Pablo: “Cristo murió por todos. Así nosotros debemos morir con Cristo y vivir para todos”; he comprendido que no puedo encerrarme en la contemplación; tú has muerto por todos, por tanto, debo vivir contigo para todos, y así vivir las obras de caridad. La verdadera contemplación se demuestra en las obras de caridad. Por consiguiente, el signo de que verdaderamente hemos rezado, de que nos hemos encontrado con Cristo, es que somos “para los demás”. Así debe ser un párroco. Y san Agustín era un gran párroco. Dice: en mi vida quería vivir siempre a la escucha de la Palabra, en meditación, pero ahora -día a día, hora a hora- debo estar a la puerta, donde suena siempre la campanilla: debo consolar a los afligidos, ayudar a los pobres, reprender a los que disputan, crear paz, etc. San Agustín hace una lista de todo el trabajo de un párroco, porque en aquel tiempo el obispo era también lo que ahora es el *cadí* en los países islámicos. Podemos decir que para los problemas de derecho civil era el juez de paz: debía favorecer la paz entre los que disputaban. Por tanto, vivió una existencia que para él, hombre contemplativo, fue muy difícil. Pero comprendió esta verdad: así estoy con Cristo; siendo “para los demás”, estoy en el Señor crucificado y resucitado.

Me parece que éste es un gran consuelo para los párrocos y los obispos. Si queda poco tiempo para la contemplación, siendo “para los demás”, estamos con el Señor. Usted ha hablado de los otros elementos concretos de la caridad, que son muy importantes. Son también un signo para nuestra sociedad, en particular, para los niños, los ancianos, los que sufren. Por tanto, pienso que usted, con estas cuatro dimensiones de la vida, nos ha dado la respuesta a la pregunta: ¿qué debemos hacer en nuestro santuario?

2. *Un sacerdote que se ocupa de la pastoral juvenil en la diócesis le pidió una palabra de orientación sobre el modo de transmitir a los jóvenes la alegría de la fe cristiana, en particular frente a los desafíos culturales actuales y le instó a indicar los temas prioritarios sobre los que emplear más las energías para ayudar a los muchachos y muchachas a encontrar concretamente a Cristo.*

Gracias por el trabajo que realiza por los adolescentes. Sabemos que la juventud debe ser realmente una prioridad en nuestro trabajo pastoral, porque vive en un mundo alejado de Dios. Y en nuestro contexto cultural es muy difícil tener el encuentro con Cristo, vivir la vida cristiana, la vida de fe. Los jóvenes necesitan mucho acompañamiento para poder encontrar realmente este camino. Aunque, por desgracia, vivo bastante lejos de ellos y, por tanto, no puedo dar indicaciones muy concretas, diría que el primer elemento me parece precisamente y, sobre todo, el acompañamiento. Deben experimentar que se puede vivir la fe en este tiempo,

que no se trata de una cosa del pasado, sino que es posible vivir hoy como cristianos y encontrar así realmente el bien. Recuerdo un elemento autobiográfico en los escritos de san Cipriano: He vivido en este mundo nuestro -dice- totalmente alejado de Dios, porque las divinidades estaban muertas y Dios no era visible. Y viendo a los cristianos, he pensado: es una vida imposible, ¿esto no se puede realizar en nuestro mundo! Pero después, encontrando a algunos de ellos, estando en su compañía, dejándome guiar en el catecumenado, en este camino de conversión hacia Dios, poco a poco, he comprendido: ¡es posible! Y ahora soy feliz por haber encontrado la vida. He comprendido que aquella otra no era vida, y en verdad -confiesa- sabía ya antes que aquella no era la verdadera vida.

Me parece muy importante que los jóvenes encuentren a personas -bien de su edad, bien más maduras- en las que puedan descubrir que la vida cristiana hoy es posible y también razonable y realizable. Sobre estos dos últimos elementos creo que existen dudas: sobre la factibilidad, porque los demás caminos están muy lejos del estilo de vida cristiano, y sobre la racionalidad, porque, a primera vista, parece que la ciencia nos dice cosas totalmente diversas y, por tanto, no es posible comenzar un recorrido razonable hacia la fe, de modo que se muestre que es una cosa en sintonía con nuestro tiempo y con la razón.

El primer punto es, pues, la experiencia, que abre luego la puerta también al

conocimiento. En este sentido, el “catecumenado” vivido de modo nuevo, es decir, como camino común de vida, como experiencia común del hecho de que es posible vivir así, es de gran importancia. Sólo si hay una cierta experiencia, se puede también comprender. Recuerdo un consejo que Pascal daba a un amigo no creyente. Le decía: prueba a hacer las cosas que hace un creyente y, después, con esta experiencia, verás que todo es lógico y verdadero.

Un aspecto importante nos lo muestra precisamente ahora la Cuaresma. No podemos pensar en vivir inmediatamente un vida cristiana al ciento por ciento, sin dudas y sin pecados. Debemos reconocer que estamos en camino, que debemos y podemos aprender, que necesitamos también convertirnos poco a poco. Ciertamente, la conversión fundamental es un acto que es para siempre. Pero la realización de la conversión es un acto de vida, que se realiza con paciencia toda la vida. Es un acto en el que no debemos perder la confianza y la valentía del camino. Precisamente debemos reconocer esto: no podemos hacer de nosotros mismos cristianos perfectos de un momento a otro. Sin embargo, vale la pena ir adelante, ser fieles a la opción fundamental, por decirlo así, y luego continuar con perseverancia en un camino de conversión que, a veces, se hace difícil. En efecto, puede suceder que venga el desánimo, por lo cual se quiera dejar todo y permanecer en un estado de crisis. No hay que abatirse enseguida, sino que, con valentía, comenzar de nuevo. El Señor

me guía, el Señor es generoso y, con su perdón, voy adelante, llegando a ser generoso también yo con los demás. Así, aprendemos realmente a amar al prójimo y la vida cristiana, que implica esta perseverancia de no detenerme en el camino.

En cuanto a los grandes temas, diría que es importante conocer a Dios. El tema “Dios” es esencial. San Pablo dice en la carta a los Efesios: “Recordad cómo en otro tiempo estabais sin esperanza y sin Dios. Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca” (Ef 2, 11-13). Así la vida tiene un sentido, que me guía también en medio de las dificultades. Por consiguiente, es necesario volver al Dios creador, al Dios que es la razón creadora, y luego encontrar a Cristo, que es el Rostro vivo de Dios. Podemos decir que aquí hay una reciprocidad. Por una parte, el encuentro con Jesús, con esta figura humana, histórica, real, me ayuda a conocer, poco a poco, a Dios; y, por otra, conocer a Dios me ayuda a comprender la grandeza del misterio de Cristo, que es el Rostro de Dios. Sólo si logramos entender que Jesús no es un gran profeta, una de las personalidades religiosas del mundo, sino que es el Rostro de Dios, que es Dios, hemos descubierto la grandeza de Cristo y hemos encontrado quién es Dios. Dios no es sólo una sombra lejana, la “Causa primera”, sino que tiene un Rostro: es el Rostro de la misericordia, el Rostro del perdón y del amor, el Rostro del encuentro con nosotros. Por tanto, estos dos temas se compenetran recíprocamente y deben ir siempre juntos.

Además, debemos comprender que la Iglesia es la gran compañera del camino en el que estamos. En ella la palabra de Dios se mantiene viva y Cristo no es sólo una figura del pasado, sino que está presente. Así, debemos redescubrir la vida sacramental, el perdón sacramental, la Eucaristía, el bautismo como nacimiento nuevo. San Ambrosio, en la Noche paschal, en la última catequesis mistagógica, dijo: Hasta ahora hemos hablado de las cosas morales; ahora es el momento de hablar del Misterio. Había ofrecido una guía para la experiencia moral, naturalmente a la luz de Dios, que luego se abre al Misterio. Pienso que hoy estas dos cosas deben compenetrarse: un camino con Jesús, que descubre cada vez más la profundidad de su misterio. Así, se aprende a vivir de modo cristiano, se aprende la grandeza del perdón y la grandeza del Señor, que se entrega a nosotros en la Eucaristía.

En este camino nos acompañan los santos. Ellos, a pesar de tantos problemas, vivieron y son la “interpretación” auténtica y viva de la Sagrada Escritura. Cada uno tiene su santo, del que puede aprender mejor qué comporta vivir como cristiano. Son, sobre todo, los santos de nuestro tiempo. Y luego, por supuesto, está siempre María, que es la Madre de la Palabra. Redescubrir a María nos ayuda a ir adelante como cristianos y a conocer al Hijo.

3. El rector de la iglesia de Santa Lucía del Gonfalone expuso la experiencia de la lectura integral de la Biblia que está haciendo la comunidad junto con la Iglesia

valdense, y preguntó cuál es el valor de la palabra de Dios en la comunidad eclesial, cómo promover el conocimiento de la Biblia para que la Palabra forme a la comunidad también para un camino ecuménico.

Usted tiene ciertamente una experiencia más concreta de cómo hacer esto. Ante todo, puedo decir que el próximo Sínodo tratará sobre la palabra de Dios. He visto ya los *Lineamenta* elaborados por el Consejo del Sínodo, y pienso que estarán bien presentadas las diversas dimensiones de la presencia de la Palabra en la Iglesia.

Sin duda alguna, la Biblia, en su integridad, es algo grandioso y que hay que descubrir poco a poco. Porque si la consideramos sólo parcialmente, a menudo puede resultar difícil comprender que se trata de la palabra de Dios: por ejemplo, en ciertas partes de los libros de los Reyes, con las crónicas, con el exterminio de los pueblos existentes en Tierra Santa. Muchas otras cosas son difíciles. Precisamente también el Qohélet puede ser aislado y puede resultar muy difícil: justamente parece teorizar la desesperación, porque nada permanece y porque también el sabio al final muere junto con los necios. Acabamos de leerlo ahora en el Breviario.

Un primer punto me parece precisamente leer la Sagrada Escritura en su unidad e integridad. Cada parte forma parte de un camino, y sólo viéndolas en su integridad, como un camino único, donde una parte explica la otra, podemos comprender esto. Detengámonos, por ejemplo, con el Qohélet. En otro tiempo

estaba la palabra de la sabiduría, según la cual quien es bueno vive también bien, es decir, Dios premia a quien es bueno. Y después viene Job y se ve que no es así, y precisamente quien vive bien sufre más. Parece verdaderamente olvidado por Dios. Siguen los Salmos de aquel período, donde se dice: ¿qué hace Dios? Los ateos, los soberbios viven bien, están gordos, se alimentan bien, se ríen de nosotros y dicen: ¿dónde está Dios? No se interesa por nosotros, y nosotros hemos sido vendidos como ovejas de matadero ¿Qué haces con nosotros? ¿Por qué es así? Llega el momento en que el Qohélet dice: pero toda esta sabiduría, al final, ¿dónde permanece? Es un libro casi existencialista, en el que se afirma: todo es vano. Este primer camino no pierde su valor, sino que se abre a la nueva perspectiva que, al final, conduce hacia la cruz de Cristo, “el Santo de Dios”, como dice san Pedro en el capítulo sexto del evangelio de san Juan. Termina con la cruz. Y precisamente así se demuestra la sabiduría de Dios, que luego nos describirá san Pablo.

Y, por tanto, sólo si consideramos todo como un único camino, paso a paso, y aprendemos a leer la Escritura en su unidad, podemos también realmente acceder a la belleza y a la riqueza de la Sagrada Escritura. Por consiguiente, leer todo, pero siempre teniendo presente la totalidad de la Sagrada Escritura, donde una parte explica la otra, un paso del camino explica el otro. La exégesis moderna puede ser de gran ayuda en lo que respecta a este punto. Consideremos, por ejemplo, el libro de Isaías, cuando los exegetas des-

cubrieron que, a partir del capítulo 40, el autor es otro, el *Deutero-Isaías*, como se dijo en aquel tiempo. Para la teología católica fue un momento de gran terror.

Alguno pensó que así se destruía Isaías y, al final, en el capítulo 53, la visión del Siervo de Dios ya no era del Isaías que había vivido casi 800 años antes de Cristo. ¿Qué hacemos?, se preguntaron. Ahora hemos comprendido que todo el libro es un camino de relecturas siempre nuevas, donde se entra cada vez con más profundidad en el misterio propuesto al inicio y se abre cada vez más plenamente cuanto estaba inicialmente presente, pero aún cerrado.

En un libro podemos comprender precisamente todo el camino de la Sagrada Escritura: se trata de una relectura permanente, un volver a comprender cuanto se ha dicho antes. La luz se va encendiendo lentamente y el cristiano puede comprender cuanto el Señor ha dicho a los discípulos de Emaús, explicándoles que todos los profetas habían hablado de él. El Señor nos abre la última relectura: Cristo es la clave de todo, y sólo uniéndose en el camino a los discípulos de Emaús, sólo caminando con Cristo, relejendo todo en su luz, con el crucificado y resucitado, entramos en la riqueza y en la belleza de la Sagrada Escritura.

Por esta razón, diría que el punto importante es no fragmentar la Sagrada Escritura. Precisamente la crítica moderna, como vemos ahora, nos ha hecho comprender que es un camino permanente. Y

también podemos ver que es un camino que tiene una dirección y que Cristo es el punto de llegada. Comenzando desde Cristo podemos reanudar el camino y entrar en la profundidad de la Palabra.

Resumiendo, diría que la lectura de la Sagrada Escritura debe ser siempre una lectura a la luz de Cristo. Sólo así podemos leer y comprender, incluso en nuestro contexto actual, la Sagrada Escritura y obtener realmente de ella la luz. Debemos comprender esto: la Sagrada Escritura es un camino con una dirección. Quien conoce el punto de llegada también puede dar, ahora de nuevo, todos los pasos y aprender así, de modo más profundo, el misterio de Cristo. Comprendiendo esto, también hemos comprendido el carácter eclesial de la Sagrada Escritura, porque estos caminos, estos pasos del camino, son pasos de un pueblo. Es el pueblo de Dios que va adelante. El verdadero propietario de la Palabra es siempre el pueblo de Dios, guiado por el Espíritu Santo, y la inspiración es un proceso complejo: el Espíritu Santo guía adelante, y el pueblo recibe.

Es, pues, el camino de un pueblo, del pueblo de Dios. La sagrada Escritura hay que leerla bien. Pero esto sólo puede hacerse si caminamos dentro de este sujeto que es el pueblo de Dios que vive, que es renovado y fundado de nuevo por Cristo, pero que conserva siempre su identidad. Por consiguiente, diría que hay tres dimensiones relacionadas y compenetradas entre sí: la dimensión histórica, la dimensión cristológica y la dimensión eclesiológica -del pueblo en camino-. En

una lectura completa las tres dimensiones están presentes. Por eso, la liturgia -la lectura común y orante del pueblo de Dios- sigue siendo el lugar privilegiado para la comprensión de la Palabra, porque precisamente aquí la lectura se convierte en oración y se une a la oración de Cristo en la Plegaria eucarística.

Quisiera añadir aún una cosa, que han subrayado todos los Padres de la Iglesia. Pienso, sobre todo, en un bellissimo texto de san Efrén y en otro de san Agustín, en los que se dice: si has comprendido poco, acepta, no pienses que has comprendido todo. La Palabra sigue siendo siempre mucho más grande de lo que has podido comprender. Y esto hay que decirlo ahora de modo crítico ante una cierta parte de la exégesis moderna, que piensa que ha comprendido todo y que por eso, después de la interpretación elaborada por ella, ya no se puede decir nada más. Esto no es verdad. La Palabra es siempre más grande que la exégesis de los Padres y que la exégesis crítica, porque también ésta comprende sólo una parte, diría, más bien, una parte mínima. La Palabra es siempre más grande, éste es nuestro gran consuelo. Y, por una parte, es hermoso saber que hemos comprendido solamente un poco. Es hermoso saber que existe aún un tesoro inagotable y que cada nueva generación redescubrirá nuevos tesoros e irá adelante con la grandeza de la palabra de Dios, que va siempre delante de nosotros, nos guía y es siempre más grande. Con esta certeza se debe leer la Escritura.

San Agustín dijo: beben de la fuente la liebre y el asno. El asno bebe más, pero

cada uno bebe según su capacidad. Sea que seamos liebres, sea que seamos asnos, estemos agradecidos porque el Señor nos permite beber de su agua.

4. El tema de esta pregunta fueron los Movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, don providencial para nuestro tiempo, realidades con un impulso creativo que viven la fe y buscan nuevas formas de vida para encontrar una justa colocación misionera en la Iglesia. Se pidió al Papa un consejo sobre cómo insertarse para desarrollar realmente un ministerio de unidad en la Iglesia universal.

Bien, veo que debo ser más breve. Gracias por esta pregunta. Me parece que usted ha citado las fuentes esenciales de cuanto puedo decir sobre los movimientos. En este sentido, su pregunta es también una respuesta.

Quisiera precisar inmediatamente que durante estos meses estoy recibiendo a los obispos italianos en visita "ad limina", y así puedo aprender un poco mejor la geografía de la fe en Italia. Veo tantas cosas hermosas juntamente con los problemas que todos conocemos. Veo, sobre todo, cómo la fe está aún profundamente arraigada en el corazón italiano, aunque, sin duda, en las circunstancias actuales, está amenazada de muchos modos. También los movimientos aceptan bien mi función paterna de Pastor. Otros son más críticos y dicen que los movimientos no se insertan. Pienso que realmente las situaciones son diversas, todo depende de las personas en cuestión.

Me parece que tenemos dos reglas fundamentales, de las que usted ha hablado. La primera regla nos la ha dado san Pablo en la *primera carta a los Tesalonicenses*: no extingáis los carismas. Si el Señor nos da nuevos dones, debemos estar agradecidos, aunque, a veces, sean incómodos. Y es algo hermoso que, sin iniciativa de la jerarquía, con una iniciativa de la base, como se dice, pero también con una iniciativa realmente de lo alto, es decir, como don del Espíritu Santo, nazcan nuevas formas de vida en la Iglesia, como, por otra parte, han nacido en todos los siglos.

En sus comienzos, fueron siempre incómodas: también san Francisco fue muy incómodo, y para el Papa era muy difícil dar, finalmente, una forma canónica a una realidad que era mucho más grande que los reglamentos jurídicos. Para san Francisco era un grandísimo sacrificio dejarse encas-trar en este esqueleto jurídico, pero, al final, nació una realidad que vive aún hoy y que vivirá en el futuro: da fuerza y nuevos elementos a la vida de la Iglesia.

Sólo quiero decir esto: en todos los siglos han nacido movimientos. También san Benito, inicialmente, era un Movimiento. Se insertan en la vida de la Iglesia con sufrimiento, con dificultad. San Benito mismo debió corregir la dirección inicial del monaquismo. Y así también en nuestro siglo, el Señor, el Espíritu Santo, nos ha dado nuevas iniciativas con nuevos aspectos de la vida cristiana: vividos por personas humanas con sus límites, crean también dificultades.

Así pues, la primera regla: no extinguir los carismas, estar agradecidos, aunque sean incómodos. La segunda regla es ésta: la Iglesia es una; si los movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, se insertan y sirven a la Iglesia, y en el diálogo paciente entre pastores y movimientos nace una forma fecunda, donde estos elementos llegan a ser elementos edificantes para la Iglesia de hoy y de mañana.

Este diálogo se desarrolla en todos los niveles, comenzando por el párroco, el obispo y el Sucesor de Pedro; está en curso la búsqueda de estructuras adecuadas: en muchos casos, la búsqueda ya ha dado su fruto. En otros, aún se está estudiando; por ejemplo, se nos pregunta si, al cabo de cinco años de experimento, se deben confirmar de modo definitivo los estatutos del Camino Neocatecumenal, o si aún se requiere un tiempo de experimento o si quizá se deben retocar un poco algunos elementos de esta estructura.

En todo caso, he conocido a los neocatecumenales desde el inicio. Ha sido un Camino largo, con muchas complicaciones, que existen todavía, pero hemos encontrado una forma eclesial que ya ha mejorado mucho la relación entre el Pastor y el Camino. ¡Y así vamos adelante! Lo mismo vale para los demás movimientos.

Ahora, como síntesis de las dos reglas fundamentales, diría: gratitud, paciencia y aceptación incluso de los sufrimientos, que son inevitables. También en un matrimonio existen siempre sufrimientos y tensiones. Y, sin embargo, van adelante, y así

madura el verdadero amor. Lo mismo sucede en la comunidad de la Iglesia: juntos tengamos paciencia. También los diversos niveles de la jerarquía -desde el párroco al obispo, hasta el Sumo Pontífice- deben tener juntos un continuo intercambio de ideas, deben promover el coloquio para encontrar juntos el camino mejor. Las experiencias de los párrocos son fundamentales, pero también las experiencias del obispo y, digamos, la perspectiva universal del Papa tienen su lugar teológico y pastoral en la Iglesia.

En consecuencia, por una parte, este conjunto de diversos niveles de la jerarquía; por otra, la realidad vivida en las parroquias, con paciencia y apertura, en obediencia al Señor, crean realmente la vitalidad nueva de la Iglesia.

Estamos agradecidos al Espíritu Santo por los dones que nos ha dado. Seamos obedientes a la voz del Espíritu, pero seamos también claros al integrar estos elementos en la vida: este criterio sirve, al fin, a la Iglesia concreta, y así, con paciencia, con valentía y con generosidad el Señor ciertamente nos guiará y nos ayudará.

5. El párroco de San Gelasio, parroquia encomendada a la Comunidad "Misión Iglesia mundo" señaló la importancia de desarrollar una unicidad entre la vida espiritual y la vida pastoral, que no es una técnica organizativa, pero que coincide con la vida misma de la Iglesia, y preguntó al Santo Padre cómo hacer pasar en el pueblo de Dios el concepto de la pastoral como verdadera vida de la Iglesia y cómo hacer para

que la pastoral se nutra cada vez más de la eclesiología conciliar.

Me parece que son preguntas diversas. Una pregunta es cómo inspirar la parroquia en la eclesiología conciliar, hacer vivir a los fieles esta eclesiología; otra es cómo debemos actuar y hacer que en nosotros mismos el trabajo pastoral se convierta en espiritual. Comencemos por esta última pregunta. Una cierta tensión entre lo que debo absolutamente hacer y cuáles reservas espirituales debo tener existe siempre. Lo veo también en san Agustín, que se lamenta en sus predicaciones; ya lo he citado: "me gustaría tanto vivir con la palabra de Dios, pero desde la mañana hasta la noche debo estar con vosotros". Sin embargo, san Agustín encuentra este equilibrio estando siempre a disposición, pero reservándose también momentos de oración, de meditación de la sagrada Palabra, porque, de lo contrario, no podría decir nada. En particular, quisiera subrayar aquí cuanto usted ha dicho acerca de que la pastoral no debería ser jamás una simple estrategia, un trabajo administrativo, sino que debería ser siempre un trabajo espiritual. Ciertamente, no puede faltar tampoco del todo lo otro, porque estamos en esta tierra y estos problemas existen: cómo administrar bien el dinero, etc.; también éste es un aspecto que no se puede descuidar totalmente.

El acento se debe poner fundamentalmente en que el ser pastor es en sí mismo un acto espiritual. Usted ha hecho alusión justamente al evangelio de san Juan, capítulo 10, donde el Señor se define

como buen Pastor. Y como primer momento definitivo, Jesús dice que el pastor precede, es decir, muestra el camino, hace antes lo que deben hacer los demás, emprende antes el camino, que es el camino para los demás. El pastor precede. Esto quiere decir que él mismo vive ante todo la palabra de Dios: es un hombre de oración, es hombre de perdón, es hombre que recibe y celebra los sacramentos como actos de oración y de encuentro con el Señor. Es un hombre de caridad, vivida y realizada. Y así todos los simples actos de coloquios, encuentros, todo lo que se debe hacer, se convierten en actos espirituales en comunión con Cristo. Su “*pro omnibus*” se convierte en nuestro “*pro meis*”.

De esta forma, es como precede, y me parece que en este preceder ya se ha dicho lo esencial. El capítulo 10 de san Juan refiere también que Jesús nos precede entregándose a sí mismo en la cruz. Y esto es también inevitable para el sacerdote. Este ofrecerse a sí mismo es una participación en la cruz de Cristo, y gracias a esto también nosotros podemos consolar de modo creíble a los que sufren, estar con los pobres, con los marginados, etc.

Por tanto, en este programa que usted ha desarrollado, la espiritualización del trabajo diario de la pastoral es fundamental. Es más fácil decirlo que hacerlo, pero debemos intentarlo; y para poder espiritualizar nuestro trabajo, debemos seguir de nuevo al Señor. Los evangelios nos dicen que de día trabajaba y por la noche estaba en el monte, con el Padre, y

rezaba. Debo confesar aquí mi debilidad: por la noche no puedo rezar; por la noche quisiera dormir. Sin embargo, se requiere un poco de tiempo libre para el Señor: la celebración de la misa, la oración de la liturgia de las Horas y la meditación diaria, aunque sea breve, y luego la liturgia y el rosario. Este coloquio personal con la palabra de Dios es importante; y sólo así podemos tener las reservas para responder a las exigencias de la vida pastoral.

Segundo punto: usted ha subrayado justamente la eclesiología del Concilio. Me parece que esta eclesiología la debemos interiorizar aún mucho más, sea la de la *Lumen gentium*, sea la de la *Ad gentes*, que es también un documento eclesiológico, sea también la de los documentos menores, y la de la *Dei Verbum*. Interiorizando esta visión también podemos atraer a nuestro pueblo hacia ella, para que comprenda que la Iglesia no es simplemente una gran estructura, una de esas entidades supranacionales que existen. La Iglesia, aun siendo un cuerpo, es cuerpo de Cristo y, por tanto, un cuerpo espiritual, como dice san Pablo. Es una realidad espiritual. Esto me parece muy importante: que la gente pueda ver que la Iglesia no es una organización supranacional, que no es un cuerpo administrativo o de poder, que no es una agencia social -aunque haga un trabajo social y supranacional-, sino que es un cuerpo espiritual.

Me parece que, al rezar con el pueblo, al escuchar juntos la palabra de Dios, al celebrar los sacramentos, al actuar con

Cristo en la caridad, etc., pero sobre todo en las homilías, debemos transmitir esta visión. En este sentido, creo que la homilía sigue siendo una ocasión maravillosa para estar cerca de la gente y comunicar la espiritualidad enseñada por el Concilio, y así creo que si la homilía ha crecido en la oración, en la escucha de la palabra de Dios, es comunicación del contenido de la palabra de Dios. El Concilio llega realmente a nuestra gente, no los fragmentos de prensa que han dado una imagen equivocada del Concilio, sino la verdadera realidad espiritual del Concilio. Y así, con el Concilio y con el espíritu del Concilio, interiorizando su visión, debemos aprender siempre de nuevo la palabra de Dios. Haciendo esto, podemos comunicarnos también con nuestra gente, y así hacer realmente un trabajo pastoral y espiritual.

6. El rector de la basílica de Santa Anastasia habló de la adoración eucarística perpetua y le pidió al Papa que explicara el valor de la reparación eucarística frente a los robos sacrílegos y a las sectas satánicas.

La adoración eucarística, ha penetrado realmente en nuestro corazón y penetra en el corazón del pueblo, por eso no hablamos en general de ello. Usted ha formulado esta pregunta específica sobre la reparación eucarística. Es un discurso que se ha hecho difícil. Recuerdo que cuando era joven, en la fiesta del Sagrado Corazón, se rezaba una hermosa oración de León XIII y también otra de Pío XI, en la que la reparación tenía un lugar particular, precisamente con referencia, ya en

aquel tiempo, a los actos sacrílegos que debían repararse.

Me parece que es necesario profundizar, llegar al Señor mismo, que ha ofrecido la reparación por el pecado del mundo, y buscar los modos de reparar, es decir, de establecer un equilibrio entre el *plus* del mal y el *plus* del bien. Así, en la balanza del mundo, no debemos dejar este gran *plus* en negativo, sino que tenemos que dar un peso al menos equivalente al bien. Esta idea fundamental se apoya en todo lo que Cristo hizo. Por lo que puedo entender, este es el sentido del sacrificio eucarístico. Contra este gran peso del mal que existe en el mundo y que abate al mundo, el Señor pone otro peso más grande, el del amor infinito que entra en este mundo. Éste es el punto importante: Dios es siempre el bien absoluto, pero este bien absoluto entra precisamente en el juego de la historia; Cristo se hace presente aquí y sufre a fondo el mal, creando así un contrapeso de valor absoluto. El *plus* del mal, que existe siempre si vemos sólo empíricamente las proporciones, es superado por el *plus* inmenso del bien, del sufrimiento del Hijo de Dios.

En este sentido, existe la reparación, que es necesaria. Me parece que hoy resulta un poco difícil comprender estas cosas. Si vemos el peso del mal en el mundo, que aumenta continuamente, que parece prevalecer absolutamente en la historia -como dice san Agustín en una meditación-, se podría incluso desesperar. Pero vemos que hay un *plus* aún mayor en el hecho de que Dios mismo ha entrado

en la historia, se ha hecho partícipe de la historia y ha sufrido a fondo. Éste es el sentido de la reparación. Este *plus* del Señor es para nosotros una llamada a ponernos de su parte, a entrar en este gran *plus* del amor y a manifestarlo, incluso con nuestra debilidad. Sabemos que también nosotros necesitábamos este *plus*, porque también en nuestra vida existe el mal. Todos vivimos gracias al *plus* del Señor. Pero nos hace este don para que, como dice la carta a los Colosenses, podamos asociarnos a su abundancia y, así, hagamos crecer aún más esta abundancia, concretamente en nuestro momento histórico.

La teología debería hacer más para comprender aún mejor esta realidad de la reparación. A lo largo de la historia no han faltado ideas equivocadas. He leído en estos días los discursos teológicos de san Gregorio Nacianceno, que en cierto momento, habla de este aspecto y se pregunta: ¿a quién ofreció el Señor su sangre? Dice: el Padre no quería la sangre del Hijo, el Padre no es cruel, no es necesario atribuir esto a la voluntad del Padre; pero la historia lo exigía, lo exigían la necesidad y los desequilibrios de la historia; se debía entrar en estos desequilibrios y recrear aquí el verdadero equilibrio. Esto es precisamente muy iluminador. Pero me parece que aún no poseemos suficientemente el lenguaje para comprender nosotros mismos este hecho y para hacerlo comprender después a los demás. No se debe ofrecer a un Dios cruel la sangre de Dios. Pero Dios mismo, con su amor, debe entrar en los sufrimientos de la his-

toria para crear no sólo un equilibrio, sino un *plus* de amor que es más fuerte que la abundancia del mal que existe. El Señor nos invita a esto.

Se trata de una realidad típicamente católica. Lutero dice: no podemos añadir nada. Y esto es verdad. Y también dice: por tanto, nuestras obras no cuentan nada. Y esto no es verdad. Porque la generosidad del Señor se muestra precisamente en el hecho de que nos invita a entrar, y da valor también a nuestro estar con él. Debemos aprender mejor todo esto y sentir la grandeza, la generosidad del Señor y la grandeza de nuestra vocación. El Señor quiere asociarnos a este gran *plus* suyo. Si comenzamos a comprenderlo, estaremos contentos de que el Señor nos invite a esto. Será la gran alegría de experimentar que el amor del Señor nos toma en serio.

7. Un profesor de la facultad de misionología de la Pontificia Universidad Urbaniana, que trabaja pastoralmente en la basílica de San Bartolomé de la Isla Tiberina, lugar memorial de los nuevos mártires del siglo XX, hizo una reflexión sobre la ejemplaridad y la capacidad atractiva de las figuras de los mártires en relación sobre todo con los jóvenes: desvelan la belleza de la fe cristiana y testimonian ante el mundo que es posible responder al mal con el bien fundamentando la vida en la fuerza de la esperanza. A esta reflexión el Papa no quiso añadir nada.

Los aplausos que hemos oído demuestran que usted mismo ya nos ha dado

amplias respuestas... Por tanto, a su pregunta simplemente podría responder: sí, es así como usted ha dicho. Y meditemos sus palabras.

8. Ante el problema del relativismo en la cultura contemporánea, un vicario parroquial pidió al Santo Padre una palabra iluminadora sobre la relación entre unidad de fe y pluralismo en teología.

¡Es una gran pregunta! Cuando aún era miembro de la Comisión teológica internacional afrontamos durante un año este problema. Fui el relator y, por tanto, lo recuerdo bastante bien. Y, sin embargo, me reconozco incapaz de explicar con pocas palabras esta cuestión. Quisiera decir solamente que la teología ha sido siempre múltiple. Pensemos en los Padres, en el Medioevo, la escuela franciscana, la escuela dominicana, luego en la Baja Edad Media, etc. Como hemos dicho, la palabra de Dios es siempre más grande que nosotros; por eso no podemos agotar jamás el alcance de esta Palabra, y se necesitan enfoques diversos, diversos tipos de reflexión.

Quisiera simplemente decir: es importante que el teólogo, por una parte, en su responsabilidad y en su capacidad profesional, trate de encontrar pistas que respondan a las exigencias y a los desafíos de nuestro tiempo; y, por otra, que sea siempre consciente de que todo esto se basa en la fe de la Iglesia y, por tanto, debe volver siempre a la fe de la Iglesia. Pienso que si un teólogo está arraigado personal y profundamente en la fe y

comprende que su trabajo es reflexión sobre la fe, logrará conciliar la unidad con la pluralidad.

9. La última intervención se centró en el arte sacro. La pregunta que se hizo al Papa fue si no se lo debe valorar más adecuadamente como medio de comunicación de la fe.

La respuesta podría ser muy simple: ¡sí! He llegado a vosotros con un poco de retraso, porque antes he visitado la capilla Paulina, en obras de restauración desde hace varios años. Me han dicho que durarán todavía dos años más. He podido ver un poco entre los andamios una parte de este arte maravilloso. Y vale la pena restaurarla bien, para que resplandezca de nuevo y sea una catequesis viva.

Con esto quería recordar que Italia es particularmente rica en arte, y el arte es un tesoro de catequesis inagotable, increíble. Para nosotros es también un deber conocerlo y comprenderlo bien. No como hacen algunas veces los historiadores del arte, que lo interpretan sólo formalmente, según la técnica artística. Más bien, debemos entrar en el contenido y hacer revivir el contenido que ha inspirado este gran arte. Me parece realmente un deber -también en la formación de los futuros sacerdotes- conocer estos tesoros y ser capaces de transformar en catequesis viva cuanto está presente en ellos y nos habla hoy a nosotros. Así, también la Iglesia podrá presentarse como un organismo no de opresión o de poder -como algunos quieren hacer ver-, sino de una

fecundidad espiritual irreplicable en la historia, o al menos, me atrevería a decir, como no puede encontrarse fuera de la Iglesia católica. Este es también un signo de la vitalidad de la Iglesia, que, con todas sus debilidades y también con sus pecados, sigue siendo siempre una gran realidad espiritual, una inspiradora que nos ha dado toda esta riqueza.

Por tanto, es un deber para nosotros entrar en esta riqueza y ser capaces de convertirnos en intérpretes de este arte. Esto vale sea para el arte pictórico y escultórico, sea para la música sacra, que es un sector del arte que merece ser vivificado. El Evangelio vivido de diversos modos es aún hoy una fuerza inspiradora que nos da y nos dará arte. También hoy, sobre todo, hay esculturas bellísimas, que demuestran que la fecundidad de la fe y del Evangelio no se ha agotado; hoy hay también composiciones musicales... Me parece que se puede subrayar una situación, podemos decir, contradictoria del arte, una situación también un poco desesperada del arte. También hoy la Iglesia inspira, porque la fe y la palabra de Dios son inagotables. Y esto nos da ánimo a todos. Nos da la esperanza de que también el mundo futuro tendrá nuevas visiones de la fe y, al mismo tiempo, la certeza de que los dos mil años de arte cristiano que han transcurrido están siempre vivos y son siempre un “hoy” de la fe.

Gracias por vuestra paciencia y por vuestra atención. ¡Os deseo una buena Cuaresma!

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
General de la Academia
Pontificia para la vida**

Sábado 24 de febrero de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Es para mí una verdadera alegría recibir en esta audiencia tan numerosa a los miembros de la Academia pontificia para la vida, reunidos con ocasión de la XIII asamblea general; y a los que han querido participar en el congreso que tiene por tema: “La conciencia cristiana en apoyo del derecho a la vida”. Saludo al señor cardenal Javier Lozano Barragán, a los arzobispos y obispos presentes, a los hermanos sacerdotes, a los relatores del congreso, y a todos vosotros, que habéis venido de diversos países.

Saludo en particular al arzobispo Elio Sgreccia, presidente de la Academia pontificia para la vida, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido, así como el trabajo que lleva a cabo, junto con el vicepresidente, el canciller y los miembros del consejo directivo, para realizar las delicadas y vastas tareas de la Academia pontificia.

El tema que habéis propuesto a la atención de los participantes, y por tanto también de la comunidad eclesial y de la opinión pública, es de gran importancia, pues la conciencia cristiana tiene necesidad interna de alimentarse y fortalecerse con las

múltiples y profundas motivaciones que militan en favor del derecho a la vida. Es un derecho que debe ser reconocido por todos, porque es el derecho fundamental con respecto a los demás derechos humanos. Lo afirma con fuerza la encíclica *Evangelium vitae*: “Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. *Rm* 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política” (n. 2).

La misma encíclica recuerda que “los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho, conscientes de la maravillosa verdad recordada por el concilio Vaticano II: “El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gaudium et spes*, 22). En efecto, en este acontecimiento salvífico se revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios, que “tanto amó al mundo que dio a su Hijo único” (*Jn* 3, 16), sino también el valor incomparable de cada persona humana” (*ib.*).

Por eso, el cristiano está continuamente llamado a movilizarse para afrontar los múltiples ataques a que está expuesto el derecho a la vida. Sabe que en eso puede contar con motivaciones que tienen raí-

ces profundas en la ley natural y que, por consiguiente, pueden ser compartidas por todas las personas de recta conciencia.

Desde esta perspectiva, sobre todo después de la publicación de la encíclica *Evangelium vitae*, se ha hecho mucho para que los contenidos de esas motivaciones pudieran ser mejor conocidos en la comunidad cristiana y en la sociedad civil, pero hay que admitir que los ataques contra el derecho a la vida en todo el mundo se han extendido y multiplicado, asumiendo nuevas formas.

Son cada vez más fuertes las presiones para la legalización del aborto en los países de América Latina y en los países en vías de desarrollo, también recurriendo a la liberalización de las nuevas formas de aborto químico bajo el pretexto de la salud reproductiva: se incrementan las políticas del control demográfico, a pesar de que ya se las reconoce como perniciosas, incluso en el ámbito económico y social.

Al mismo tiempo, en los países más desarrollados aumenta el interés por la investigación biotecnológica más refinada, para instaurar métodos sutiles y extendidos de eugenesia hasta la búsqueda obsesiva del “hijo perfecto”, con la difusión de la procreación artificial y de diversas formas de diagnóstico encaminadas a garantizar su selección. Una nueva ola de eugenesia discriminatoria consigue consensos en nombre del presunto bienestar de los individuos y, especialmente en los países de mayor bienestar económico, se promueven leyes para legalizar la eutanasia.

Todo esto acontece mientras, en otra vertiente, se multiplican los impulsos para legalizar convivencias alternativas al matrimonio y cerradas a la procreación natural. En estas situaciones la conciencia, a veces arrollada por los medios de presión colectiva, no demuestra suficiente vigilancia sobre la gravedad de los problemas que están en juego, y el poder de los más fuertes debilita y parece paralizar incluso a las personas de buena voluntad.

Por esto, resulta aún más necesario apelar a la conciencia y, en particular, a la conciencia cristiana. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “la conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la calidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho. En todo lo que dice y hace, el hombre está obligado a seguir fielmente lo que sabe que es justo y recto” (n. 1778).

Esta definición pone de manifiesto que la conciencia moral, para poder guiar recatemente la conducta humana, ante todo debe basarse en el sólido fundamento de la verdad, es decir, debe estar iluminada para reconocer el verdadero valor de las acciones y la consistencia de los criterios de valoración, de forma que sepa distinguir el bien del mal, incluso donde el ambiente social, el pluralismo cultural y los intereses superpuestos no ayuden a ello.

La formación de una conciencia *verdadera*, por estar fundada en la verdad, y *recta*, por estar decidida a seguir sus dictámenes, sin contradicciones, sin traiciones

y sin componendas, es hoy una empresa difícil y delicada, pero imprescindible. Y es una empresa, por desgracia, obstaculizada por diversos factores. Ante todo, en la actual fase de la secularización llamada post-moderna y marcada por formas discutibles de tolerancia, no sólo aumenta el rechazo de la tradición cristiana, sino que se desconfía incluso de la capacidad de la razón para percibir la verdad, y a las personas se las aleja del gusto de la reflexión.

Según algunos, incluso la conciencia individual, para ser libre, debería renunciar tanto a las referencias a las tradiciones como a las que se fundamentan en la razón. De esta forma la conciencia, que es acto de la razón orientado a la verdad de las cosas, deja de ser luz y se convierte en un simple telón de fondo sobre el que la sociedad de los medios de comunicación lanza las imágenes y los impulsos más contradictorios.

Es preciso volver a educar en el deseo del conocimiento de la verdad auténtica, en la defensa de la propia libertad de elección ante los comportamientos de masa y ante las seducciones de la propaganda, para alimentar la pasión de la belleza moral y de la claridad de la conciencia. Esta delicada tarea corresponde a los padres de familia y a los educadores que los apoyan; y también es una tarea de la comunidad cristiana con respecto a sus fieles.

Por lo que atañe a la conciencia cristiana, a su crecimiento y a su alimento, no podemos contentarnos con un fugaz contacto con las principales verdades de

fe en la infancia; es necesario también un camino que acompañe las diversas etapas de la vida, abriendo la mente y el corazón a acoger los deberes fundamentales en los que se basa la existencia tanto del individuo como de la comunidad.

Sólo así será posible ayudar a los jóvenes a comprender los valores de la vida, del amor, del matrimonio y de la familia. Sólo así se podrá hacer que aprecien la belleza y la santidad del amor, la alegría y la responsabilidad de ser padres y colaboradores de Dios para dar la vida. Si falta una formación continua y cualificada, resulta aún más problemática la capacidad de juicio en los problemas planteados por la biomedicina en materia de sexualidad, de vida naciente, de procreación, así como en el modo de tratar y curar a los enfermos y de atender a las clases débiles de la sociedad.

Ciertamente, es necesario hablar de los criterios morales que conciernen a estos temas con profesionales, médicos y juristas, para comprometerlos a elaborar un juicio competente de conciencia y, si fuera el caso, también una valiente objeción de conciencia, pero en un nivel más básico existe esa misma urgencia para las familias y las comunidades parroquiales, en el proceso de formación de la juventud y de los adultos.

Bajo este aspecto, junto con la formación cristiana, que tiene como finalidad el conocimiento de la persona de Cristo, de su palabra y de los sacramentos, en el itinerario de fe de los niños y de los ado-

lescentes es necesario promover coherentemente los valores morales relacionados con la corporeidad, la sexualidad, el amor humano, la procreación, el respeto a la vida en todos los momentos, denunciando a la vez, con motivos válidos y precisos, los comportamientos contrarios a estos valores primarios. En este campo específico, la labor de los sacerdotes deberá ser oportunamente apoyada por el compromiso de educadores laicos, incluyendo especialistas, dedicados a la tarea de orientar las realidades eclesiales con su ciencia iluminada por la fe.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, pido al Señor que os mande a vosotros, y a quienes se dedican a la ciencia, a la medicina, al derecho y a la política, testigos que tengan una conciencia verdadera y recta, para defender y promover el “esplendor de la verdad”, en apoyo del don y del misterio de la vida. Confío en vuestra ayuda, queridos profesionales, filósofos, teólogos, científicos y médicos. En una sociedad a veces ruidosa y violenta, con vuestra cualificación cultural, con la enseñanza y con el ejemplo, podéis contribuir a despertar en muchos corazones la voz elocuente y clara de la conciencia.

“El hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón -nos enseñó el concilio Vaticano II-, en cuya obediencia está la dignidad humana y según la cual será juzgado” (*Gaudium et spes*, 16). El Concilio dio sabias orientaciones para que “los fieles aprendan a distinguir cuidadosamente entre los derechos y deberes que tienen como miembros de la

Iglesia y los que les corresponden como miembros de la sociedad humana” y “se esfuercen por integrarlos en buena armonía, recordando que en cualquier cuestión temporal han de guiarse por la conciencia cristiana, pues ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios” (*Lumen gentium*, 36).

Por esta razón, el Concilio exhorta a los laicos creyentes a acoger “lo que los sagrados pastores, representantes de Cristo, decidan como maestros y jefes en la Iglesia”; y, por otra parte, recomienda “que los pastores reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia, se sirvan de buena gana de sus prudentes consejos” y concluye que “de este trato familiar entre los laicos y los pastores se pueden esperar muchos bienes para la Iglesia” (*ib.*, 37).

Cuando está en juego el valor de la vida humana, esta armonía entre función magisterial y compromiso laical resulta singularmente importante: la vida es el primero de los bienes recibidos de Dios y es el fundamento de todos los demás; garantizar el derecho a la vida a todos y de manera igual para todos es un deber de cuyo cumplimiento depende el futuro de la humanidad. También desde este punto de vista resalta la importancia de vuestro encuentro de estudio.

Encomiendo sus trabajos y resultados a la intercesión de la Virgen María, a quien la tradición cristiana saluda como la ver-

dadera “Madre de todos los vivientes”. Que ella os asista y os guíe. Como prenda de este deseo, os imparto a todos vosotros, a vuestros familiares y colaboradores, la bendición apostólica.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
al final de los Ejercicios Espirituales**

*Capilla “Redemptoris Mater” Sábado 3
de marzo de 2007*

Señor cardenal:

En nombre de todos los que nos encontramos aquí reunidos, le agradezco de corazón la maravillosa anagogía que nos ha dado durante esta semana.

En la santa misa, antes de la plegaria eucarística, cada día respondemos a la invitación “Levantemos el corazón” con las palabras: “Lo tenemos levantado hacia el Señor”. Y me temo que esta respuesta a menudo sea más ritual que existencial. Pero en esta semana realmente usted nos ha enseñado a elevar nuestro corazón, a subir hacia lo invisible, hacia la realidad verdadera. Y nos ha dado también la clave para responder cada día a los desafíos de esta realidad.

Durante su primera conferencia me di cuenta de que en las incrustaciones de mi reclinatorio está representado Cristo resucitado, rodeado de ángeles que vuelan. Pensé que esos ángeles pueden volar

porque no se encuentran en la gravitación de las cosas materiales de la tierra, sino en la gravitación del amor del Resucitado, y que nosotros podríamos volar si saliéramos de la gravitación de lo material y entráramos en la gravitación nueva del amor del Resucitado.

Usted nos ha ayudado realmente a salir de esta gravitación de las cosas de cada día y a entrar en la gravitación del Resucitado, subiendo así a las alturas. Por eso le damos las gracias.

También quisiera expresarle mi agradecimiento porque nos ha ofrecido análisis muy acertados y precisos de nuestra situación actual y sobre todo nos ha mostrado cómo detrás de muchos fenómenos de nuestro tiempo, aparentemente muy lejanos de la religión y de Cristo, hay una pregunta, una espera, un deseo; y que la única respuesta verdadera a este deseo, omnipresente precisamente en nuestro tiempo, es Cristo.

Así usted nos ha ayudado a seguir con mayor valentía a Cristo y a amar más a la Iglesia, la *“Immaculata ex maculatis”*, como usted nos ha enseñado con palabras de san Ambrosio.

Por último, quisiera darle las gracias por su realismo, por su humorismo y por su concreción; incluso por la teología un poco audaz de una de sus asistentes: no me atrevería a someter esas palabras -”el Señor tal vez tiene sus defectos”- al juicio de la Congregación para la doctrina de la fe. Pero, en cualquier caso, hemos aprendido: y sus

pensamientos, señor cardenal, nos acompañarán no sólo en las próximas semanas.

Lo encomendamos en nuestras oraciones.

Muchas gracias.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a los miembros del Comité Científico
y del Comité Ejecutivo del
Instituto “Pablo VI” de Brescia**

Sábado 3 de marzo de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros a cada uno de vosotros, que formáis parte del comité científico y del comité ejecutivo del Instituto “Pablo VI”, promovido por la “Obra para la educación cristiana” de Brescia con el fin de fomentar el estudio de la vida, del pensamiento y de la actividad de este inolvidable Pontífice.

Os saludo a todos cordialmente, comenzando por los señores cardenales presentes. En particular, saludo al doctor Giuseppe Camadini, y le agradezco las palabras que me ha dirigido en su calidad de presidente de vuestro Instituto. Dirijo, además, un saludo especial a monseñor Giulio Sanguineti, obispo de la diócesis en la que mi venerado predecesor nació, fue bautizado y ordenado sacerdote. Le

agradezco también todo lo que hace para sostener y acompañar de forma autorizada la actividad de una institución tan benemérita. Gracias, queridos amigos, por haberme obsequiado con un ejemplar de todas las publicaciones que habéis editado hasta ahora. Se trata de una serie muy amplia de volúmenes, que testimonian el notable trabajo que habéis realizado durante más de 25 años.

Como se ha dicho, tuve ocasión de conocer la actividad de vuestro Instituto. He admirado su fidelidad al Magisterio, así como su intención de honrar a un gran Pontífice, cuyo anhelo apostólico procuráis destacar gracias a un riguroso trabajo de investigación y a iniciativas de elevada calidad científica y eclesial. Al siervo de Dios, Pablo VI, me siento muy vinculado personalmente por la confianza que me demostró al nombrarme arzobispo de Munich y, tres meses después, incluyéndome en el Colegio cardenalicio, en 1977.

Fue llamado por la divina Providencia a guiar la barca de Pedro en un período histórico marcado por muchos desafíos y problemas. Al repasar con el pensamiento los años de su pontificado, impresiona el celo misionero que lo animó y lo impulsó a emprender arduos viajes apostólicos, incluso a naciones lejanas, y a realizar gestos proféticos de amplio alcance eclesial, misionero y ecuménico. Fue el primer Papa en viajar a la tierra donde Cristo vivió y de la que partió Pedro para venir a Roma. Aquella visita, sólo seis meses después de su elección como Supremo Pastor del pueblo de Dios y mientras se estaba ce-

lebrando el concilio ecuménico Vaticano II, revistió un claro significado simbólico. Indicó a la Iglesia que el camino de su misión consiste en seguir las huellas de Cristo. Esto fue precisamente lo que el Papa Pablo VI trató de hacer durante su ministerio petrino, que desempeñó siempre con sabiduría y prudencia, con plena fidelidad al mandato del Señor.

En efecto, el secreto de la acción pastoral que Pablo VI llevó a cabo con incansable entrega, tomando a veces decisiones difíciles e impopulares, radica precisamente en su amor a Cristo, un amor que vibra con expresiones conmovedoras en todas sus enseñanzas. Su alma de Pastor estaba totalmente impregnada de celo misionero, alimentado por un sincero deseo de diálogo con la humanidad. Su invitación profética, repetida muchas veces, a renovar el mundo atormentado por inquietudes y violencias mediante “la civilización del amor”, nacía de su total confianza en Jesús, Redentor del hombre.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, aquellas palabras que también yo, entonces presente como perito en el concilio Vaticano II, escuché en la basílica vaticana en la inauguración de la segunda sesión, el 29 de septiembre de 1963? “Cristo, nuestro principio -proclamó Pablo VI con íntima emoción, y oigo aún su voz-; Cristo, nuestro camino y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término. (...) Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, nuestro

único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles” (*Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 1968, p. 1045). Y hasta su último suspiro, su pensamiento, sus energías y su acción fueron para Cristo y para su Iglesia.

El nombre de este Pontífice, cuya grandeza la opinión pública mundial comprendió precisamente con ocasión de su muerte, sigue unido sobre todo al concilio Vaticano II. En efecto, aunque fue Juan XXIII quien lo convocó e inició, le tocó a él, su sucesor, llevarlo a término con mano experta, delicada y firme. No menos arduo fue para el Papa Montini gobernar la Iglesia en el período posconciliar. No se dejó condicionar por incomprensiones y críticas, aunque tuvo que soportar sufrimientos y ataques, a veces violentos, pero en todas las circunstancias fue firme y prudente timonel de la barca de Pedro.

Con el paso de los años resulta cada vez más evidente la importancia de su pontificado para la Iglesia y para el mundo, así como el valor de su alto magisterio, en el que se han inspirado sus Sucesores, y al que también yo sigo haciendo referencia. Por tanto, me complace aprovechar esta circunstancia para rendirle homenaje, a la vez que os animo, queridos amigos, a proseguir el trabajo que habéis emprendido desde hace tiempo.

Haciendo mía la exhortación que os dirigió el amado Papa Juan Pablo II, os repito de buen grado: “Estudiad con amor a

Pablo VI (...); estudiadlo con rigor científico (...); estudiadlo con la convicción de que su herencia espiritual continúa enriqueciendo a la Iglesia y puede alimentar la conciencia de los hombres de hoy, tan necesitados de “palabras de vida eterna” (*Discurso al Instituto Pablo VI de Brescia*, 26 de enero de 1980, n. 2: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de febrero de 1980, p. 20).

Queridos hermanos y hermanas, gracias una vez más por vuestra visita; os aseguro un recuerdo en la oración y os bendigo con afecto a vosotros, a vuestras familias y todas las iniciativas del Instituto Pablo VI de Brescia.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a los socios del Círculo San Pedro**

Jueves 8 de marzo de 2007

Queridos amigos:

Gracias por vuestra presencia en este encuentro, con el que queréis renovar los sentimientos de afecto y devoción que unen a vuestra Asociación con el Sucesor del apóstol Pedro. Os saludo a todos cordialmente. Saludo a los miembros de la presidencia general de vuestro benemérito Círculo y de modo especial al presidente, don Leopoldo de los duques Torlonia, al que expreso mi gratitud también por las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre, ilustrándome vuestras actividades litúr-

gicas y caritativas. Extiendo mi saludo a vuestro consiliario, a vuestras familias y a cuantos de diferentes modos participan en las actividades que organizáis.

De acuerdo con una larga tradición, esta cita anual tiene lugar en relación con la fiesta de la Cátedra de San Pedro, para subrayar la peculiar fidelidad a la Santa Sede que queréis que distinga a vuestro Círculo, y para entregar al Papa la colecta del tradicional Óbolo de san Pedro, que realizáis en las parroquias y en las instituciones de la diócesis de Roma.

La antigua práctica del Óbolo de san Pedro, que en cierto modo ya se efectuaba en las primeras comunidades cristianas, brota de la certeza de que todos los fieles están llamados a sostener también materialmente la obra de evangelización y, al mismo tiempo, a ayudar con generosidad a los pobres y a los necesitados, recordando las palabras de Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt* 25, 40). Como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*, gracias a que se compartían los bienes materiales, “no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los Apóstoles” (*Hch* 4, 34 s); y también: “Los discípulos determinaron enviar algunos recursos, según las posibilidades de cada uno, para los hermanos que vivían en Judea” (*Hch* 11, 29).

Esta práctica eclesial ha ido desarrollándose con el paso de los siglos, adaptándose

se a las diversas exigencias de los tiempos, y prosigue también ahora. En efecto, en cada diócesis, en cada parroquia y comunidad religiosa se recoge anualmente el Óbolo de san Pedro, que después se envía al centro de la Iglesia para ser redistribuido según las necesidades y las peticiones que llegan al Papa desde todas las partes de la tierra.

En la historia de la Iglesia ha habido momentos en los que la ayuda económica de los cristianos al Sucesor de Pedro ha sido particularmente significativa, como podemos comprender fácilmente, por ejemplo, leyendo lo que escribió el beato Papa Pío IX en la encíclica *Saepe venerabilis*, del 5 de agosto de 1871: “Llegó a Nosotros, más abundante de lo acostumbrado, el Óbolo, con el que pobres y ricos se han esforzado por socorrernos en la pobreza que Nos han provocado; a él se han añadido numerosos, diversos y nobilísimos dones, y un espléndido tributo de las artes cristianas y de los ingenios, particularmente apto para poner de relieve la doble potestad, espiritual y real, que Dios Nos ha concedido” (*Ench. Enc.*, 2, n. 452, p. 609).

También en nuestro tiempo, la Iglesia sigue difundiendo el Evangelio y cooperando en la construcción de una humanidad más fraterna y solidaria. Precisamente también gracias al Óbolo de san Pedro le es posible cumplir esta misión de evangelización y promoción humana. Por eso, os agradezco vuestro compromiso de recoger, como ha subrayado vuestro presidente, los donativos de los romanos, signo de su

gratitud por la acción pastoral y caritativa del Sucesor de Pedro.

Sé que os impulsan el celo y la generosidad. Que el Señor os recompense y haga fructuoso el servicio eclesial que prestáis, y que os ayude también a realizar todas las iniciativas de vuestro Círculo. Entre estas, me complace recordar especialmente el valioso servicio que prestáis desde hace más de seis años con el *Hospicio del Sagrado Corazón*, donde la presencia diaria de vuestros voluntarios ofrece ayuda a los enfermos y a sus familiares: vuestro testimonio de amor a la vida humana, que merece atención y respeto hasta su último suspiro, es silencioso pero muy elocuente.

Queridos amigos, estamos en el tiempo cuaresmal, durante el cual la liturgia nos recuerda que, además del compromiso de la oración y del ayuno, debemos prestar atención a los hermanos, especialmente a los que se encuentran en dificultades, acudiendo en su ayuda con gestos y obras de apoyo material y espiritual.

Os repito hoy la invitación que dirigí a todos los cristianos en el Mensaje para la Cuaresma, es decir, el deseo de que este tiempo litúrgico sea para todos “una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que también nosotros cada día debemos “volver a dar” al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de febrero de 2007, p. 4).

Al mismo tiempo que os expreso una vez más mi agradecimiento por vuestra visita, os animo a proseguir con entusiasmo vuestras actividades caritativas y el servicio de honor y de acogida a los fieles, que prestáis en la basílica vaticana y durante las celebraciones presididas por el Papa. Os encomiendo a la protección materna de María, a quien invocáis como *Salus populi romani*. Con estos sentimientos, asegurándoos un recuerdo en la oración por vosotros y por vuestras iniciativas, os imparto a todos una especial bendición apostólica.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a la Asamblea Plenaria del
Consejo Pontificio para las
Comunicaciones Sociales**

Viernes 9 de marzo de 2007

*Eminencias; queridos hermanos en el
episcopado; queridos hermanos y hermanas
en Cristo:*

Me alegra acogeros hoy en el Vaticano con ocasión de la asamblea plenaria anual del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales. Agradezco, ante todo, al arzobispo mons. Foley, presidente del Consejo, sus amables palabras de saludo. Deseo expresar a todos mi gratitud por vuestro compromiso en el apostolado de las comunicaciones sociales, cuya importancia no puede subestimarse en nuestro mundo cada vez más tecnológico.

El campo de las comunicaciones sociales cambia continuamente. Mientras los medios de comunicación de prensa se esfuerzan por mantener su difusión, los demás medios, como la radio, la televisión e internet se están desarrollando con una rapidez extraordinaria. En el trasfondo de la globalización, este influjo de los medios electrónicos coincide con su concentración cada vez mayor en manos de algunas multinacionales, cuya influencia se extiende a todos los ámbitos sociales y culturales.

¿Cuáles han sido los resultados y los efectos de este incremento en los medios de comunicación social y en la industria del entretenimiento? Sé que esta pregunta requiere mucha atención por vuestra parte. En efecto, teniendo en cuenta el gran influjo que ejercen los medios de comunicación social para modelar la cultura, eso atañe a todos los que se interesan en serio por el bienestar de la sociedad civil.

No cabe duda de que los diversos componentes de los medios de comunicación social han aportado un gran beneficio a la civilización. Basta pensar en los excelentes documentales e informativos, en el sano entretenimiento, así como en los debates y las entrevistas que ayudan a reflexionar. Además, con respecto a internet, es preciso reconocer que ha abierto un mundo de conocimiento y de aprendizaje al que antes muchos, si no todos, tenían difícilmente acceso. Estas contribuciones al bien común merecen aplauso y han de estimularse.

Por otro lado, también es evidente que mucho de lo que se transmite, de varias formas, a las casas de millones de familias en todo el mundo es destructor. La Iglesia, iluminando con la luz de la verdad de Cristo esas sombras, engendra esperanza. Intensifiquemos nuestros esfuerzos por impulsar a todos a poner la lámpara sobre el candelero a fin de que ilumine a todos en la casa, en la escuela y en la sociedad (cf. *Mt* 5, 15-16).

A este respecto, mi Mensaje para la Jornada de las comunicaciones sociales de este año llama la atención hacia la relación entre los medios de comunicación social y los jóvenes. Mi preocupación no difiere de la de cualquier madre, padre, profesor o ciudadano responsable. Todos reconocemos que “la belleza, que es como un espejo de lo divino, inspira y vivifica el corazón y la mente de los jóvenes, mientras que la fealdad y la vulgaridad tienen un impacto deprimente en las actitudes y en el comportamiento” (n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 2 de febrero de 2007, p. 5). Por tanto, es grave la responsabilidad de introducir y educar a los niños y a los jóvenes en la belleza, en la verdad y en la bondad. Las multinacionales de medios de comunicación sólo pueden sostenerla en la medida en que promuevan la dignidad humana fundamental, el valor auténtico del matrimonio y de la vida familiar, así como los resultados positivos y las metas de la humanidad.

Apelo, una vez más, a los responsables de la industria de los medios de comu-

nicación social, para que impulsen a los productores a salvaguardar el bien común, sostener la verdad, proteger la dignidad humana individual y promover el respeto a las necesidades de la familia.

A la vez que os animo a todos vosotros, aquí reunidos hoy, confío en que os esforzaréis por garantizar que los frutos de vuestras reflexiones y de vuestros estudios sean efectivamente compartidos con las Iglesias particulares a través de las parroquias, las escuelas y las instituciones diocesanas.

A todos vosotros, a vuestros compañeros y a los miembros de vuestras familias que están en casa imparto mi bendición apostólica.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
al final del rezo del Santo Rosario,
en la V Jornada Europea
de los universitarios**

Sábado 10 de marzo de 2007

Queridos jóvenes universitarios:

Me alegra mucho dirigiros mi cordial saludo al final de la Vigilia mariana que el Vicariato de Roma ha organizado con ocasión de la Jornada europea de los universitarios. Expreso mi agradecimiento al cardenal Camillo Ruini y a mons. Lorenzo Leuzzi, así como a todos los que han cooperado en la iniciativa: las instituciones

académicas, los Conservatorios de música, el Ministerio de Universidades e investigación, el Ministerio de comunicaciones. Felicito a los directores de la orquesta y del gran coro, y a vosotros, queridos músicos y miembros del coro.

Al acogeros a vosotros, amigos de Roma, mi pensamiento se dirige con igual afecto a vuestros coetáneos que, gracias a las conexiones de radio y televisión, han podido participar en este momento de oración y reflexión desde varias ciudades de Europa y Asia: Praga, Calcuta, Hong Kong, Bolonia, Cracovia, Turín, Manchester, Manila, Coimbra, Tirana e Islamabad-Rawalpindi. Realmente, esta “red”, realizada con la colaboración del Centro televisivo vaticano, de Radio Vaticano y de Telespazio, es un signo de los tiempos, un signo de esperanza.

Es una “red” que demuestra todo su valor si consideramos el tema de esta vigilia: “La caridad intelectual, camino para una nueva cooperación entre Europa y Asia”. Es sugestivo pensar en la caridad intelectual como fuerza del espíritu humano, capaz de unir los itinerarios formativos de las nuevas generaciones. Más globalmente, la caridad intelectual puede unir el camino existencial de jóvenes que, aun viviendo a gran distancia unos de otros, logran sentirse vinculados en el ámbito de la búsqueda interior y del testimonio.

Esta tarde realizamos un puente ideal entre Europa y Asia, continente de riquísimas tradiciones espirituales, donde se han desarrollado algunas de las más an-

tiguas y nobles tradiciones culturales de la humanidad. Por consiguiente, es muy significativo este encuentro. Los jóvenes universitarios de Roma se hacen promotores de fraternidad con la caridad intelectual, fomentan una solidaridad que no se basa en intereses económicos o políticos, sino sólo en el estudio y la búsqueda de la verdad. En definitiva, nos situamos en la auténtica perspectiva “universitaria”, es decir, en la perspectiva de la comunidad del saber, que ha sido uno de los elementos constitutivos de Europa. ¡Gracias, queridos jóvenes!

Me dirijo ahora a los que están en conexión con nosotros desde las diversas ciudades y naciones.

(*en checo*) Queridos jóvenes que estáis reunidos en Praga: que la amistad con Cristo ilumine siempre vuestro estudio y vuestro crecimiento personal.

(*en inglés*) Queridos universitarios de Calcuta, Hong Kong, Islamabad-Rawalpindi, Manchester y Manila: testimonio que Jesucristo no nos quita nada, sino que lleva a hacer realidad nuestros más profundos anhelos de vida y verdad.

(*en polaco*) Queridos amigos de Cracovia: conservad siempre como un tesoro las enseñanzas que el venerado Papa Juan Pablo II dejó a los jóvenes y, de modo especial, a los universitarios.

(*en portugués*) Queridos estudiantes de la universidad de Coimbra: que la Virgen María, Sede de la Sabiduría, sea vuestra

guía, para que seáis verdaderos discípulos y testigos de la Sabiduría cristiana.

(*en albanés*) Queridos jóvenes de Tirana: comprometeos para construir como protagonistas la nueva Albania, recurriendo a las raíces cristianas de Europa.

(*en italiano*) Queridos estudiantes de las universidades de Bolonia y Turín: nunca dejéis de dar vuestra contribución original y creativa a la construcción del nuevo humanismo, basado en el diálogo fecundo entre la fe y la razón.

Queridos amigos, estamos viviendo el tiempo de Cuaresma, y la liturgia nos exhorta continuamente a fortalecer nuestro seguimiento de Cristo. También esta Vigilia, según la tradición de la Jornada mundial de la juventud, puede considerarse una etapa de la peregrinación espiritual guiada por la cruz. Y el misterio de la cruz no está separado del tema de la caridad intelectual, más aún, lo ilumina. La sabiduría cristiana es sabiduría de la cruz: los estudiantes, y con mayor razón los profesores cristianos, interpretan todas las realidades a la luz del misterio de amor de Dios, que tiene en la cruz su revelación más alta y perfecta.

Una vez más, queridos jóvenes, os encomiendo la cruz de Cristo: acogedla, abrazadla, seguidla. Es el árbol de la vida. Junto a ella podéis encontrar siempre a María, la Madre de Jesús. Como ella, Sede de la Sabiduría, fijad vuestra mirada en Aquél que por nosotros fue traspasado (cf. *Jn* 19, 37); contemplad el manantial

inagotable del amor y de la verdad, y también vosotros podréis llegar a ser discípulos y testigos llenos de alegría.

Es el deseo que os expreso a cada uno. Lo acompaño de corazón con la oración y con mi bendición, que de buen grado extiendo a todos vuestros seres queridos.

Palabras del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a los empleados de la
Fábrica de San Pedro

Miércoles 14 de marzo de 2007

*Venerados hermanos en el episcopado;
queridos amigos:*

Me alegra mucho este encuentro con vosotros, que tiene lugar en la sede de una antigua e ilustre institución pontificia: la Fábrica de San Pedro. Saludo ante todo al arzobispo mons. Angelo Comastri, arcipreste de la basílica de San Pedro y vuestro presidente, que se ha hecho intérprete de los sentimientos comunes.

Saludo asimismo al obispo mons. Vittorio Lanzani, delegado de la misma Fábrica, y a cada uno de vosotros. Trabajáis en un lugar, la veneranda basílica del Apóstol, que es el corazón de la Iglesia católica: un corazón que late, gracias al Espíritu Santo que lo mantiene siempre vivo, pero también gracias a la actividad de quienes diariamente lo hacen funcionar.

Hace poco se celebró el V centenario de la colocación de la primera piedra de la segunda basílica vaticana, como recordó mons. Comastri. Cinco siglos, y a pesar de todo sigue siempre viva y joven; no es un museo, es un organismo espiritual, y también las piedras participan de esta vitalidad. Vosotros, los que trabajáis aquí, sois “piedras vivas”, como escribía el apóstol san Pedro, piedras vivas del edificio espiritual que es la Iglesia.

Me complace este encuentro, aunque breve, con el que en cierto modo se clausuran las celebraciones del V centenario de la basílica vaticana, donde realizáis concretamente vuestro trabajo. Quisiera aprovechar la ocasión para recordar, en este momento, a todos vuestros compañeros que os han precedido en los quinientos años pasados. A vosotros os expreso mi gratitud por lo que hacéis, con empeño y competencia, para que este “corazón” de la Iglesia, como decía antes, pueda seguir “latiendo” con perenne vitalidad: atrayendo a sí a hombres y mujeres del mundo entero y ayudándoles a realizar una experiencia espiritual que marque su vida.

En efecto, gracias a vuestra contribución, casi siempre oculta pero siempre oportuna, numerosas personas, peregrinos de todas las partes del mundo, pueden vivir con fruto su peregrinación, o simplemente su visita a la basílica vaticana, y llevar consigo en el corazón un mensaje de fe y de esperanza, no sólo la certeza de haber visto grandes obras de arte, sino también de haberse encontrado con la Iglesia viva, con el apóstol Pedro y, en definitiva, con

Cristo. Nuevamente os doy las gracias y os animo: realizad siempre vuestro trabajo como un acto de amor a la Iglesia, a san Pedro y, por tanto, a Cristo.

A todos vosotros y a vuestros seres queridos os encomiendo a la protección especial de san Pedro. Y, a la vez que os aseguro mi recuerdo en la oración y os pido que también vosotros oréis por mí, os bendigo de corazón.

**Discurso del Santo Padre,
Benedicto XVI,
a los participantes en un curso
sobre el fuero interno organizado por
la Penitenciaría Apostólica**

Viernes 16 de marzo de 2007

*Señor cardenal; venerados hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio:*

Me alegra acogeros hoy y dirijo mi cordial saludo a cada uno de vosotros, participantes en el curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría apostólica. En primer lugar saludo al señor cardenal James Francis Stafford, penitenciario mayor, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido; al obispo Gianfranco Girotti, regente de la Penitenciaría; y a todos los presentes.

Este encuentro me brinda la oportunidad de reflexionar juntamente con vosotros sobre la importancia del sacramento de la Penitencia también en nuestro tiem-

po y de reafirmar la necesidad de que los sacerdotes se preparen para administrarlo con devoción y fidelidad, para alabanza de Dios y para la santificación del pueblo cristiano, como prometen al obispo en el día de su ordenación presbiteral.

En efecto, se trata de una de las tareas características del peculiar ministerio que están llamados a desempeñar “*in persona Christi*”. Con los gestos y las palabras sacramentales, los sacerdotes hacen visible sobre todo el amor de Dios, que en Cristo se reveló en plenitud. Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*, al administrar el sacramento del perdón y de la reconciliación, el presbítero actúa como “el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador” (n. 1465). Por tanto, lo que sucede en este sacramento es ante todo misterio de amor, obra del amor misericordioso del Señor.

“Dios es amor” (1 Jn 4, 16): en esta sencilla afirmación el evangelista san Juan encerró la revelación de todo el misterio de Dios Trinidad. Y en el encuentro con Nicodemo, Jesús, anunciando su pasión y muerte en la cruz, afirma: “Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Todos necesitamos acudir a la fuente inagotable del amor divino, que se nos manifiesta totalmente en el misterio de la cruz, para encontrar la auténtica paz con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo. Sólo de esta fuente espiritual es posible sacar la energía interior indispensable para vencer el mal y el pecado en la

lucha sin tregua que marca nuestra peregrinación terrena hacia la patria celestial.

El mundo contemporáneo sigue presentando las contradicciones que pusieron muy bien de relieve los padres del concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 4-10): vemos una humanidad que quisiera ser autosuficiente, donde no pocos creen que pueden prescindir de Dios para vivir bien; y, sin embargo, ¡cuántos parecen tristemente condenados a afrontar dramáticas situaciones de vacío existencial!, ¡cuánta violencia hay aún sobre la tierra!, ¡cuánta soledad pesa sobre el corazón del hombre de la era de las comunicaciones! En una palabra, parece que hoy se ha perdido el “sentido del pecado”, pero en compensación han aumentado los “complejos de culpa”.

¿Quién podrá librar el corazón de los hombres de este yugo de muerte, si no es Aquél que con su muerte derrotó para siempre el poder del mal con la omnipotencia del amor divino? Como recordaba san Pablo a los cristianos de Éfeso, “Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo” (*Ef* 2, 4).

En el sacramento de la Confesión, el sacerdote es instrumento de este amor misericordioso de Dios, que invoca en la fórmula de absolución de los pecados: “Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conce-

da, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz”.

El Nuevo Testamento, en cada una de sus páginas, habla del amor y de la misericordia de Dios, que se hicieron visibles en Cristo. En efecto, Jesús, que “acoge a los pecadores y come con ellos” (*Lc* 15, 2), y con autoridad afirma: “Hombre, tus pecados te quedan perdonados” (*Lc* 5, 20), dice: “No necesitan médico los que están sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (*Lc* 5, 31-32). El compromiso del sacerdote y del confesor consiste principalmente en llevar a cada uno a experimentar el amor que Cristo le tiene, encontrándolo en el camino de la propia vida, como san Pablo lo encontró en el camino de Damasco.

Conocemos la apasionada declaración del Apóstol de los gentiles después de aquel encuentro que cambió su vida: “Me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 20). Esta es su experiencia personal en el camino de Damasco: el Señor Jesús amó a san Pablo y dio su vida por él. Y en la Confesión éste es también nuestro camino, nuestro camino de Damasco, nuestra experiencia: Jesús me amó y se entregó por mí. Ojalá que cada persona haga esta misma experiencia espiritual, como la hizo el siervo de Dios, Juan Pablo II, “redescubriendo a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Este es el rostro de Cristo que es preciso hacer que descubran también a través del sacra-

mento de la Penitencia” (*Novo millennio ineunte*, 37).

El sacerdote, ministro del sacramento de la Reconciliación, debe considerar siempre como tarea suya hacer que en sus palabras y en el modo de tratar al penitente se refleje el amor misericordioso de Dios. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, debe acoger al pecador arrepentido, ayudarle a levantarse del pecado, animarlo a enmendarse sin llegar a componendas con el mal, sino recorriendo siempre el camino hacia la perfección evangélica. Todas las personas que se confiesan han de revivir en el sacramento de la Reconciliación esta hermosa experiencia del hijo pródigo, que encuentra en el padre toda la misericordia divina.

Queridos hermanos, todo esto implica que el sacerdote comprometido en el ministerio del sacramento de la Penitencia esté animado él mismo por una constante tensión hacia la santidad. El *Catecismo de la Iglesia católica* apunta alto en esta exigencia cuando afirma: “El confesor (...) debe tener un conocimiento probado del comportamiento cristiano, experiencia de las cosas humanas, respeto y delicadeza con el que ha caído; debe amar la verdad, ser fiel al magisterio de la Iglesia y conducir al penitente con paciencia hacia la curación y su plena madurez. Debe orar y hacer penitencia por él, confiándolo a la misericordia del Señor” (n. 1466).

Para cumplir esta importante misión, siempre unido interiormente al Señor, el sacerdote ha de mantenerse fiel al ma-

gisterio de la Iglesia por lo que atañe a la doctrina moral, consciente de que la ley del bien y del mal no está determinada por las situaciones, sino por Dios.

A la Virgen María, madre de misericordia, pido que sostenga el ministerio de los sacerdotes confesores y ayude a todas las comunidades cristianas a comprender cada vez más el valor y la importancia del sacramento de la Penitencia para el crecimiento espiritual de todos los fieles. A vosotros, aquí presentes, y a vuestros seres queridos imparto con afecto mi bendición.

**Alocución del Santo Padre,
Benedicto XVI,
al final de la visita al Centro
Penitenciario para menores
de Casal del Marmo, Roma**

Domingo 18 de marzo de 2007

Queridos muchachos y muchachas:

Ante todo, quisiera daros las gracias por vuestra alegría. ¡Gracias por esta participación! Para mí es una gran alegría haberos dado un poco de luz con mi visita. Así se concluye ahora nuestro encuentro, así se concluye mi breve pero intensa visita. Como se ha recordado, es mi primer contacto con el mundo de las cárceles desde que soy Papa. He escuchado con atención las palabras del director, del comandante y de un representante vuestro, y os agradezco los sentimientos cordiales que me habéis manifestado, así como la felicitación que me habéis dirigido con ocasión

de mi onomástico. Además, he percibido que aún sigue vivo entre vosotros el recuerdo del cardenal Casaroli, llamado familiarmente padre Agostino. Él me habló muchas veces de sus experiencias, a través de las cuales se sentía siempre muy amigo, muy cercano a todos los muchachos y muchachas presentes aquí.

Vosotros, queridos muchachos y muchachas, provenís de diversas naciones. Me gustaría poder permanecer más tiempo con vosotros; pero, por desgracia, el tiempo es limitado. Quizá en otra oportunidad encontremos una jornada más larga. Sin embargo, sabed que el Papa os quiere y os sigue con afecto. Asimismo, deseo aprovechar esta ocasión para extender mi saludo a todos los que están en la cárcel y a cuantos, de diferentes maneras, trabajan en el ámbito penitenciario.

Queridos muchachos y muchachas, hoy para vosotros, como se ha dicho, es una jornada de fiesta: ha venido a visitaros el Papa; están presentes el ministro de Justicia, diversas autoridades, el cardenal vicario, el obispo auxiliar, vuestro capellán, muchas otras personalidades y

amigos. Por tanto, es una jornada de alegría. La liturgia misma de este domingo comienza con una invitación a estar alegres: “¡Alégrate!” es la primera palabra de la misa. Pero, ¿cómo puede ser feliz quien sufre, quien está privado de libertad, quien se siente abandonado?

Durante la misa hemos recordado que Dios nos ama: este es el manantial de la verdadera alegría. Aun teniendo todo lo que se desea, a veces se es infeliz; en cambio, se podría estar privado de todo, incluso de libertad y de salud, y estar en paz y en alegría, si dentro del corazón está Dios. Por tanto, el secreto está aquí: es preciso que Dios ocupe siempre el primer lugar en nuestra vida. Jesús nos reveló el verdadero rostro de Dios. Queridos amigos, antes de dejaros os aseguro de todo corazón que seguiré recordándoos ante el Señor. Estaréis siempre presentes en mis oraciones.

Os anticipo mi felicitación por la próxima fiesta de Pascua, y os bendigo a todos. Que el Señor os acompañe siempre con su gracia y os guíe en vuestra vida futura.

HOMILÍAS

**Homilía de Su Santidad,
Benedicto XVI,
durante la Misa celebrada en
la Basílica de Santa Sabina**

*Miércoles de Ceniza, 21 de febrero de
2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Con la procesión penitencial hemos entrado en el austero clima de la Cuaresma y, al introducirnos en la celebración eucarística, acabamos de orar para que el Señor ayude al pueblo cristiano a “iniciar un camino de auténtica conversión para afrontar victoriosamente, con las armas de la penitencia, el combate contra el espíritu del mal” (oración *Colecta*).

Dentro de poco, al recibir la ceniza en nuestra cabeza, volveremos a escuchar una clara invitación a la conversión, que puede expresarse con dos fórmulas distintas: “Convertíos y creed el Evangelio” o “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás”. Precisamente por la riqueza de los símbolos y de los textos bíblicos y litúrgicos, el miércoles de Ceniza se considera la “puerta” de la Cuaresma. En efecto, esta liturgia y los gestos que la caracterizan forman un conjunto que anticipa de modo sintético la fisonomía misma de todo el período cuaresmal. En su tradición, la Iglesia no se limita a ofrecernos la temática litúrgica y espiritual del itinerario cuaresmal; además, nos indica los instrumentos

ascéticos y prácticos para recorrerlo fructuosamente.

“Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto”. Con estas palabras comienza la primera lectura, tomada del libro del profeta Joel (*Jl* 2, 12). Los sufrimientos, las calamidades que afligían en ese período a la tierra de Judá impulsan al autor sagrado a invitar al pueblo elegido a la conversión, es decir, a volver con confianza filial al Señor, rasgando el corazón, no las vestiduras. En efecto, Dios -recuerda el profeta- “es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, y se arrepiente de las amenazas” (*Jl* 2, 13).

La invitación que el profeta Joel dirige a sus oyentes vale también para nosotros, queridos hermanos y hermanas. No dudemos en volver a la amistad de Dios perdida al pecar; al encontrarnos con el Señor, experimentamos la alegría de su perdón. Así, respondiendo de alguna manera a las palabras del profeta, hemos hecho nuestra la invocación del estribillo del Salmo responsorial: “Misericordia, Señor: hemos pecado”. Proclamando el salmo 50, el gran salmo penitencial, hemos apelado a la misericordia divina; hemos pedido al Señor que la fuerza de su amor nos devuelva la alegría de su salvación.

Con este espíritu, iniciamos el tiempo favorable de la Cuaresma, como nos recordó san Pablo en la segunda lectura, para

reconciliarnos con Dios en Cristo Jesús. El Apóstol se presenta como embajador de Cristo y muestra claramente cómo, en virtud de él, se ofrece al pecador, es decir, a cada uno de nosotros, la posibilidad de una auténtica reconciliación. “Al que no había pecado, Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios” (2 Co 5, 21). Sólo Cristo puede transformar cualquier situación de pecado en novedad de gracia.

Precisamente por eso asume un fuerte impacto espiritual la exhortación que san Pablo dirige a los cristianos de Corinto: “En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2 Co 5, 20) y también: “Mirad, ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación” (2 Co 6, 2). Mientras que el profeta Joel hablaba del futuro día del Señor como de un día de juicio terrible, san Pablo, refiriéndose a la palabra del profeta Isaías, habla de “momento favorable”, de “día de la salvación”. El futuro día del Señor se ha convertido en el “hoy”. El día terrible se ha transformado en la cruz y en la resurrección de Cristo, en el día de la salvación. Y hoy es ese día, como hemos escuchado en la aclamación antes del Evangelio: “Escuchad hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón”. La invitación a la conversión, a la penitencia, resuena hoy con toda su fuerza, para que su eco nos acompañe en todos los momentos de nuestra vida.

De este modo, la liturgia del miércoles de Ceniza indica que la conversión del corazón a Dios es la dimensión fundamental

del tiempo cuaresmal. Ésta es la sugestiva enseñanza que nos brinda el tradicional rito de la imposición de la ceniza, que dentro de poco renovaremos. Este rito reviste un doble significado: el primero alude al cambio interior, a la conversión y la penitencia; el segundo, a la precariedad de la condición humana, como se puede deducir fácilmente de las dos fórmulas que acompañan el gesto. Aquí, en Roma, la procesión penitencial del miércoles de Ceniza parte de san Anselmo y se concluye en esta basílica de Santa Sabina, donde tiene lugar la primera estación cuaresmal.

A este propósito, es interesante recordar que la antigua liturgia romana, a través de las estaciones cuaresmales, había elaborado una singular geografía de la fe, partiendo de la idea de que, con la llegada de los apóstoles san Pedro y san Pablo y con la destrucción del templo, Jerusalén se había trasladado a Roma. La Roma cristiana se entendía como una reconstrucción de la Jerusalén del tiempo de Jesús dentro de los muros de la Urbe. Esta nueva geografía interior y espiritual, ínsita en la tradición de las iglesias “estacionales” de la Cuaresma, no es un simple recuerdo del pasado, ni una anticipación vacía del futuro; al contrario, quiere ayudar a los fieles a recorrer un itinerario interior, el camino de la conversión y la reconciliación, para llegar a la gloria de la Jerusalén celestial, donde habita Dios.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos cuarenta días para profundizar en esta extraordinaria experiencia ascética y espiritual. En el pasaje evangélico que se

ha proclamado Jesús indica cuáles son los instrumentos útiles para realizar la auténtica renovación interior y comunitaria: las obras de caridad (limosna), la oración y la penitencia (el ayuno). Son las tres prácticas fundamentales, también propias de la tradición judía, porque contribuyen a purificar al hombre ante Dios (cf. *Mt* 6, 1-6. 16-18).

Esos gestos exteriores, que se deben realizar para agradar a Dios y no para lograr la aprobación y el consenso de los hombres, son gratos a Dios si expresan la disposición del corazón para servirle sólo a él, con sencillez y generosidad. Nos lo recuerda uno de los Prefacios cuaresmales, en el que, a propósito del ayuno, leemos esta singular afirmación: “ieiunio... mentem elevas”, “con el ayuno..., elevas nuestro espíritu” (*Prefacio IV de Cuaresma*).

Ciertamente, el ayuno al que la Iglesia nos invita en este tiempo fuerte no brota de motivaciones de orden físico o estético, sino de la necesidad de purificación interior que tiene el hombre, para desintoxicarse de la contaminación del pecado y del mal; para formarse en las saludables renunciaciones que libran al creyente de la esclavitud de su propio yo; y para estar más atento y disponible a la escucha de Dios y al servicio de los hermanos. Por esta razón, la tradición cristiana considera el ayuno y las demás prácticas cuaresmales como “armas” espirituales para luchar contra el mal, contra las malas pasiones y los vicios.

Al respecto, me complace volver a escuchar, juntamente con vosotros, un bre-

ve comentario de san Juan Crisóstomo: “Del mismo modo que, al final del invierno -escribe-, cuando vuelve la primavera, el navegante arrastra hasta el mar su nave, el soldado limpia sus armas y entrena su caballo para el combate, el agricultor afila la hoz, el peregrino fortalecido se dispone al largo viaje y el atleta se despoja de sus vestiduras y se prepara para la competición; así también nosotros, al inicio de este ayuno, casi al volver una primavera espiritual, limpiamos las armas como los soldados; afilamos la hoz como los agricultores; como los marineros disponemos la nave de nuestro espíritu para afrontar las olas de las pasiones absurdas; como peregrinos reanudamos el viaje hacia el cielo; y como atletas nos preparamos para la competición despojándonos de todo” (*Homilías al pueblo de Antioquía*, 3).

En el mensaje para la Cuaresma invité a vivir estos cuarenta días de gracia especial como un tiempo “eucarístico”. Recurriendo a la fuente inagotable de amor que es la Eucaristía, en la que Cristo renueva el sacrificio redentor de la cruz, cada cristiano puede perseverar en el itinerario que hoy solemnemente iniciamos.

Las obras de caridad (limosna), la oración, el ayuno, juntamente con cualquier otro esfuerzo sincero de conversión, encuentran su más profundo significado y valor en la Eucaristía, centro y cumbre de la vida de la Iglesia y de la historia de la salvación.

“Señor, estos sacramentos que hemos recibido -así rezaremos al final de la san-

ta misa- nos sostengan en el camino cuaresmal, hagan nuestros ayunos agradables a tus ojos y obren como remedio saludable de todos nuestros males”.

Pidamos a María que nos acompañe para que, al concluir la Cuaresma, podamos contemplar al Señor resucitado, interiormente renovados y reconciliados con Dios y con los hermanos. Amén.

**Homilía de Su Santidad,
Benedicto XVI.
Misa en la Capilla del Centro
Penitenciario para menores
de Casal del Marmo**

Roma, domingo 18 de marzo de 2007

Queridos hermanos y hermanas; queridos muchachos y muchachas:

He venido de buen grado a visitaros, y el momento más importante de nuestro encuentro es la santa misa, en la que se renueva el don del amor de Dios: amor que nos consuela y da paz, especialmente en los momentos difíciles de la vida. En este clima de oración quisiera dirigir mi saludo a cada uno de vosotros: al ministro de Justicia, honorable Clemente Mastella, al que expreso en especial mi agradecimiento; al jefe del Departamento de justicia para menores, señora Melita Cavallo; a las demás autoridades que han participado; a los responsables, a los agentes, a los educadores y al personal de este establecimiento penal para menores, a

los voluntarios, a los familiares y a todos los presentes. Saludo al cardenal vicario y al obispo auxiliar, monseñor Benedetto Tuzia. De modo especial, saludo a monseñor Giorgio Caniato, inspector general de los capellanes de los Institutos de prevención y pena, y a vuestro capellán, a quienes doy las gracias por haberse hecho intérpretes de vuestros sentimientos al inicio de la santa misa.

En la celebración eucarística es Cristo mismo quien se hace presente en medio de nosotros; más aún, viene a iluminarnos con su enseñanza, en la liturgia de la Palabra, y a alimentarnos con su Cuerpo y su Sangre, en la liturgia eucarística y en la Comunión. De este modo viene a enseñarnos a amar, viene a capacitarnos para amar y, así, para vivir. Pero, tal vez digáis, ¿cuán difícil es amar en serio, vivir bien! ¿Cuál es el secreto del amor, el secreto de la vida? Volvamos al evangelio. En este evangelio aparecen tres personas: el padre y sus dos hijos. Pero detrás de las personas hay dos proyectos de vida bastante diversos. Ambos hijos viven en paz, son agricultores muy ricos; por tanto, tienen con qué vivir, venden bien sus productos, su vida parece buena.

Y, sin embargo, el hijo más joven siente, poco a poco, que esta vida es aburrida, que no le satisface. Piensa que no puede vivir así toda la vida: levantarse cada día, no sé, quizá a las 6; después, según las tradiciones de Israel, una oración, una lectura de la sagrada Biblia; luego, el trabajo y, al final, otra vez una oración. Así, día tras día; él piensa: no, la vida es algo

más, debo encontrar otra vida, en la que sea realmente libre, en la que pueda hacer todo lo que me agrada; una vida libre de esta disciplina y de estas normas de los mandamientos de Dios, de las órdenes de mi padre; quisiera estar solo y que mi vida sea totalmente mía, con todos sus placeres. En cambio, ahora es solamente trabajo.

Así, decide tomar todo su patrimonio y marcharse. Su padre es muy respetuoso y generoso; respeta la libertad de su hijo: es él quien debe encontrar su proyecto de vida. Y el joven, como dice el evangelio, se va a un país muy lejano. Probablemente lejano desde un punto de vista geográfico, porque quiere un cambio, pero también desde un punto de vista interior, porque quiere una vida totalmente diversa. Ahora su idea es: libertad, hacer lo que me agrada, no reconocer estas normas de un Dios que es lejano, no estar en la cárcel de esta disciplina de la casa, hacer lo que me guste, lo que me agrada, vivir la vida con toda su belleza y su plenitud.

Y en un primer momento -quizá durante algunos meses- todo va bien: cree que es hermoso haber alcanzado finalmente la vida, se siente feliz. Pero después, poco a poco, siente también aquí el aburrimiento, también aquí es siempre lo mismo. Y al final queda un vacío cada vez más inquietante; percibe cada vez con mayor intensidad que esa vida no es aún la vida; más aún, se da cuenta de que, continuando de esa forma, la vida se aleja cada vez más. Todo resulta vacío: también ahora aparece de nuevo la esclavitud de hacer las mismas cosas. Y al fi-

nal también el dinero se acaba, y el joven se da cuenta de que su nivel de vida está por debajo del de los cerdos. Entonces comienza a recapacitar y se pregunta si ese era realmente el camino de la vida: una libertad interpretada como hacer lo que me agrada, vivir sólo para mí; o si, en cambio, no sería quizá mejor vivir para los demás, contribuir a la construcción del mundo, al crecimiento de la comunidad humana... Así comienza el nuevo camino, un camino interior. El muchacho reflexiona y considera todos estos aspectos nuevos del problema y comienza a ver que era mucho más libre en su casa, siendo propietario también él, contribuyendo a la construcción de la casa y de la sociedad en comunión con el Creador, conociendo la finalidad de su vida, descubriendo el proyecto que Dios tenía para él.

En este camino interior, en esta maduración de un nuevo proyecto de vida, viviendo también el camino exterior, el hijo más joven se dispone a volver para recomenzar su vida, porque ya ha comprendido que había emprendido el camino equivocado. Se dice a sí mismo: debo volver a empezar con otro concepto, debo recomenzar.

Y llega a la casa del padre, que le dejó su libertad para darle la posibilidad de comprender interiormente lo que significa vivir, y lo que significa no vivir. El padre, con todo su amor, lo abraza, le ofrece una fiesta, y la vida puede comenzar de nuevo partiendo de esta fiesta. El hijo comprende que precisamente el trabajo, la humildad, la disciplina de cada día crea la ver-

dadera fiesta y la verdadera libertad. Así, vuelve a casa interiormente madurado y purificado: ha comprendido lo que significa vivir.

Ciertamente, en el futuro su vida tampoco será fácil, las tentaciones volverán, pero él ya es plenamente consciente de que una vida sin Dios no funciona: falta lo esencial, falta la luz, falta el porqué, falta el gran sentido de ser hombre. Ha comprendido que sólo podemos conocer a Dios por su Palabra. Los cristianos podemos añadir que sabemos quién es Dios gracias a Jesús, en el que se nos ha mostrado realmente el rostro de Dios.

El joven comprende que los mandamientos de Dios no son obstáculos para la libertad y para una vida bella, sino que son las señales que indican el camino que hay que recorrer para encontrar la vida. Comprende que también el trabajo, la disciplina, vivir no para sí mismo sino para los demás, alarga la vida. Y precisamente este esfuerzo de comprometerse en el trabajo da profundidad a la vida, porque al final se experimenta la satisfacción de haber contribuido a hacer crecer este mundo, que llega a ser más libre y más bello.

No quisiera hablar ahora del otro hijo, que permaneció en casa, pero por su reacción de envidia vemos que interiormente también él soñaba que quizá sería mucho mejor disfrutar de todas las libertades. También él en su interior debe “volver a casa” y comprender de nuevo qué significa la vida; comprende que sólo se vive verda-

deramente con Dios, con su palabra, en la comunión de su familia, del trabajo; en la comunión de la gran familia de Dios. No quisiera entrar ahora en estos detalles: dejemos que cada uno se aplique a su modo este evangelio. Nuestras situaciones son diversas, y cada uno tiene su mundo. Esto no quita que todos seamos interpelados y que todos podamos entrar, a través de nuestro camino interior, en la profundidad del Evangelio.

Añado sólo algunas breves observaciones. El evangelio nos ayuda a comprender quién es verdaderamente Dios: es el Padre misericordioso que en Jesús nos ama sin medida. Los errores que cometemos, aunque sean grandes, no menoscaban la fidelidad de su amor. En el sacramento de la Confesión podemos recomenzar siempre de nuevo con la vida: él nos acoge, nos devuelve la dignidad de hijos suyos. Por tanto, redescubramos este sacramento del perdón, que hace brotar la alegría en un corazón que renace a la vida verdadera.

Además, esta parábola nos ayuda a comprender quién es el hombre: no es una “mónada”, una entidad aislada que vive sólo para sí misma y debe tener la vida sólo para sí misma. Al contrario, vivimos con los demás, hemos sido creados juntamente con los demás, y sólo estando con los demás, entregándonos a los demás, encontramos la vida. El hombre es una criatura en la que Dios ha impreso su imagen, una criatura que es atraída al horizonte de su gracia, pero también es una criatura frágil, expuesta al mal; pero también es capaz de hacer el bien.

Y, por último, el hombre es una persona libre. Debemos comprender lo que es la libertad y lo que es sólo apariencia de libertad. Podríamos decir que la libertad es un trampolín para lanzarse al mar infinito de la bondad divina, pero puede transformarse también en un plano inclinado por el cual deslizarse hacia el abismo del pecado y del mal, perdiendo así también la libertad y nuestra dignidad.

Queridos amigos, estamos en el tiempo de la Cuaresma, de los cuarenta días antes de la Pascua. En este tiempo de Cuaresma la Iglesia nos ayuda a recorrer este camino interior y nos invita a la conversión que, antes que ser un esfuerzo siempre importante para cambiar nuestra conducta, es una oportunidad para decidir levantarnos y recomenzar, es decir, abandonar el pecado y elegir volver a Dios.

Recorramos juntos este camino de liberación interior; éste es el imperativo de la Cuaresma. Cada vez que, como hoy, participamos en la Eucaristía, fuente y escuela del amor, nos hacemos capaces de vivir este amor, de anunciarlo y testimoniarlo con nuestra vida. Pero es necesario que decidamos ir a Jesús, como hizo el hijo pródigo, volviendo interior y exteriormente al padre. Al mismo tiempo, debemos abandonar la actitud egoísta del hijo mayor, seguro de sí, que condena fácilmente a los demás, cierra el corazón a la comprensión, a la acogida y al perdón de los hermanos, y olvida que también él necesita el perdón.

Que nos obtengan este don la Virgen María y san José, mi patrono, cuya fiesta celebraremos mañana, y a quien ahora invoco de modo particular por cada uno de vosotros y por vuestros seres queridos.

SANTA SEDE

Palabras de saludo que dirigió el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, el sábado 17 de febrero de 2007 al presentar al Santo Padre, Benedicto XVI, a los nuncios apostólicos en América Latina, reunidos en el Vaticano para preparar la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que él mismo inaugurará el 13 de mayo en Aparecida (Brasil).

Luces y sombras de América Latina, según el cardenal Bertone

Santo Padre:

Tengo el honor de presentarle a los nuncios apostólicos de los diversos países de América Latina, convocados para un encuentro de tres días de comunión, reflexión y profundización. Hemos analizado con realismo las situaciones que afligen a las naciones del continente: la violencia, el narcotráfico, las desigualdades, el desempleo y la economía informal, el deterioro de la educación, la falta de democracia representativa y el avance del proselitismo de las sectas.

Sin embargo, ante este panorama, que parece deprimente, brillan los fuertes ideales hacia los que caminan las comunidades católicas y la multitud de laicos maduros, guiados por sus obispos, para realizar las tareas históricas que corresponden a los ciudadanos en las actuales situaciones geo-políticas, y está aumentando el número de seminaristas y de sacerdotes.

Por tanto, no faltan motivos de espe-

ranza; pero el recurso mayor, junto con las riquezas naturales y la belleza del ambiente, es la fuerte tradición católica de los pueblos latinoamericanos.

La tradición católica es el patrimonio fundamental de estos pueblos, lo que más los define; es un don providencial que les ha transmitido un tesoro incalculable de verdad y de amor, la “perla preciosa” que es Jesucristo, Verbo de Dios hecho carne para compartir la pasión de los hombres y abrirlos a un destino de justicia y felicidad. Él es el único Liberador y Salvador que rompe las cadenas opresoras del pecado, que revela la misericordia de Dios y, al mismo tiempo, la excelsa dignidad de toda persona humana. Es “Dios con nosotros”, presencia capital y compañía sacramental a través de su Iglesia. Es la “piedra angular” para la construcción humana de la persona y de la sociedad.

También los que no comparten nuestra fe saben bien que sin esta valiosa tradición, presente en la historia y en la cultura

de los pueblos latinoamericanos, resultarían incomprensibles la conciencia de la dignidad, la sabiduría de la vida, la pasión por la justicia y la esperanza contra toda esperanza, que vibran en el corazón de su gente.

Pero es preciso subrayar que este patrimonio no se ha adquirido de una vez para siempre. Está sometido a la erosión causada por las incoherencias, por el cansancio y por la falta de fe de quienes lo han acogido con el bautismo y están llamados a vivirlo y a proclamarlo. La Iglesia no puede detenerse en su continuo proceso de conversión a su Señor y, por tanto, en su proceso de purificación y renovación. El abandono de la Iglesia católica por parte de tantas personas que van a buscar otras comunidades e instancias en las que esperan poder colmar su búsqueda religiosa, plantea serios interrogantes sobre la calidad de la evangelización, la educación en la fe y la edificación de sus comunidades.

La tradición católica también está asediada por los ídolos del poder, de la riqueza y del placer efímero. Ciertas corrientes culturales -sostenidas por fuertes poderes transnacionales y mediáticos- propagan de modo global modelos de vida cada vez más lejanos y hostiles con respecto a la tradición cristiana. No obstante estos graves desafíos, la fe católica, gracias a Dios, sigue muy arraigada en los pueblos de América Latina. Más aún, se recrea, se renueva y se comunica gracias a la generación siempre nueva de discípulos de Cristo, los cuales, a causa de la desbordante gratitud y de la alegría que manifiestan, comparten con los demás el don de su encuentro con Cristo, así como el bien, la verdad y la belleza que tienen la gracia de poder vivir. Santo Padre, esperamos ahora su palabra y su bendición.

Mensaje de Cuaresma 2007 del Patriarca latino de Jerusalén

Queridos hermanos y hermanas:

La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo estén con vosotros.

Comenzamos la Cuaresma. Con Jesús vamos al desierto de Jericó, que nos dice hoy dos cosas: en primer lugar, el desierto que rodea Jericó es todavía el mismo donde Jesús ha querido ayunar y rezar

antes de llevar su misión al mundo; en segundo lugar, Jericó es una pequeña ciudad-prisión, como todas las ciudades palestinas, símbolo de la situación de conflicto que se ha convertido en nuestro medio de vida, de generación en generación y día tras día. Por una parte, en esta Cuaresma, queremos rezar y encontrar a Dios en la soledad, y por otra, queremos encontrar a los hombres, para

superar el conflicto y ver la faz de Dios en todos.

En el desierto, nos libramos, por un tiempo, del peso de las preocupaciones de nuestra vida privada o pública para poder gozar de un momento de libertad interior que nos permite: ver a Dios y ver, en las profundidades de nosotros mismos, el bien o el mal que llevamos, para poder purificarnos y conocer mejor la vocación a la cual Dios nos llama en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad.

La Iglesia nos invita durante la Cuaresma a abstenernos de la comida, no con el objetivo de abstenernos de cierta comida o de toda comida, sino como medio por el cual nos ejercitamos para abstenernos de una cosa para llegar a otra mejor; y como medio para hallar nuestra libertad. Nos libramos de las presiones del cuerpo y de la materia, y de los sentimientos que nos empujan a odiar y a demoler, para poder reanimar la fuerza del espíritu que está en nosotros y que nos ayuda a vivir la vida abundante que Jesús ha venido a darnos. Vida de pruebas, es verdad, *“quien quiera seguirme que lleve su cruz y me siga”* (Mc 8,34), *pero también, vida de un amor que la vuelve abundante: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia. Como yo os he amado, amaos los unos a los otros”* (Jn 10,10; Jn 13,35). Ayunamos para llegar a ser capaces de reconciliarnos con Dios, como nos lo dice san Pablo: *“Dejaos reconciliar con Dios”* (2 Co 5,20). Y la reconciliación con Dios no puede realizarse sin la reconciliación con todos los hijos de Dios, nuestros hermanos y hermanas, amigos o enemigos.

Ayunamos para renovar la aceptación de nuestra fe con toda su fuerza liberadora y sus exigencias. Porque tener la vocación de la levadura, de la sal y de la luz, es una vocación a una vida difícil. Pero Jesús también nos dice: Si tenéis fe, podéis transportar las montañas (cf. Mt 21,21). La fe auténtica, plenamente aceptada y vivida, compensa el pequeño número, aparta el miedo, y hace al creyente, aunque esté solo en su sociedad, capaz de contribuir a la construcción común. La vocación de ser levadura en la masa en la tierra misma de Jesús, nos pide el quedarnos en esta tierra, aunque la vida en otras tierras pueda ser más cómoda. La vocación de la levadura es la vocación a vivir el mandamiento de la Caridad, a fin de perdonar, aunque reclamando todos los derechos perdidos, y de hacer de la vida un compartir de bienes y sacrificios que nos hace a todos, con todas nuestras diferencias de religión o nacionalidad, verdaderos constructores de la nueva sociedad que debe nacer en Tierra Santa para todos: judíos, drusos, musulmanes y cristianos.

Somos llamados a una vida difícil en el conflicto que dura siempre en Palestina y que tiene sus repercusiones en otros países de nuestra diócesis, Israel y Jordania: la ocupación y todo aquello que se sigue de ella, la limitación de la libertad, el muro, las barreras militares, las privaciones, los militares israelíes que, en todo momento, entran en las ciudades palestinas matando personas, llevándose prisioneros, arrancando árboles, y demoliendo casas. Añadir a eso, la falta de visión dentro de la sociedad palestina y la falta de seguridad,

explotada por algunos que se permiten violar las leyes y oprimir a sus hermanos, sobre todo aquellos que portan armas y que las emplean para oprimir y robar el dinero de los otros. Y las luchas intestinas que dudan en desaparecer... A esto se suma la no respuesta o la incapacidad de la comunidad internacional para responder a las múltiples voces de paz que parten de la región. Y los ruegos, múltiples, que se levantan por todas partes y que perseveran en este tiempo de prueba: en ellos y en cada persona de buena voluntad, ponemos nuestra esperanza.

De frente a todo ello, la Cuaresma recuerda al cristiano que esta situación puede ser una situación de muerte o de vida nueva y que él es llamado a convertirla en una situación de vida nueva. Así nuestro ayuno tiene por objetivos: ante todo, el de meditar y buscar la voluntad de Dios y su Providencia en las pruebas que vivimos. En segundo lugar, el renovar nuestro amor de unos por otros: añadiendo el peso de las preocupaciones de nuestros hermanos a nuestras mismas preocupaciones, Dios se hace presente entre nosotros, según la palabra de Jesús: *“Cuando dos o tres están reunidos en mi Nombre, yo estoy en medio*

de ellos” (Mt 18,20). Nos convertimos así en tres para llevar nuestras preocupaciones, nosotros, nuestro hermano y Dios. Con eso, nos volvemos más fuertes y el peso será más ligero. En tercer lugar, con la presencia de Dios entre nosotros llegaremos a ver el sentido de los acontecimientos que vivimos, veremos cómo convertir las pruebas y las opresiones en amor de los unos para con los otros, y como consecuencia de ello en un plus de fuerza y más unidad para una verdadera resistencia que tiene por objetivo no de demoler al adversario o de llenar nuestros corazones de rencor contra él, sino de poner fin al mal de la ocupación, con todas sus opresiones, y empezar así una vida nueva para todos, ocupados y ocupantes.

Hermanos y hermanas, pido a Dios para vosotros toda gracia y bendición. Que vuestro ayuno sea aceptado y bendecido. Y que sea un manantial de renovación del espíritu en vosotros. Pido a Dios Altísimo de daros la gracia de amar la vida a pesar de las circunstancias duras en las que os ha enviado para construir una vida nueva y una sociedad nueva para todos. Amén.

+ Michel Sabbah, Patriarca Jerusalén,

Carta de la Santa Sede con motivo de la colecta a favor de Tierra Santa, enviada a los obispos por el prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales

Cuaresma, 2007

Como todos los años, por mandato pontificio, me dirijo a todos los Pastores

de la Iglesia universal, con el fin de subvenir de modo concreto a las necesidades de aquella antigua y siempre joven porción de la Iglesia que vive en Tierra Santa.

El primer núcleo de la así llamada “Colecta en favor de la Tierra Santa” se remonta al Papa Martín V, que estableció en 1421 las normas sobre la recaudación de las ofertas para tal fin. Esta Colecta siempre tuvo carácter pontificio; y fue confirmada por diversos Pontífices que siguieron directamente y asistieron con la máxima diligencia a las comunidades cristianas de la Tierra del Señor.

La Congregación para las Iglesias Orientales es heredera de esta solicitud y se siente siempre solidaria con los cristianos de Tierra Santa y de toda la región del Oriente Medio, donde la crisis política y económica no está todavía resuelta y donde se registran cada día sufrimientos inauditos. La Colecta, por lo tanto, recuerda a todos la absoluta y urgente necesidad de sostener a los hermanos y a las hermanas de aquella Tierra de todos los modos posibles, y de manera particular invocando para ellos la paz que viene de lo Alto.

El Santo Padre, Benedicto XVI, ha recordado este compromiso durante su visita a Turquía: «Pedimos paz para Jerusalén y para el mundo entero (...). Desde este extremo de la Península de Anatolia, puente natural entre Continentes, invocamos paz y reconciliación sobre todo para aquellos que habitan la Tierra que llamamos Santa, y que como tal es tenida tanto por los cristianos como por los hebreos y los musulmanes: es la Tierra de Abraham, de Isaac y de Jacob, destinada a hospedar a un pueblo que había de convertirse en bendición para todas las gentes (Gen. 12, 1-3)».

Es grave la responsabilidad que incumbe a toda la Iglesia universal con respecto a la Iglesia Madre de Jerusalén. Resulta por tanto un deber para todos los católicos del mundo el acompañar con la oración y la solidaridad, también económica, a las comunidades cristianas de aquella Tierra bendita, que, entre mil dificultades, ofrecen cotidianamente y en silencio un auténtico testimonio del Evangelio.

Recientemente se ha desarrollado en Jerusalén un importante “Congreso Internacional de Comisarios de Tierra Santa”, que ha tenido como fin la reflexión sobre la figura del Comisario y sus cometidos fundamentales; y se han abordado, así mismo, cuestiones concretas inherentes a la Custodia y a la Colecta. En el Congreso ha participado un representante de esta Congregación para reavivar así los lazos de unión con tantos beneméritos animadores de la ayuda a la Tierra Santa.

Y precisamente en nombre del Patriarcado Latino, de la Custodia –considerada “perla de las misiones” de la Orden de los Frailes Menores–, de las Iglesias Orientales Católicas y de todos los institutos y organismos que operan en ese territorio, es como expreso la más profunda gratitud, llena de confianza, por todo lo que las Iglesias particulares de todo el mundo continuarán haciendo de cara al futuro.

Pero es el Santo Padre quien envía el más sentido agradecimiento, al que une la oración y la bendición para todas las Iglesias y para todos los benefactores de la Tierra del Señor.

Mientras uno a la presente varios documentos informativos que ilustran sobre las obras realizadas con la Colecta 2006, ya por la Custodia ya por esta Congregación, (anexos 1-2), les renuevo a usted y a los colaboradores en el servicio eclesial mi gratitud y la de la Congregación para las Iglesias Orientales. Y, en el espíritu que nos une en la oración mutua, le invito a unirse a la invocación para que el Señor proteja a sus discípulos en la Tierra que ha santi-

ficado con el misterio de la Encarnación y de la Resurrección.

Con sentimientos de fraterna consideración me confirmo suyo devmo.

+ Ignace Moussa Card. Daoud

Patriarca emérito de Antioquía de los Sirios, Prefecto

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Notificación sobre las obras del P. Jon SOBRINO S.J: Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret (Madrid, 1991) y La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas (San Salvador, 1999).

Introducción

1. Después de un primer examen de los volúmenes, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret (Jesucristo) y La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas (La fe)*, del R.P. Jon Sobrino S.J., la Congregación para la Doctrina de la Fe, a causa de las imprecisiones y errores en ellos encontrados, en el mes de octubre de 2001, tomó la decisión de emprender un estudio ulterior y más profundo de dichas obras. Dada la amplia divulgación de estos escritos y el uso de los mismos en Seminarios y otros centros de estudio, sobre todo en América Latina, se decidió seguir para este estudio el “procedimiento urgente” regulado en los artículos 23-27 de la *Agendi Ratio in Doctrinarum Examine*.

Como resultado de tal examen, en el mes de julio de 2004 se envió al Autor, a través del R.P. Peter Hans Kolvenbach S.J., Preósito General de la Compañía de Jesús, un elenco de proposiciones erróneas o peligrosas encontradas en los libros citados.

En el mes de marzo de 2005 el P. Jon Sobrino envió a la Congregación una “*Respuesta al texto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*”, la cual fue examinada en la Sesión Ordinaria del 23 de noviembre de 2005. Se constató que, aunque en algunos puntos el Autor había matizado parcialmente su pensamiento, la *Respuesta* no resultaba satisfactoria, ya que, en sustancia, permanecían los errores que habían dado lugar al envío del elenco

de proposiciones ya mencionado. Aunque la preocupación del Autor por la suerte de los pobres es apreciable, la Congregación para la Doctrina de la Fe se ve en la obligación de indicar que las mencionadas obras del P. Sobrino presentan, en algunos puntos, notables discrepancias con la fe de la Iglesia.

Se decidió por tanto publicar la presente *Notificación*, para poder ofrecer a los fieles un criterio de juicio seguro, fundado en la doctrina de la Iglesia, acerca de las afirmaciones de los libros citados o de otras publicaciones del Autor. Se debe notar que, en algunas ocasiones, las proposiciones erróneas se sitúan en contextos en los que se encuentran otras expresiones que parecen contradecirlas[1], pero no por ello pueden justificarse. La Congregación no pretende juzgar las intenciones subjetivas del Autor, pero tiene el deber de llamar la atención acerca de ciertas proposiciones que no están en conformidad con la doctrina de la Iglesia. Dichas proposiciones se refieren a: 1) los presupuestos metodológicos enunciados por el Autor, en los que funda su reflexión teológica, 2) la divinidad de Jesucristo, 3) la encarnación del Hijo de Dios, 4) la relación entre Jesucristo y el Reino de Dios, 5) la autoconciencia de Jesucristo y 6) el valor salvífico de su muerte.

I. Presupuestos metodológicos.

2. En su libro *Jesucristo liberador*, el P. Jon Sobrino afirma: “La cristología latinoamericana [...] determina que su lugar, como realidad sustancial, son los pobres

de este mundo, y esta realidad es la que debe estar presente y transir cualquier lugar categorial donde se lleva a cabo” (p. 47). Y añade: “Los pobres cuestionan dentro de la comunidad la fe cristológica y le ofrecen su dirección fundamental” (p. 50); la “Iglesia de los pobres es [...] el lugar eclesial de la cristología, por ser una *realidad* configurada por los pobres” (p. 51). “El lugar social, es pues, el más decisivo para la fe, el más decisivo para configurar el modo de *pensar* cristológico y el que exige y facilita la ruptura epistemológica” (p. 52).

Aun reconociendo el aprecio que merece la preocupación por los pobres y por los oprimidos, en las citadas frases, esta “Iglesia de los pobres” se sitúa en el puesto que corresponde al lugar teológico fundamental, que es sólo la fe de la Iglesia; en ella encuentra la justa colocación epistemológica cualquier otro lugar teológico.

El lugar eclesial de la cristología no puede ser la “Iglesia de los pobres” sino la fe apostólica transmitida por la Iglesia a todas las generaciones. El teólogo, por su vocación particular en la Iglesia, ha de tener constantemente presente que la teología es ciencia de la fe. Otros puntos de partida para la labor teológica correrán el riesgo de la arbitrariedad y terminarán por desvirtuar los contenidos de la fe misma[2].

3. La falta de la atención debida a las fuentes, a pesar de que el Autor afirma que las considera “normativas”, dan lugar a los problemas concretos de su teología

a los que nos referiremos más adelante. En particular, las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Cristo, su conciencia filial y el valor salvífico de su muerte, de hecho, no reciben siempre la atención debida. En los apartados sucesivos se tratarán estas cuestiones.

Es igualmente llamativo el modo como el Autor trata los grandes concilios de la Iglesia antigua, que, según él, se habrían alejado progresivamente de los contenidos del Nuevo Testamento. Así, por ejemplo, se afirma: “Estos textos son útiles teológicamente, además de normativos, pero son también limitados y aun peligrosos, como hoy se reconoce sin dificultad” (*La fe*, 405-406). De hecho hay que reconocer el carácter limitado de las fórmulas dogmáticas, que no expresan ni pueden expresar todo lo que se contiene en los misterios de la fe, y deben ser interpretadas a la luz de la Sagrada Escritura y la Tradición. Pero no tiene ningún fundamento hablar de la peligrosidad de dichas fórmulas, al ser interpretaciones auténticas del dato revelado.

El desarrollo dogmático de los primeros siglos de la Iglesia, incluidos los grandes concilios, es considerado por el P. Sobrino como ambiguo y también negativo. No niega el carácter normativo de las formulaciones dogmáticas, pero, en conjunto, no les reconoce valor más que en el ámbito cultural en que nacieron. No tiene en cuenta el hecho de que el sujeto *trans-temporal* de la fe es la Iglesia creyente y que los pronunciamientos de los primeros concilios han sido aceptados y vividos

por toda la comunidad eclesial. La Iglesia sigue profesando el Credo que surgió de los Concilios de Nicea (año 325) y de Constantinopla (año 381). Los primeros cuatro concilios ecuménicos son aceptados por la gran mayoría de las Iglesias y comunidades eclesiales de oriente y occidente. Si usaron los términos y los conceptos de la cultura de su tiempo no fue por adaptarse a ella; los concilios no significaron una helenización del Cristianismo, sino más bien lo contrario. Con la inculturación del mensaje cristiano la misma cultura griega sufrió una transformación desde dentro y pudo convertirse en instrumento para la expresión y la defensa de la verdad bíblica.

II. La divinidad de Jesucristo.

4. Diversas afirmaciones del Autor tienden a disminuir el alcance de los pasajes del Nuevo Testamento que afirman que Jesús es Dios: “Jesús está íntimamente ligado a Dios, con lo cual su realidad habrá que expresarla de alguna forma como realidad que es *de Dios* (cf. *Jn* 20,28)” (*La fe*, 216). En referencia a *Jn* 1,1 se afirma: “Con el texto de Juan [...] de ese *logos* no se dice todavía, en sentido estricto, que sea Dios (consustancial al Padre), pero de él se afirma algo que será muy importante para llegar a esta conclusión, su *preexistencia*, la cual no connota algo puramente temporal, sino que dice relación con la creación y relaciona al *logos* con la acción específica de la divinidad” (*La fe*, 469). Según el Autor en el Nuevo Testamento no se afirma claramente la divinidad de Jesús, sino que sólo se establecen los presupuestos

para ello: “En el Nuevo Testamento [...] hay expresiones que, en germen, llevarán a la confesión de fe en la divinidad de Jesús” (*La fe*, 468-469). “En los comienzos no se habló de Jesús como *Dios* ni menos de la *divinidad* de Jesús, lo cual sólo acaeció tras mucho tiempo de explicación creyente, casi con toda probabilidad después de la caída de Jerusalén” (*La fe*, 214).

Sostener que en *Jn* 20,28 se afirma que Jesús es “*de Dios*” es un error evidente, en cuanto en este pasaje se le llama “Señor” y “Dios”. Igualmente, en *Jn* 1,1 se dice que el Logos es Dios. En otros muchos textos se habla de Jesús como Hijo y como Señor[3]. La divinidad de Jesús ha sido objeto de la fe de la Iglesia desde el comienzo, mucho antes de que en el Concilio de Nicea se proclamara su consustancialidad con el Padre. El hecho de que no se use este término no significa que no se afirme la divinidad de Jesús en sentido estricto, al contrario de lo que el Autor parece insinuar.

Con sus aserciones de que la divinidad de Jesús ha sido afirmada sólo después de mucho tiempo de reflexión creyente y que en el Nuevo Testamento se halla solamente “en germen”, el Autor evidentemente tampoco la niega, pero no la afirma con la debida claridad y da pie a la sospecha de que el desarrollo dogmático, que reviste según él características ambiguas, ha llegado a esta formulación sin una continuidad clara con el Nuevo Testamento.

Pero la divinidad de Jesús, está claramente atestiguada en los pasajes del

Nuevo Testamento a que nos hemos referido. Las numerosas declaraciones conciliares en este sentido[4] se encuentran en continuidad con cuanto en el Nuevo Testamento se afirma de manera explícita y no solamente “en germen”. La confesión de la divinidad de Jesucristo es un punto absolutamente esencial de la fe de la Iglesia desde sus orígenes y se halla atestiguada desde el Nuevo Testamento.

III. La encarnación del Hijo de Dios.

5. Escribe el P. Sobrino: “Desde una perspectiva dogmática debe afirmarse, y con toda radicalidad, que el Hijo (la segunda persona de la Trinidad) asume toda la realidad de Jesús, y aunque la fórmula dogmática nunca explica el hecho de ese ser afectado por lo humano, la tesis es radical. El Hijo experimenta la humanidad, la vida, el destino y la muerte de Jesús” (*Jesucristo*, 308).

En este pasaje el Autor establece una distinción entre el Hijo y Jesús que sugiere al lector la presencia de dos sujetos en Cristo: el Hijo asume la realidad de Jesús; el Hijo experimenta la humanidad, la vida, el destino y la muerte de Jesús. No resulta claro que el Hijo es Jesús y que Jesús es el Hijo. En el tenor literal de estas frases, el P. Sobrino refleja la llamada teología del *homo assumptus*, que resulta incompatible con la fe católica, que afirma la unidad de la persona de Jesucristo en las dos naturalezas, divina y humana, según las formulaciones de los Concilios de Éfeso[5] y sobre todo de Calcedonia, que afirma: “... enseñamos que hay que confesar a un solo

y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado (cf. *Heb* 4,15), engendrado del Padre antes de los siglos según la divinidad, y en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, la madre de Dios, según la humanidad; que se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación”[6]. De igual modo se expresó el Papa Pío XII en la encíclica *Sempiternus Rex*: “...el Concilio de Calcedonia, en perfecto acuerdo con el de Éfeso, afirma claramente que una y otra naturaleza de nuestro Redentor concurren «en una sola persona y subsistencia», y prohíbe poner en Cristo dos individuos, de modo que se pusiera junto al Verbo un cierto «hombre asumido», dueño de su total autonomía”[7].

6. Otra dificultad en la visión cristológica del P. Sobrino deriva de su insuficiente comprensión de la *communicatio idiomatum*. En efecto, según él, “la comprensión adecuada de la *communicatio idiomatum*” sería la siguiente: “lo humano limitado se predica de Dios, pero lo divino ilimitado no se predica de Jesús” (*La fe*, 408; cf. 500).

En realidad, la unidad de la persona de Cristo “en dos naturalezas”, afirma-

da por el Concilio de Calcedonia, tiene como consecuencia inmediata la llamada *communicatio idiomatum*, es decir, la posibilidad de referir las propiedades de la divinidad a la humanidad y viceversa. En virtud de esta posibilidad ya el Concilio de Éfeso definió que María era *theotókos*: “Si alguno no confiesa que el Emmanuel es en verdad Dios y que por eso la santa Virgen es madre de Dios, pues dio a luz según la carne al Verbo de Dios hecho carne, sea anatema”[8]. “Si alguno atribuye a dos personas o a dos hipóstasis las expresiones contenidas en los escritos evangélicos y apostólicos, o dichas sobre Cristo por los santos o por él mismo sobre sí mismo, y unas las atribuye al hombre, considerado propiamente como distinto del Verbo de Dios, y otras, como dignas de Dios, al solo Verbo de Dios Padre, sea anatema”[9]. Como fácilmente se deduce de estos textos la “comunicación de idiomas” se aplica en los dos sentidos, lo humano se predica de Dios y lo divino del hombre. Ya el Nuevo Testamento afirma que Jesús es Señor[10], y que todas las cosas han sido creadas por medio de él[11]. En el lenguaje cristiano es posible decir, y se dice por ejemplo, que Jesús es Dios, que es creador y omnipotente. Y el Concilio de Éfeso sancionó el uso de llamar a María madre de Dios. No es por tanto correcto decir que no se predica de Jesús lo divino ilimitado. Esta afirmación del Autor sería comprensible solamente en el contexto de la cristología del *homo assumptus* en la que no resulta clara la unidad de la persona de Jesús: es evidente que no se podrían predicar de una persona humana los atributos divinos. Pero esta cristología no es en ab-

soluta compatible con la enseñanza de los Concilios de Éfeso y Calcedonia sobre la unidad de la persona en dos naturalezas. La comprensión de la *communicatio idiomatum* que el Autor presenta revela por tanto una concepción errónea del misterio de la encarnación y de la unidad de la persona de Jesucristo.

IV. Jesucristo y el Reino de Dios

7. El P. Sobrino desarrolla una visión peculiar acerca de la relación entre Jesús y el Reino de Dios. Se trata de un punto de especial interés en sus obras. Según el Autor, la persona de Jesús, como mediador, no se puede absolutizar, sino que se ha de contemplar en su relacionalidad hacia el Reino de Dios, que es evidentemente considerado algo distinto de Jesús mismo: “Esta relacionalidad histórica la analizaremos después en detalle, pero digamos ahora que este recordatorio es importante [...] cuando se absolutiza al mediador Cristo y se ignora su relacionalidad constitutiva hacia la mediación, el reino de Dios” (*Jesucristo*, 32). “Ante todo, hay que distinguir entre mediador y mediación de Dios. El reino de Dios, formalmente hablando, no es otra cosa que la realización de la voluntad de Dios para este mundo, a lo cual llamamos *mediación*. A esa mediación [...] está asociada una persona (o grupo) que la anuncia e inicia, y a ello llamamos *mediador*. En este sentido puede y debe decirse que, según la fe, ya ha aparecido el mediador definitivo, último y escatológico del reino de Dios, Jesús [...]. Desde esta perspectiva pueden entenderse también las bellas palabras de Orígenes

al llamar a Cristo la *autobasileia de Dios*, el reino de Dios en persona, palabras importantes que describen bien la ultimidad del mediador personal del reino, pero peligrosas si adecúan a Cristo con la realidad del reino” (*Jesucristo*, 147). “Mediador y mediación se relacionan, pues, esencialmente, pero no son lo mismo. Siempre hay un Moisés y una tierra prometida, un Monseñor Romero y una justicia anhelada. Ambas cosas, juntas, expresan la totalidad de la voluntad de Dios, pero no son lo mismo” (*Jesucristo*, 147). Por otra parte la condición de mediador de Jesús le viene sólo de su humanidad: “La posibilidad de ser mediador no le viene, pues, a Cristo de una realidad *añadida* a lo humano sino que le viene del ejercicio de lo humano” (*La fe*, 253).

El Autor afirma ciertamente la existencia de una relación especial entre Jesucristo (*mediador*) y el Reino de Dios (*mediación*), en cuanto Jesús es el mediador definitivo, último y escatológico del Reino. Pero en los pasajes citados, Jesús y el Reino se distinguen de tal manera que el vínculo entre ambos resulta privado de su contenido peculiar y de su singularidad. No se explica correctamente el nexo esencial existente entre el *mediador* y la *mediación*, por usar sus mismas palabras. Además, al afirmarse que la posibilidad de ser mediador le viene a Cristo del ejercicio de lo humano se excluye que su condición de Hijo de Dios tenga relevancia para su misión mediadora.

No es suficiente hablar de una conexión íntima o de una relación constitutiva entre

Jesús y el Reino o de una “ultimidad del mediador”, si éste nos remite a algo que es distinto de él mismo. Jesucristo y el Reino en un cierto sentido se identifican: en la persona de Jesús el Reino ya se ha hecho presente. Esta identidad ha sido puesta de relieve desde la época patrística[12]. El Papa Juan Pablo II afirma en la encíclica *Redemptoris Missio*: “La predicación de la Iglesia primitiva se ha centrado en el anuncio de Jesucristo, con el que se identifica el Reino de Dios”[13]. “Cristo no solamente ha anunciado el Reino, sino que en él el Reino mismo se ha hecho presente y se ha cumplido”[14]. “El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina, un programa [...], sino que es ante todo *una persona* que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible. Si se separa el Reino de Jesús ya no se tiene el Reino de Dios revelado por él”[15].

Por otra parte, la singularidad y unicidad de la mediación de Cristo ha sido siempre afirmada en la Iglesia. Gracias a su condición de “Hijo unigénito de Dios”, es la “autorevelación definitiva de Dios”[16]. Por ello, su mediación es única, singular, universal e insuperable: “...se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos”[17].

V. La autoconciencia de Jesucristo.

8. El P. Sobrino afirma, citando a L. Boff, que “Jesús fue un extraordinario cre-

yente y tuvo fe. La fe fue el modo de existir de Jesús” (*Jesucristo*, 203). Y por su cuenta añade: “Esta fe describe la totalidad de la vida de Jesús” (*Jesucristo*, 206). El Autor justifica su posición aduciendo al texto de *Heb 12,2*: “En forma lapidaria la carta [a los Hebreos] dice con una claridad que no tiene paralelo en el Nuevo Testamento que Jesús se relacionó con el misterio de Dios en la fe. Jesús es el que ha vivido originariamente y en plenitud la fe (12,2)” (*La fe*, 256). Añade todavía: “Por lo que toca a la fe, Jesús es presentado, en vida, como un creyente como nosotros, hermano en lo teologal, pues no se le ahorró el tener que pasar por ella. Pero es presentado también como hermano mayor, porque vivió la fe originariamente y en plenitud (12,2). Y es el modelo, aquél en quien debemos tener los ojos fijos para vivir nuestra propia fe” (*La fe*, 258).

La relación filial de Jesús con el Padre, en su singularidad irrepetible no aparece con claridad en los pasajes citados; más aún, estas afirmaciones llevan más bien a excluirla. Considerando el conjunto del Nuevo Testamento no se puede sostener que Jesús sea “un creyente como nosotros”. En el evangelio de Juan se habla de la “visión” del Padre por parte de Jesús: “Aquél que ha venido de Dios, éste ha visto al Padre”[18]. Igualmente la intimidad única y singular de Jesús con el Padre se encuentra atestiguada en los evangelios sinópticos[19].

La conciencia filial y mesiánica de Jesús es la consecuencia directa de su ontología de Hijo de Dios hecho hombre. Si Jesús

fuera un creyente como nosotros, aunque de manera ejemplar, no podría ser el revelador verdadero que nos muestra el rostro del Padre. Son evidentes las conexiones de este punto con cuanto se ha dicho en el n. IV sobre la relación de Jesús con el Reino, y se dirá a continuación en el n. VI sobre el valor salvífico que Jesús atribuyó a su muerte. En la reflexión del Autor desaparece de hecho el carácter único de la mediación y de la revelación de Jesús, que de esta manera queda reducido a la condición de revelador que podemos atribuir a los profetas o a los místicos.

Jesús, el Hijo de Dios hecho carne, goza de un conocimiento íntimo e inmediato de su Padre, de una “visión”, que ciertamente va más allá de la fe. La unión hipostática y su misión de revelación y redención requieren la visión del Padre y el conocimiento de su plan de salvación. Es lo que indican los textos evangélicos ya citados.

Esta doctrina ha sido expresada en diversos textos magisteriales de los últimos tiempos: “Aquel amorosísimo conocimiento que desde el primer momento de su encarnación tuvo de nosotros el Redentor divino, está por encima de todo el alcance escrutador de la mente humana; toda vez que, en virtud de aquella visión beatífica de que gozó apenas acogido en el seno de la madre de Dios”[20].

Con una terminología algo diversa insiste también en la visión del Padre el Papa Juan Pablo II: “Fija [Jesús] sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento

y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor”[21].

También el *Catecismo de la Iglesia Católica* habla del conocimiento inmediato que Jesús tiene del Padre: “Es ante todo el caso del conocimiento íntimo e inmediato que el Hijo de Dios hecho hombre tiene de su Padre”[22]. “El conocimiento humano de Cristo, por su unión con la Sabiduría divina en la persona del Verbo encarnado gozaba de la plenitud de la ciencia de los designios eternos que había venido a revelar”[23].

La relación de Jesús con Dios no se expresa correctamente diciendo que era un creyente como nosotros. Al contrario, es precisamente la intimidad y el conocimiento directo e inmediato que él tiene del Padre lo que le permite revelar a los hombres el misterio del amor divino. Sólo así nos puede introducir en él.

VI. El valor salvífico de la muerte de Jesús.

9. Algunas afirmaciones del P. Sobrino hacen pensar que, según él, Jesús no ha atribuido a su muerte un valor salvífico: “Digamos desde el principio que el Jesús histórico no interpretó su muerte de manera salvífica, según los modelos soteriológicos que, después, elaboró el Nuevo Testamento: sacrificio expiatorio, satis-

facción vicaria [...]. En otras palabras, no hay datos para pensar que Jesús otorgara un sentido absoluto trascendente a su propia muerte, como hizo después el Nuevo Testamento” (*Jesucristo*, 261). “En los textos evangélicos no se puede encontrar inequívocamente el significado que Jesús otorgó a su propia muerte” (*ibidem*). “...puede decirse que Jesús va a la muerte con confianza y la ve como último acto de servicio, más bien a la manera de ejemplo eficaz y motivante para otros que a la manera de mecanismo de salvación para otros. Ser fiel hasta el final, eso es ser humano” (*Jesucristo*, 263).

En un primer momento la afirmación del Autor parece limitada, en el sentido de que Jesús no habría atribuido un valor salvífico a su muerte con las categorías que después usó el Nuevo Testamento. Pero después se afirma que no hay datos para pensar que Jesús otorgara un sentido absoluto trascendente a su propia muerte. Se dice sólo que va a la muerte con confianza y le atribuye un valor de ejemplo motivante para otros. De esta manera los numerosos pasajes del Nuevo Testamento que hablan del valor salvífico de la muerte de Cristo[24] resultan privados de toda conexión con la conciencia de Cristo durante su vida mortal. No se toman debidamente en consideración los pasajes evangélicos en los que Jesús atribuye a su muerte un significado en orden a la salvación; en particular *Mc* 10,45[25]: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”; y las palabras de la institución de la eucaristía: “Ésta es mi sangre de la alianza,

que va a ser derramada por muchos”[26]. De nuevo aparece aquí la dificultad a la que antes se ha hecho mención en cuanto al uso que el P. Sobrino hace del Nuevo Testamento. Los datos neotestamentarios ceden el paso a una hipotética reconstrucción histórica, que es errónea.

10. Pero el problema no se reduce a la conciencia con la que Jesús habría afrontado su muerte y al significado que él le habría dado. El P. Sobrino expone también su punto de vista respecto al significado soteriológico que se debe atribuir a la muerte de Cristo: “Lo salvífico consiste en que ha aparecido sobre la tierra lo que Dios quiere que sea el ser humano [...]. El Jesús fiel hasta la cruz es salvación, entonces, al menos en este sentido: es revelación del *homo verus*, es decir, de un ser humano en el que resultaría que se cumplen tácticamente las características de una verdadera naturaleza humana [...]. El hecho mismo de que se haya revelado lo humano verdadero contra toda expectativa, es ya buena noticia, y por ello, es ya en sí mismo salvación [...]. Según esto, la cruz de Jesús como culminación de toda su vida puede ser comprendida salvíficamente. Esta eficacia salvífica se muestra más bien a la manera de la causa ejemplar que de la causa eficiente. Pero no quita esto que no sea eficaz [...]. No se trata pues de causalidad eficiente, sino de causalidad ejemplar” (*Jesucristo*, 293-294).

Por supuesto, hay que conceder todo su valor a la eficacia del ejemplo de Cristo, que el Nuevo Testamento menciona explícitamente[27]. Es una dimensión de

la soteriología que no se debe olvidar. Pero no se puede reducir la eficacia de la muerte de Jesús al ejemplo, o, según las palabras del Autor, a la aparición del *homo verus*, fiel a Dios hasta la cruz. El P. Sobrino usa en el texto citado expresiones como “al menos” y “más bien”, que parecen dejar abierta la puerta a otras consideraciones. Pero al final esta puerta se cierra con una explícita negación: no se trata de causalidad eficiente, sino de causalidad ejemplar. La redención parece reducirse a la aparición del *homo verus*, manifestado en la fidelidad hasta la muerte. La muerte de Cristo es *exemplum* y no *sacramentum* (don). La redención se reduce al moralismo. Las dificultades cristológicas notadas ya en relación con el misterio de la encarnación y la relación con el Reino afloran aquí de nuevo. Sólo la humanidad entra en juego, no el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación. Las afirmaciones del Nuevo Testamento y de la Tradición y el Magisterio de la Iglesia sobre la eficacia de la redención y de la salvación operadas por Cristo no pueden reducirse al buen ejemplo que éste nos ha dado. El misterio de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la fuente única e inagotable de la redención de la humanidad, que se hace eficaz en la Iglesia mediante los sacramentos.

Afirma el Concilio de Trento en el Decreto sobre la justificación: “...el Padre celestial, «Padre de la misericordia y Dios de toda consolación» (2 Cor 1,3), cuando llegó la bienaventurada «plenitud de los tiempos» (Ef 1,10; Gál 4,4) envió a los

hombres a su Hijo Cristo Jesús [...], tanto para redimir a los judíos «que estaban bajo la ley» (Gál 4,5) como para que «las naciones que no seguían la justicia, aprehendieran la justicia» (Rom 9,30) y todos «recibieran la adopción de hijos» (Gál 4,5). A éste «propuso Dios como propiciador por la fe en su sangre» (Rom 3,25), «por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo» (1jn 2,2)”[28].

Se afirma en el mismo decreto que la causa meritoria de la justificación es Jesús, Hijo unigénito de Dios, “el cual, «cuando éramos enemigos» (Rom 5,10), «por la excesiva caridad con que nos amó» (Ef 2,4) nos mereció la justificación con su santísima pasión en el leño de la cruz, y satisfizo por nosotros a Dios Padre”[29].

El Concilio Vaticano II enseña: “El Hijo de Dios, en la naturaleza humana que unió a sí, venciendo la muerte con su muerte y resurrección, redimió al hombre y lo transformó en una criatura nueva (cf. Gál 6,15; 2Cor 5,17). A sus hermanos, convocados de entre todas las gentes, los constituyó místicamente como su cuerpo, comunicándoles su Espíritu. La vida de Cristo en este cuerpo se comunica a los creyentes, que se unen misteriosa y realmente a Cristo que ha padecido y ha sido glorificado por medio de los sacramentos”[30].

El *Catecismo de la Iglesia Católica* indica a su vez: “Este designio divino de salvación por la muerte del Siervo, el Justo, había sido anunciado previamente en las

Escrituras como misterio de Redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado. San Pablo confiesa, en una profesión de fe que dice haber «recibido, que Cristo murió por nuestros pecados *según las Escrituras*» (1 Cor 15,3). La muerte redentora de Jesús cumple en particular la profecía del Siervo sufriente. Jesús mismo ha presentado el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo sufriente»[31].

Conclusión

11. La teología nace de la obediencia al impulso de la verdad que tiende a comunicarse y del amor que desea conocer cada vez mejor a aquél que ama, Dios mismo, cuya bondad hemos reconocido en el acto de fe[32]. Por eso, la reflexión teológica no puede tener otra matriz que la fe de la Iglesia. Solamente a partir de la fe eclesial, el teólogo puede adquirir, en comunión con el Magisterio, una inteligencia más profunda de la palabra de Dios contenida en la Escritura y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia[33].

La verdad revelada por Dios mismo en Jesucristo, y transmitida por la Iglesia, constituye, pues, el principio normativo último de la teología[34], y ninguna otra instancia puede superarla. En su referencia a este manantial perenne, la teología es fuente de auténtica novedad y luz para los hombres de buena voluntad. Por este motivo la investigación teológica dará frutos tanto más abundantes y maduros, para el

bien de todo el pueblo de Dios y de toda la humanidad, cuanto más se inserte en la corriente viva que, gracias a la acción del Espíritu Santo, procede de los apóstoles y que ha sido enriquecida con la reflexión creyente de las generaciones que nos han precedido. Es el Espíritu Santo quién introduce a la Iglesia en la plenitud de la verdad[35], y sólo en la docilidad a este “don de lo alto” la teología es realmente eclesial y está al servicio de la verdad.

El fin de la presente *Notificación* es, precisamente, hacer notar a todos los fieles la fecundidad de una reflexión teológica que no teme desarrollarse dentro del flujo vital de la Tradición eclesial.

El Sumo Pontífice Benedicto XVI, durante la Audiencia concedida al suscrito Cardenal Prefecto el 13 de octubre de 2006, ha aprobado la presente Notificación, decidida en la Sesión Ordinaria del Dicasterio, y ha ordenado que sea publicada.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 26 de noviembre de 2006, Fiesta de N. S. Jesucristo Rey del Universo.

William Cardenal Levada
Prefecto

Angelo Amato, S.D.B.
Arzobispo titular de Sila
Secretario

NOTAS

- [1] Cf. p. ej. *infra* el n. 6.
- [2] Cf. Conc. Vaticano II, Decr. *Optatam Totius*, 16; Juan Pablo II, Carta Enc. *Fides et Ratio*, 65: AAS 91 (1999), 5-88.
- [3] Cf. *ITes* 1,10; *Flp* 2,5-11; *ICor* 12,3; *Rom* 1,3-4; 10,9; *Col* 2,9, etc.
- [4] Cf. los Concilios de Nicea, DH 125; Constantinopla, DH 150; Éfeso, DH 250-263; Calcedonia DH 301-302.
- [5] Cf. DH 252-263.
- [6] Cf. DH 301.
- [7] Pío XII, Carta Enc. *Sempiternus Rex*: AAS 43 (1951), 638; DH 3905.
- [8] Conc. de Éfeso, *Anathematismi Cyrilli Alex.*, DH 252.
- [9] *Ibidem*, DH 255.
- [10] *ICor* 12,3; *Flp* 2,11.
- [11] Cf. *ICor* 8,6.
- [12] Cf. Orígenes, *In Mt. Hom.*, 14,7; Tertuliano, *Adv. Marcionem*, IV 8; Hilario de Poitiers, *Com. in Mt.* 12,17.
- [13] Juan Pablo II, Carta Enc. *Redemptoris Missio*, 16: AAS 83 (1991), 249-340.
- [14] *Ibidem*, 18.
- [15] *Ibidem*.
- [16] *Ibidem*, 5.
- [17] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus*, 15: AAS 92 (2000), 742-765.
- [18] *Jn* 6,46; cf. también *Jn* 1,18.
- [19] Cf. *Mt* 11,25-27; *Lc* 10,21-22.
- [20] Pío XII, Carta Enc. *Mystici Corporis*, 75: AAS 35 (1943) 230; DH 3812.
- [21] Juan Pablo II, Carta Apost. *Novo Millennio Ineunte*, 26: AAS 93 (2001), 266-309.
- [22] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 473.
- [23] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 474.
- [24] Cf. p. ej. *Rom* 3,25; *2Cor* 5,21; *1Jn* 2,2, etc.
- [25] Cf. *Mt* 20,28.
- [26] *Mc* 14,24; cf. *Mt* 26,28; *Lc* 22,20.
- [27] Cf. *Jn* 13,15; *1Pe* 2,21.
- [28] Conc. Di Trento, Decr. *De iustificatione*, DH 1522.
- [29] *Ibidem*, DH 1529, cf. DH 1560.
- [30] Conc. Vaticano II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 7
- [31] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 601.
- [32] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Donum veritatis*, 7: AAS 82 (1990), 1550-1570.
- [33] Cf. *ibidem*, 6.
- [34] Cf. *ibidem*, 10.
- [35] Cf. *Jn* 16,13.

Nota explicativa a la notificación sobre las obras del P. Jon Sobrino S. J.

1. *El interés de la Iglesia por los pobres*

Es función propia de la Congregación para la Doctrina de la Fe promover y tutelar la doctrina sobre la fe y las costumbres en todo el orbe católico[1]. En tal modo se quiere servir a la fe del pueblo de Dios y en particular a sus miembros más sencillos y pobres. La preocupación por los más sencillos y pobres es, desde el inicio, uno de los rasgos que caracteriza la misión de la Iglesia. Si es cierto, como también lo ha recordado el Santo Padre, que «la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo»[2], entonces todos los hombres tienen derecho a conocer al Señor Jesús, que es «esperanza de las naciones y salvador de los pueblos», y a mayor razón cada cristiano tiene derecho de conocer de modo adecuado, auténtico e integral, la verdad que la Iglesia confiesa y expresa acerca de Cristo. Ese derecho es el fundamento del deber correspondiente del magisterio eclesial de intervenir cada vez que la verdad es puesta en peligro o negada.

Por todo ello, la Congregación se ha visto en el deber de publicar la *Notificación* adjunta sobre algunas obras del P. Jon Sobrino S.I. en las cuales se han encontrado diversas proposiciones erróneas o peligrosas que pueden causar daño a los fieles. El P. Sobrino, en sus obras, manifiesta preocupación por la situación de los pobres y oprimidos especialmente en América Latina. Esta preocupación es ciertamente la de la Iglesia entera. La misma Congregación para la Doctrina de la Fe, en su Instrucción *Libertatis conscientia* sobre

libertad cristiana y liberación, indicaba que «la miseria humana atrae la compasión de Cristo Salvador que la ha querido cargar sobre sí e identificarse con los “más pequeños de sus hermanos” (cf. *Mt* 25,40.45)» y que «la opción preferencial por los pobres, lejos de ser un signo de particularismo o de sectarismo, manifiesta la universalidad del ser y de la misión de la Iglesia. Dicha opción no es exclusiva. Ésta es la razón por la que la Iglesia no puede expresarla mediante categorías sociológicas o ideológicas reductivas, que harían de esta preferencia una opción partidista y de naturaleza conflictiva»[3]. Ya previamente la misma Congregación, en la Instrucción *Libertatis nuntius* sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, había observado que las advertencias sobre esta corriente teológica contenidas en el documento no se podían interpretar como un reproche hacia quienes deseaban ser fieles a la “opción preferencial por los pobres” ni podían en modo alguno servir de excusa a quienes se muestran indiferentes a los gravísimos problemas de la miseria y de la injusticia[4].

Estas afirmaciones muestran con claridad la posición de la Iglesia en este complejo problema: «Las desigualdades inicuas y las opresiones de todo tipo que afectan hoy a millones de hombres y mujeres están en abierta contradicción con el Evangelio de Cristo y no pueden dejar tranquila la conciencia de ningún cristiano. La Iglesia, dócil al Espíritu, avanza con fidelidad por los caminos de la liberación auténtica. Sus miem-

bros son conscientes de sus flaquezas y de sus retrasos en esta búsqueda. Pero una multitud de cristianos, ya desde el tiempo de los Apóstoles, han dedicado sus fuerzas y sus vidas a la liberación de toda forma de opresión y a la promoción de la dignidad humana. La experiencia de los santos y el ejemplo de tantas obras de servicio al prójimo constituyen un estímulo y una luz para las iniciativas liberadoras que se imponen hoy»[5].

2. Procedimiento para el examen de las doctrinas

A la *Notificación* arriba mencionada se ha llegado tras un atento examen de los escritos del P. Sobrino según el procedimiento establecido para el examen de las doctrinas. El modo de proceder de la Congregación para la Doctrina de la Fe para formarse un juicio sobre escritos que aparecen como problemáticos puede explicarse brevemente. Cuando la Congregación considera que los escritos de un autor determinado presentan dificultades desde el punto de vista doctrinal, de tal manera que de ellos se deriva o puede derivarse un daño grave para los fieles, se inicia un procedimiento regulado por el Reglamento del 29 de junio de 1997, que fue en su día aprobado por el Papa Juan Pablo II[6].

El *procedimiento ordinario* prevé que se pida la opinión de algunos peritos en la materia tratada. El parecer de los mismos, junto con todas las noticias útiles para el examen del caso, seguidamente se somete a la consideración de la *Consulta*, o sea, la instancia de la Congregación formada por expertos en las diferentes disciplinas teológicas. Toda la po-

nencia, incluyendo el verbal de la discusión, la votación general y los votos particulares de los *Consultores* sobre la eventual existencia en los escritos de errores doctrinales u opiniones peligrosas, es sometida al examen de la *Sesión Ordinaria* de la Congregación, compuesta por los Cardenales y Obispos miembros del Dicasterio, la cual examina minuciosamente toda la cuestión y decide si se debe proceder o no a una contestación al *Autor*. La decisión de la *Sesión Ordinaria* es sometida a la aprobación del *Sumo Pontífice*. Si se decide proceder a la contestación, la lista de proposiciones erróneas o peligrosas se comunica, a través del *Ordinario*, al *Autor*, el cual dispone de tres meses útiles para responder. Si la *Sesión Ordinaria* considera que la respuesta es suficiente, no se procede ulteriormente. De lo contrario se toman las medidas adecuadas. Una de éstas puede ser la publicación de una *Notificación* en la que se detallan las proposiciones erróneas o peligrosas encontradas en los escritos del *Autor*.

Cuando se considera que los escritos son evidentemente erróneos y de su divulgación podría derivar o ya deriva un grave daño a los fieles[7], el procedimiento se abrevia. Se nombra una *Comisión* de expertos encargada de determinar las proposiciones erróneas y peligrosas. El parecer de dicha *Comisión* se somete a la *Sesión Ordinaria* de la Congregación. En el caso de que las proposiciones se juzguen efectivamente erróneas y peligrosas, después de la aprobación del *Santo Padre*, siempre a través del *Ordinario*, se transmiten al *Autor*, para que éste las corrija en un plazo de dos meses útiles. Su respuesta es examinada por la *Sesión Ordinaria*, que adopta las medidas oportunas.

3. *El caso particular del P. Sobrino*

En el presente caso, la misma *Notificación* indica los pasos que se siguieron según el *procedimiento urgente*. Se optó por tal procedimiento teniendo en cuenta entre otras razones la gran difusión que, sobre todo en América Latina, han alcanzado las obras del P. Jon Sobrino. En ellas se encontraron graves deficiencias tanto de orden metodológico como de contenido. Sin reproducir aquí cuanto en la *Notificación* se indica en detalle, se hace notar que entre las deficiencias de orden metodológico se encuentra la afirmación según la cual la Iglesia de los pobres es el lugar eclesial de la cristología y ofrece la dirección fundamental de la misma, olvidando que el único “lugar eclesial” válido en la cristología, como de la teología en general, es la fe apostólica, que la Iglesia transmite a todas las generaciones. El P. Sobrino tiende a disminuir el valor normativo de las afirmaciones del Nuevo Testamento y de los grandes Concilios de la Iglesia antigua. Estos errores de índole metodológica llevan a conclusiones no conformes con la fe de la Iglesia acerca de puntos centrales de la misma: la divinidad de Jesucristo, la encarnación del Hijo de Dios, la relación de Jesús con el Reino de Dios, su autoconciencia, el valor salvífico de su muerte.

Al respecto, la Congregación para la Doctrina de la Fe escribía: «una reflexión teológica desarrollada a partir de una experiencia particular puede constituir un aporte muy positivo, ya que permite poner en evidencia algunos aspectos de la Palabra de Dios, cuya riqueza total no ha sido aún plenamente percibida. Pero para que esta reflexión sea verdaderamente una lectura de la Escritura, y no una proyección sobre la Palabra de Dios de un significado que no está contenido en ella, el teólogo ha de estar atento a interpretar la experiencia de la que él parte a la luz de la experiencia de la Iglesia misma. Esta experiencia de la Iglesia brilla con singular resplandor y con toda su pureza en la vida de los santos. Compete a los Pastores de la Iglesia, en comunión con el Sucesor de Pedro, discernir su autenticidad»[8].

Por lo tanto, con esta *Notificación*, se espera ofrecer a los pastores y a los fieles un criterio seguro, fundado en la doctrina de la Iglesia para un juicio recto acerca de estas cuestiones, muy relevantes tanto desde el punto de vista teológico como pastoral.

NOTAS

[1] Cf. Juan Pablo II, Const. Apost. *Pastor bonus*, 48: AAS 80 (1988), 841-934)

[2] Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2006*.

[3] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis conscientia*, 68: AAS 79 (1987), 554-599.

[4] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis nuntius, Proemio*: AAS 76 (1984) 876-909.

[5] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis nuntius*, 57.

[6] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Agendi Ratio in Doctrinarum Examine*: AAS 89 (1997) 830-835.

[7] Cf. *ibidem*, 23

[8] Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis conscientia*, 70.

Intervención de la Santa Sede en la 50ª Sesión de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer del ECOSOC de la ONU (3-3-2006)

El progreso de la mujer, progreso de todos

Señora presidenta:

Con ocasión de la 50ª Sesión de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, esta Delegación desea iniciar su intervención reconociendo por un lado el avance realizado a favor de la mujer durante estos importantes debates y deliberaciones, así como los reveses registrados en determinados ambientes.

Mirando hacia atrás, la Comisión puede estar satisfecha del creciente perfil que la temática femenina va asumiendo en el escenario político mundial, tal y como quedó elocuentemente ilustrado en el *Documento de Resultados* de la Cumbre Mundial, en el que los líderes expresaron su convicción de que «el progreso de la mujer es progreso de todos». Entre otros asuntos, la Cumbre Mundial subrayó con acierto la interdependencia existente entre el desarrollo, la paz, la seguridad y los derechos humanos. Puso además de relieve que, para que ejerzan un impacto positivo especialmente en las mujeres más pobres y vulnerables, dichos factores deben aunarse todavía más a través de una acción política sabia, por el bien de todos los pueblos del mundo.

No deberíamos perder de vista el objetivo de esta Comisión, que estriba en redactar recomendaciones e informes

para el ECOSOC sobre la promoción de los derechos de la mujer en ámbito político, económico, civil, social y educativo, con vistas a alcanzar la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y a promover el progreso social y mejores estándares de vida con mayor libertad. La *Carta de las Naciones Unidas* justamente se compromete a fomentar el respeto universal y la observancia de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, así como a utilizar los mecanismos internacionales para la promoción del avance económico y social de todos los pueblos.

Por este motivo, los intentos de reemplazar las actuales desigualdades han de acometerse de manera oportuna y valiente y al mismo tiempo con gran cuidado. Sería de desear que las políticas encaminadas a dotar de equilibrio e imparcialidad a las estructuras sociales y políticas estén concebidas de forma que el propio éxito de las mismas impulse a todos a trabajar por el progreso auténtico de la mujer. Cuantos quieran favorecer el avance de la mujer han de procurarlo en virtud de la fuerza moral de sus convicciones. Y nunca podrán conseguirlo si insisten en vincular la libertad la dignidad y la igualdad de la mujer a políticas erróneas que han menoscabado un progreso auténtico de la mujer en los últimos tiempos.

En relación con los temas del desarrollo y de la paz, objeto de discusión del presente examen, siguen existiendo desafíos patentes para las mujeres y las niñas, especialmente en países aquejados de conflictos armados o de pobreza, cuando no de ambos factores al mismo tiempo.

En el presente contexto, esta Delegación pone de relieve que el Año del Microcrédito, recién terminado, ha llamado la atención sobre el considerable éxito de la microfinanciación, algo que ha ejercido un impacto especialmente positivo, principalmente gracias a emprendedoras de países en desarrollo. Se trata de un fenómeno que ha contado con el apoyo de las Iglesias católicas locales durante muchos años mediante programas paralelos y pequeños créditos informales, concedidos a personas pobres cuyas necesidades no se vieron atendidas por las instituciones financieras. Resulta sumamente alentador ver la paciencia, la honradez y la laboriosidad de las mujeres pobres recompensadas de esta forma en muchos lugares, fenómeno éste que procede impulsar prestando atención a la reforma de estructuras que fomenten a su vez la difusión y el éxito permanente de nuevas iniciativas en este campo.

No cabe duda de que alrededor del año 2050 asistiremos al envejecimiento de la población mundial de una forma hasta ese momento inédita en los anales de la historia humana. La mujer sigue viviendo por regla general más que el hombre, pero las mujeres ancianas se ven a veces vergonzosamente desatendidas por los encargados de adoptar políticas y por

los organismos creados precisamente para responder a las necesidades de la mujer. Por eso resultaría apropiado reconsiderar las políticas dirigidas a las mujeres ancianas, que con frecuencia se han ocupado de los demás durante su edad adulta, y que en justicia deberían recibir, a su vez, un apoyo adecuado.

Por lo que atañe a los migrantes en general, éstos constituyen el 2,9% de la población mundial, es decir, entre 185 y 192 millones de personas, aproximadamente la mitad de las cuales son mujeres. Ocurre con bastante frecuencia que la mujer migrante se convierta en la principal fuente de ingresos de su familia. Las oportunidades de empleo más comunes para ella, aparte del servicio doméstico, consisten en la ayuda a ancianos, la asistencia a enfermos y la hostelería. Éstas también son áreas en las que debe asegurarse un tratamiento equitativo a la mujer migrante por el respeto a su feminidad, en el reconocimiento de su igualdad de derechos.

Un asunto relacionado con éste, el de la trata de seres humanos, ejerce un impacto particularmente negativo en la mujer. Se dan casos de mujeres y niñas explotadas prácticamente como esclavas en su trabajo, y con bastante frecuencia en la industria del sexo. La cultura que fomenta la explotación sistemática de la sexualidad, tan extendida como malsana para la sociedad, debe afrontarse algo más que palabras bonitas.

Tal vez debamos añadir aquí el hecho de que, con ocasión de conflictos armados,

mujeres y niñas son, además, víctimas de violaciones sistemáticas con objetivos políticos. Cuantos permiten, promueven u ordenan semejantes acciones merecen el correspondiente castigo, al igual que los responsables directos de tales crímenes. Es preciso cumplir con la protección debida a la mujer con arreglo al artículo 27 de la IV Convención de Ginebra, así como con sus Protocolos Adicionales I y II.

La Santa Sede condena severamente, una vez más, la violencia sexual que a menudo se ceba en mujeres y niñas, y alienta la aprobación de leyes que las defiendan eficazmente de ella. En nombre del respeto debido a la persona humana, tampoco podemos dejar de condenar la cultura -ampliamente extendida- que promueve la explotación sistemática de la sexualidad y

llega a corromper incluso a niñas de muy corta edad para que cedan el uso de su cuerpo en beneficio de una industria mundial cuyo volumen de negocios asciende a unos tres mil millones de dólares.

Se ha descrito el movimiento femenino como «el gran proceso de liberación de la mujer». Ha sido un camino difícil y complicado, e incluso, a veces, no exento de su cuota de errores. Pero, esencialmente, podemos decir que ha sido un camino positivo, si bien aún por terminar, contando con el esfuerzo de todas las personas de buena voluntad con vistas a que la mujer sea reconocida, respetada y apreciada en esa dignidad especial que le corresponde.

Gracias, señora presidenta.

Intervención de la profesora Mary Ann Glendon, presidenta de la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales, miembro de la delegación de la Santa Sede, en la 49ª Sesión de la Comisión sobre el Estado de las Mujeres (Nueva York, 28-2/1-3-2005), sobre el tema: «Continuación de la Cuarta Conferencia Internacional sobre las Mujeres y de la XXIII sesión especial de la Asamblea General» (8-3-2005)

La educación es la clave para sacar a las mujeres y sus familias de la pobreza

Señora presidenta:

1.- n 2005, las Naciones Unidas celebrarán los *aniversarios de los cinco momentos históricos cuando la familia de las naciones dio aliento e ímpetu a las mujeres en su petición de reconocimiento de sus iguales derechos y dignidad*. La primera y más im-

portante consecuencia de estos momentos tuvo lugar hace exactamente sesenta años. Fue en la primavera de 1945 cuando los fundadores de las Naciones Unidas sorprendieron a muchos al proclamar su «fe... en la dignidad y el valor de la persona humana» y «en los derechos iguales de los hombres y las mujeres». Entonces no

había un solo país en el mundo en que las mujeres gozaran de total igualdad legal y social. Realzando una visión diferente en la Carta de las Naciones Unidas, hombres y mujeres clarividentes aceleraron un proceso que pronto daría oportunidades sin precedentes para las mujeres en el mundo. A medida que ese proceso se aceleraba, las cuatro conferencias sobre las mujeres de las Naciones Unidas -en la Ciudad de México, Copenhague, Nairobi y Pekín- proporcionaron ocasiones en etapas clave para valorar el progreso y trazar nuevas direcciones. Hoy, el principio de igualdad está oficialmente aceptado en casi todo el mundo, y cada vez ha sido más aceptado en una variedad de contextos sociales.

Sin embargo, incluso cuando celebramos estos grandes logros, las mujeres se están enfrentado a nuevos desafíos. Pues los mismos años que vimos grandes avances para muchas mujeres, aparecieron nuevas formas de pobreza para muchas otras y nuevas amenazas a la vida y dignidad humanas.

2.- *Se advierte sinceramente que el camino de las mujeres es todavía largo por el hecho de que hoy tres cuartas partes de la población pobre en el mundo está compuesta por mujeres y niños.* En el mundo en vías de desarrollo, cientos de millones de mujeres y niños carecen de la adecuada nutrición, de higiene y de atención básica a la salud. E incluso en las sociedades opulentas, las caras de los pobres son predominantemente las de las mujeres y niños, pues, como se señaló en la Plataforma de Pekín, hay una fuerte correlación entre la ruptu-

ra familiar y la pobreza de las mujeres. Los costes de los rápidos aumentos en el divorcio y las familias monoparentales han caído pesadamente sobre las mujeres, y lo más pesado de todo sobre aquellas mujeres que han hecho sacrificios personales para cuidar a los niños y a otros miembros de la familia.

3.- Hace diez años, la Plataforma de Pekín, proclamó que «la clave para sacar a las mujeres y sus familias de la pobreza es la educación». La Santa Sede, con su dedicación de muchos años a educar a las mujeres y a las niñas, observa sin embargo con preocupación, que las mejoras en este frente han sido lentas con las niñas que todavía forman la mayoría de más de 100 millones de niños con la edad escolar de primaria que no están matriculados en la escuela (*«Un mundo apropiado para los niños», Informe de la Segunda Cumbre Mundial para los Niños, párrafo 38 - 2002*). Hasta que se establezcan las condiciones para que cada niña desarrolle su total potencial humano, no sólo se impedirá el progreso de las mujeres, sino que la humanidad estará privada de uno de los mayores recursos sin explotar de la inteligencia y la creatividad.

4.- Además, cuando miramos hacia adelante, vemos que una nueva sombra ha caído sobre el camino de las mujeres, debido a la estructura cambiante de la edad de las poblaciones del mundo. La combinación de mayor longevidad, caída de los índices de la natalidad, aumentos de los costes de la atención a la salud y la escasez de cuidadores está ya haciendo aumentar

las tensiones entre las poblaciones jóvenes y mayores. Este cambio en las proporciones de dependencia plantea serias preguntas sobre el futuro bienestar de las frágiles personas mayores, y especialmente de la mujeres que, con su mayor longevidad, están desproporcionadamente representadas entre las personas mayores dependientes y con más probabilidad de estar en la pobreza. En un mundo que se ha convertido en peligrosamente descuidado sobre la protección de la vida humana en sus principios y finales frágiles, las mujeres mayores tienen más probabilidad de estar en un riesgo especial.

5.- *En su Declaración Final en la Conferencia de Pekín, la Santa Sede expresó el miedo de que las secciones de los documentos de Pekín que tratan de las mujeres en situación de pobreza quedaran en promesas vacías a menos que estén respaldadas por programas bien pensados y compromisos financieros.* Hoy, con desigualdades crecientes de riqueza y oportunidades, debemos expresar de nuevo esa preocupación. Los recientes descubrimientos del Proyecto del Milenio de las Naciones Unidas, así como las observaciones de primera mano de la educación de más de 300.000 católicos, el servicio de la salud y los organismos de ayuda, que sirven principalmente a las personas más marginadas, confirman que los miedos que nosotros expresamos en 1995 siguen estando bien fundados.

6.- Señora presidenta, lo que hace que la difícil situación de las mujeres más perjudicadas sea un escándalo y una tragedia es el hecho de que por primera vez en la

historia la humanidad tiene finalmente los medios para derrotar el hambre y la pobreza. Programas de acción factibles, tales como los expuestos en los Objetivos de Desarrollo del Milenio, han perfilado pasos que, si se dan, podrían sacar de la extrema pobreza a más de 500 millones de personas antes del año 2015. Pero el movimiento hacia este objetivo ha caído ya por debajo de las metas establecidas. Claramente, los objetivos y los planes de acción no son suficientes. Lo que se necesita, como recientemente hizo observar el Papa Juan Pablo II, es «una vasta movilización moral de la opinión pública... sobre todo en aquellos países que han alcanzado un nivel de vida satisfactorio y próspero» (*Discurso al Cuerpo Diplomático*, enero de 2005, n. 6: ECCLESIA, núm. 3.241 [2005], pág. 119).

A este respecto, señora presidenta, la Santa Sede quiere aprovechar esta ocasión para reafirmar sus compromisos de muchos años en la educación y la salud de las mujeres y de las niñas, y prometer sus redoblados esfuerzos para despertar las conciencias de los privilegiados.

7.- Finalmente, señora presidenta, como la marcha de las mujeres avanza, queremos señalar otro problema al que ninguna sociedad ha encontrado todavía una solución satisfactoria. *La aplicación del principio de igualdad a las circunstancias reales de la vida de la mayoría de las mujeres -madres y otras que dan prioridad a los papeles de cuidar a las personas- continúa siendo un desafío.* El problema de armonizar las aspiraciones de las mujeres

para una mayor participación en la vida social y económica con sus papeles en la vida familiar es uno que las mismas mujeres son totalmente capaces de resolver. Pero el problema no se resolverá sin *realizar* algunos cambios importantes, se podría decir incluso radicales, en la sociedad. En primer lugar, los políticos deben atender más atentamente a los relatos de las mujeres sobre lo que es importante para ellas, más bien que a los grupos con intereses especiales que pretenden hablar en nombre de las mujeres, pero que con frecuencia no tienen los intereses de las mismas en el corazón. En segundo lugar, el cuidar a los demás, pagado o sin pagar, debe recibir el respeto que merece como una de las formas más importantes del trabajo humano. Y en tercer lugar, el trabajo pagado debe estructurarse de tal *manera que* las mujeres no tengan que pagar por su seguridad y progreso a expensas de los papeles en los que muchos millones de ellas encuentran su realización más profunda (*Laborem Exercens*, n. 19). En suma, el problema no se resolverá hasta que los valores huma-

nos primen sobre los valores económicos. Nadie puede negar, señora presidenta, que esos pasos requerirían profundos cambios en actitudes y organizaciones (Juan Pablo II, *Mensaje a Gertrude Mongella*, 5). Pero fue nada menos que una profunda transformación cultural que los fundadores de las Naciones Unidas concibieron hace sesenta años cuando proclamaron audazmente la igualdad de las mujeres e insistieron con igual vigor en la protección de la familia, maternidad e infancia (*Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas* en 1948, arts. 1, 2, 16 y 25). Fue nada menos que una profunda transformación cultural que ellos concibieron cuando se comprometieron en promover «mejores niveles de vida con mayor libertad» para todas las mujeres y hombres (*Declaración Universal de los Derechos Humanos, Preámbulo*). Ahora que hemos llegado tan lejos para hacer de este sueño una realidad, ¿no tendremos el valor de seguir hasta el final?

Gracias, señora presidenta.

Intervención de monseñor Celestino Migliore, observador permanente de la Santa Sede ante la ONU, en la Tercera Comisión de la 60ª Sesión de la Asamblea General, sobre el punto 65: «Realización del Resultado de la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres y de la Sesión Especial de la Asamblea General, titulada «Mujeres 2000: igualdad de género, desarrollo y paz en el siglo XXI» (14-10-2005)

La inversión en la educación de las niñas, clave para el total desarrollo de las mujeres

Señor presidente:

La Delegación de la Santa Sede continúa prestando atención al proceso de

seguimiento de la Declaración de Pekín y la Plataforma de Acción, así como a los subsiguientes documentos resultantes. A pesar de algunos avances positivos en la

condición de las mujeres en el mundo de hoy, la vulnerabilidad sigue siendo una constante en la vida *de* las mujeres.

La violencia contra las mujeres en todas sus formas, incluyendo la violencia doméstica y las dañinas prácticas tradicionales, es una grave violación de la dignidad de las mujeres y de sus derechos humanos. En algunos países el feticidio y el infanticidio femenino continúan. A menudo, la violencia contra las mujeres es el resultado de considerar a una mujer, no como una persona humana con iguales derechos que los demás, sino como un objeto para ser explotado. En este contexto, existe un aumento del flagelo del tráfico de las mujeres y las niñas, así como diversas formas de prostitución. Todas las formas de violencia contra las mujeres deben ser condenadas y la Santa Sede, por su parte, se esfuerza por trabajar en colaboración con todas las personas de buena voluntad, dando prioridad a las políticas sociales orientadas a la eliminación de las causas de tal violencia. Por ejemplo, en junio de este año, el Consejo Pontificio para los Migrantes e Itinerantes organizó un Encuentro Internacional de atención pastoral para la liberación de las mujeres de la calle.

Cualquier estrategia orientada a mejorar la vida de la mujeres debe incluir una consideración especial a las mujeres y las niñas víctimas de este flagelo. Aunque este proceso no será fácil, es esencial para que recuperen la autoestima, reconstruyan relaciones de confianza y sean conscientes de nuevo de su valor y dignidad.

De acuerdo con la reciente estadística de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), las mujeres representan el 60 por ciento *de* los 550 millones de los trabajadores pobres en el mundo. Estas mujeres no ganan lo suficiente para superar su pobreza y la de sus familias o el sueldo de un dólar al día. La pobreza impide a las mujeres satisfacer las necesidades básicas, tales como la nutrición, higiene, atención sanitaria básica y educación, y ello continúa privando a las sociedades de la contribución enriquecedora e irremplazable que sólo puede ser proporcionada por las mujeres.

Para revertir el proceso de feminización de la pobreza, mi delegación cree que se debería prestar atención a aumentar el acceso y control de las mujeres en las fuentes productivas y en el capital. Diferentes organizaciones católicas están comprometidas en programas de micro-créditos para mujeres, orientados a responsabilizarlas en proyectos de micro-créditos autogestionados en lugares como Camboya, Bosnia-Herzegovina, América Latina y el Caribe.

Una vez responsabilizadas, las mujeres jugarán un papel clave en el desarrollo y el bienestar de su familia, comunidad y sociedad. Todos los miembros de la sociedad tienen un papel en la promoción de esa capacitación.

El analfabetismo, presente especialmente entre las mujeres en zonas rurales, es un obstáculo evidente al desarrollo y a la consecución de los derechos básicos de las mujeres. Con la ayuda de los demás,

toda mujer tiene derecho a hacer pleno uso de su potencial, talentos y habilidades porque, como leemos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, «todo el mundo tiene derecho a la educación». Cada vez somos más conscientes del hecho de que la inversión en la educación de las niñas es la clave fundamental para el total desarrollo de las mujeres.

La Delegación de la Santa Sede reconoce que se deben abordar urgentemente las necesidades específicas de la atención sanitaria básica de las mujeres. Sabemos que muchas mujeres hoy siguen sin tener acceso incluso a la atención sanitaria básica. La Santa Sede continúa abogando por un enfoque holístico de la salud de la mujeres que no se centre exclusivamente en un solo aspecto, sino en sus necesidades de atención sanitaria general y completa.

Es una cuestión de seria preocupación que las mujeres sean especialmente vulnerables a las trágicas consecuencias de los problemas sanitarios mundiales y a las epidemias, tales como el VIH/SIDA y la malaria, al igual que a la falta de agua potable y servicios sanitarios. Además, las mujeres tienen derecho al mayor nivel de atención sanitaria durante el embarazo y el derecho a dar a luz en un entorno limpio y seguro, con ayuda profesional adecuada.

Está claro que aún queda mucho que hacer por el pleno progreso de las mujeres en el mundo actual. Es de esperar que las Naciones Unidas tengan un papel importante en la transformación de sus legítimas aspiraciones.

Gracias, señor presidente.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMARZO

- Día 1: Concelebración Eucarística en la iglesia parroquial de Celanova con motivo de la fiesta de San Rosendo.
- Día 2: Clausura de la Semana de la Familia, en primer lugar con una Eucaristía en la iglesia de los PP. Franciscanos, presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis D. Luis Quinteiro Fiuza y a continuación con una conferencia en el Ateneo de Ourense, titulada “El viaje de la vida”. El ponente fue D. Luis Narvarte, profesor universitario de Madrid.
- Día 6: Encuentro Interparroquial del Clero de las parroquias de la Ciudad de Ourense, en el Salón “Mundo Novo” del Obispado de Ourense.
- Día 9: LXX Cursillo de Cristiandad en la Casa Diocesana de Ejercicios “Santa María Madre”
- Día 12: Conferencia del Ilmo. Sr. D. Segundo L. Pérez López, Delegado Episcopal de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol para el Año Jubilar de San Rosendo, con el título: “San Rosendo ayer y hoy”.
- Día 13: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 14: Presentación del libro *Hijas de la Caridad en Ourense. Beneficencia y enseñanza (siglos XIX y XX)* del Rvdo. Hernández Figueiredo en el Centro Cultural de la Diputación, con motivo de los 150 años de las Hijas de la Caridad.
- Día 15: Celebración de Exequias por el E. D. de Sor Laurerana, Religiosa Misionera Sierva de San José en la iglesia parroquial de San Bernabé de A Valenzá.
- Día 16: Vigilia de Oración por las Vocaciones, en la parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte-Santo Domingo.

Inauguración de la exposición “Escultura policromada y dorada de la Diócesis de Ourense” en el Centro Cultural de la Diputación provincial. Se exponen las tallas restauradas por el “Centro de Estudios de Arte y

Restauración Gaia”, de Valencia en colaboración con la Diócesis de Ourense.

- Día 17: Ordenación de Diáconos en la iglesia del Seminario Mayor. Recibieron el Orden del Diaconado D. Juan Carlos Estévez Vázquez de Carballiño y D. Pablo López López, de Castro Dozón.
- Día 19: Presentación del Libro de Actas del III Congreso Internacional sobre el Císter en Galicia y Portugal en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 21: Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Octavio González Nieto, en la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes en A Manchica.
- Día 23: Reunión del Consejo de Asuntos Económicos en el Obispado de Ourense, presidido por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo D. Luis Quintero Fiuza.
- Día 24: Encuentro de la “Familia Gesto” en Celanova.
- Día 28: Reunión del Colegio de Arciprestes en el Seminario Mayor.
- Día 29: Celebración del Vía crucis de la juventud.
- Día 30: Celebración del envío de los sacerdotes D. Manuel Rodicio Pozo, Delegado Diocesano de Misiones, y de D. José Manuel Méndez Fernández, vicario parroquial de Santa Teresita del Veintiuno. Irán a sustituir
- Día 31: Encuentro Dicoesano de Jóvenes en el Santuario de los Milagros.



Beati Misericordes